

Kate L. Morgan
El conde de
Twisley

EL CONDE DE THURSLEY

Serie aristócratas 2

KATE L. MORGAN

[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Cassian Kenric, conde de Thursley, recordaba aquella mañana con una mezcla de nostalgia y pesar, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel instante. La pequeña iglesia, silenciosa y apartada del mundo, irradiaba serenidad. La luz del amanecer atravesaba las vidrieras y proyectaba sobre los muros de piedra un mosaico de colores vibrantes que danzaban al compás de las sombras. El aire olía a incienso y a cera derretida, parecía bendecido por una magia solemne.

Era un lugar sagrado y, sin embargo, aquel día lo habían profanado con su osadía juvenil. Cassian podía verse a sí mismo, junto a sus inseparables amigos, Wolf Lancaster y Leif Harcourt-Blackthorn, riendo en voz baja mientras preparaban la escena de su falsa despedida. Wolf se había tumbado en un ataúd prestado mientras ellos dos improvisaban discursos, a medio camino entre la solemnidad y la burla.

Primero habló Leif, con su sonrisa descarada y su tono burlón, recreándose en una tragicomedia que solo ellos podían apreciar. Luego, él, siempre más serio pero no menos sarcástico, se sumó al juego, arrancando carcajadas. Era una broma, un último acto de rebeldía antes de que Wolf se enfrentara al compromiso que, según ellos, supondría el fin de su libertad: su inminente matrimonio.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. Desde el fondo de la iglesia, una anciana gitana, envuelta en un chal desgastado, los observaba con ojos llenos de tristeza. Creía que presenciaba un funeral de verdad y las lágrimas le rodaban silenciosas por las mejillas. Al descubrir la verdad, su rostro se transformó en una máscara de indignación.

Cassian aún podía escuchar su voz quebrada por la furia y el dolor:

—Por burlaros de la muerte y despreciar la vida, los tres sufriréis un verdadero martirio antes de encontrar vuestro verdadero destino.

En ese momento, los tres amigos se habían mirado entre risas nerviosas, desestimando la amenaza como el desvarío de una anciana enfurecida. Pero ahora, Cassian no podía evitar pensar en cómo aquellas palabras habían resonado a lo largo de los años. La maldición no había sido un simple capricho de la gitana. Cada uno de ellos, a su manera, había sido marcado por ella.

Mientras Cassian miraba por la ventana de su estudio, perdido en aquellos recuerdos, no pudo evitar preguntarse si algún día encontraría la paz que la anciana aseguró que les sería negada. Había sido joven e imprudente entonces, pero el peso de aquella mañana todavía lo perseguía como una sombra persistente.

CAPÍTULO 1

El conde de Thursley había dedicado los últimos meses de su vida a una búsqueda ardua y desesperada. Desde aquella mañana en la iglesia, cuando la anciana gitana profirió su maldición, la vida de Cassian, Wolf y Leif había cambiado drásticamente. Lo que en un principio parecía una amenaza vacía, un acto de frustración de una mujer ultrajada, pronto comenzó a manifestarse con una crueldad que ninguno de ellos había anticipado.

Todo lo que conocían, todo lo que daban por sentado, se desmoronaba ante sus ojos. Con cada día que pasaba, Cassian se convencía de que debía encontrar a la gitana. Quizá era superstición, quizá un intento de encontrar sentido en el caos que los rodeaba, pero en su interior creía que, si podía hallarla, enfrentarse a ella y pedirle que levantara la maldición, habría esperanza para ellos.

Su búsqueda comenzó en Inglaterra. Durante semanas, recorrió los pequeños pueblos donde los gitanos acampaban y preguntó con cautela por una anciana que llevaba un chal descolorido y tenía una mirada penetrante. Cassian podía dar una descripción detallada de ella porque jamás se le iba a olvidar su rostro. Sin embargo, todos los caminos parecían llevarlo a callejones sin salida. Los pocos que respondían a sus preguntas hablaban de movimientos constantes, de caravanas que desaparecían en la niebla antes de ser localizadas.

De Inglaterra, cruzó el Canal hacia Francia. París, con su bullicio y su decadencia, no ofrecía muchas respuestas. Cassian se adentró en los rincones más oscuros de la ciudad, recorriendo los mercados y campamentos de los suburbios, preguntando por la anciana. De nuevo, se encontró con puertas cerradas y miradas recelosas. Parecía que las mismas estrellas conspiraban para mantenerla fuera de su alcance.

Sin embargo, no se rindió. Sus pasos lo llevaron a Italia, donde buscó en las polvorientas callejuelas de Florencia y Roma, así como en los campos abiertos donde las caravanas a veces se detenían. Entonces, comenzaron a surgir rumores. Un comerciante de antigüedades habló de una mujer que coincidía con su descripción y que había sido vista hacía meses en una villa cercana a Milán. Un sacerdote mencionó a una anciana que vendía amuletos en Nápoles. Pero cada pista, por prometedora que pareciera, se desvanecía como arena entre sus dedos.

Entonces llegó a sus manos una carta. Un contacto en Francia, un viejo amigo de su padre, había oído hablar de su búsqueda y le envió un breve mensaje: «Si buscas a la anciana gitana que lleva al cuello una medalla con el símbolo Ashoka Chakra en negro, hazlo en Irlanda. Se dice que una mujer así ha sido vista en los campos cercanos a Letterkenny».

Irlanda. Aquella isla lejana y brumosa era un lugar que nunca había considerado, pero ahora parecía ser su única opción. Sin pensarlo dos veces, embarcó en el puerto de Cork y se dirigió al interior, movido por una mezcla de esperanza y temor. Si esta búsqueda la llevaba a ella, ¿qué podría ofrecerle? ¿Palabras de arrepentimiento? ¿Una súplica desesperada? Cassian no lo sabía. Lo único que tenía claro era que no se detendría hasta encontrarla.

Los campos irlandeses, verdes y salpicados de niebla, lo recibieron con una calma engañosa. En algún lugar de esas tierras se encontraba la mujer que había cambiado su destino. Ahora solo tenía que encontrarla.

Irlanda era un paraíso de esmeraldas, un lugar donde el paisaje parecía salido de las manos

de los dioses. Los campos, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, estaban cubiertos por un manto de hierba que parecía brillar bajo la luz suave del sol. Los árboles, viejos y nudosos, se alzaban como guardianes de un mundo antiguo, y los ríos serpenteaban entre las colinas con la serenidad de quienes han conocido siglos de calma. Para Cassian, acostumbrado a los jardines ordenados de Inglaterra, la belleza salvaje de Irlanda resultaba a la vez conmovedora y desconcertante.

Los lugareños lo recibían con una mezcla de curiosidad y amabilidad. Los niños, de cabello cobrizo y mejillas sonrojadas por el frío, corrían descalzos por los caminos de tierra, sus risas resonaban como campanas. Las mujeres, con los rostros curtidos por el viento, trabajaban junto a los hombres, todos ellos fuertes y sencillos, cualidades que Cassian admiraba en secreto. Había algo en ellos, una conexión innata con la tierra que él, a pesar de sus títulos y privilegios, nunca había sentido.

Pero no estaba allí para disfrutar de los paisajes ni de la hospitalidad de los irlandeses. Su misión lo llevaba de un lugar a otro, preguntando en cada taberna y posada, en los mercados donde los mercaderes ofrecían su mercancía y en los cruces de caminos donde los viajeros descansaban un momento antes de continuar su camino.

Las caravanas de gitanos eran un espectáculo en sí mismas. Carromatos pintados con colores vivos y cubiertos de intrincados diseños se asentaban temporalmente en claros de bosques o a la orilla de los ríos. Las fogatas ardían bajo el cielo nocturno y Cassian podía escuchar desde la distancia las canciones melancólicas que los gitanos entonaban. A veces los observaba desde lejos, demasiado cauteloso para acercarse de inmediato, temiendo que cualquier paso en falso los ahuyentara antes de poder obtener respuestas.

El cansancio empezaba a pasarle factura. Los meses de búsqueda habían dejado huella en su cuerpo y su espíritu. No recordaba cuándo había dormido profundamente por última vez ni el sabor de una comida que no estuviera hecha con prisa. Pero no podía rendirse. No ahora, no cuando su amigo Wolf le había enviado una carta con nuevas pistas.

En el papel amarillento y desgastado por el viaje, las palabras de Wolf eran tanto un alivio como una carga:

«Cassian, he oído algo que podría interesarte. Han visto a una anciana gitana, tal vez la que buscamos, en un campamento cerca de Letterkenny. Dicen los lugareños que lee las manos y que habla de destinos torcidos. Tal vez ella pueda darnos las respuestas que necesitamos, pero ten cuidado, amigo. Los gitanos no confían en los extraños, y menos aún en hombres como nosotros».

A pesar de su tono esperanzador, la carta había reavivado el peso de la culpa en Cassian. Wolf luchaba por reconstruir su vida, mientras Leif se había aislado y alejado de todos. De los tres, él era el único que podía continuar con la búsqueda y no podía permitirse fallar.

Así que siguió adelante. Por caminos estrechos y embarrados, por colinas que ponían a prueba su resistencia, guiado por la descripción que Wolf le había dado. Cada día era una lucha contra la fatiga, pero la imagen de la anciana con su chal descolorido y su mirada que había atravesado su alma aquel día en la iglesia seguía viva en su mente.

CAPÍTULO 2

Antes de llegar a Letterkenny, Cassian decidió detenerse en una pequeña posada llamada El Roble Dorado, ubicada en un cruce de caminos. La fachada era modesta, construida con piedras grises y madera desgastada por el clima, pero el interior irradiaba un calor acogedor. Una lámpara colgaba junto a la puerta, oscilando suavemente con el viento, y el aroma de pan recién horneado se escapaba a través de las rendijas de las ventanas.

Cassian viajaba acompañado por dos hombres de confianza: su guardaespaldas personal, Graham, un hombre robusto y silencioso cuya lealtad era tan sólida como su constitución; y su amigo de la universidad, el capitán William, un militar enérgico y con una risa contagiosa que a menudo servía de bálsamo para los pensamientos sombríos de Cassian. Desde que llegaron a Irlanda, habían alquilado un carruaje sólido y dos caballos vigorosos, ya que Cassian prefería cabalgar al aire libre y descansar en el interior del carruaje durante las tormentas frecuentes en esa zona.

El posadero, un hombre llamado Fergus, salió a recibirlos en cuanto escuchó el traqueteo de las ruedas y los cascos de los caballos acercándose. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Cassian descender del carruaje con su porte altivo y su ropa de calidad, aunque ligeramente desgastada por el viaje. Nunca había tenido a un noble como huésped y, con una mezcla de nerviosismo y orgullo, se inclinó torpemente mientras les abría la puerta.

—Bienvenidos, señores. Bienvenidos a El Roble Dorado. Es un honor tenerles aquí. Haré todo lo posible para que su estancia sea lo más cómoda posible. Fergus sonreía de oreja a oreja mientras sus manos se movían nerviosamente por su delantal.

El interior de la posada era humilde, pero acogedor. Una gran chimenea dominaba la sala común, con troncos que chisporroteaban alegremente. Las mesas de madera estaban decoradas con sencillos manteles y flores silvestres en pequeños jarrones. En un rincón, un par de músicos interpretaban una melodía con violín y flauta, llenando el ambiente de una animada serenidad.

Fergus, determinado a causar buena impresión, ordenó a su esposa y a su hija que prepararan lo mejor que tenían. Mientras tanto, mostró a los viajeros sus habitaciones, pequeñas pero limpias, y les ofreció un baño caliente para desentumecer los músculos tras el largo viaje.

El baño fue un alivio. Cassian dejó que el agua caliente le envolviera el cuerpo, relajando cada tensión acumulada. El aroma de hierbas mezcladas en el agua —lavanda, romero y un toque de menta— llenaba la pequeña estancia, proporcionándole un momento de paz que llevaba meses ausente en su vida. Pero incluso en esa calma, la melancolía que lo había acompañado desde el inicio de su búsqueda no lo abandonaba.

Al bajar para la cena, encontró una mesa preparada con esmero. El menú era humilde, pero sabroso: estofado de cordero con patatas, pan recién horneado y sidra local con un sabor fresco y ligeramente ácido. Fergus se quedó cerca, ansioso por asegurarse de que todo estuviera a gusto de sus distinguidos huéspedes, y no podía ocultar su satisfacción al ver que los tres hombres comían con evidente apetito.

Mientras sus compañeros charlaban y reían, Cassian permanecía ensimismado. Desde que había comenzado su búsqueda, no hacía más que sentir que estaba fracasando. Cada pista lo había llevado a callejones sin salida y el peso de las vidas de sus amigos, afectadas por la maldición, recaía sobre él como una carga invisible.

Después de la cena, se retiró pronto a su habitación. Desde la pequeña ventana podía ver el cielo oscuro cubierto de nubes y oír el sonido del viento que soplaba contra las paredes de piedra, que llenaba el silencio. Aunque el cansancio físico lo vencía, su mente no encontraba descanso.

Se prometió a sí mismo que, pase lo que pase, seguiría adelante. Wolf había confiado en él y la pista que lo llevaba a Letterkenney era su última esperanza.

El conde de Thursley no lograba conciliar el sueño. La cama era cómoda y el calor del fuego en el hogar llenaba la habitación de una agradable calidez, pero su mente no dejaba de dar vueltas, manteniéndolo despierto. La imagen de la anciana gitana, con su mirada furiosa y sus palabras malditas, volvía a aparecer en su mente con tal nitidez que parecía que estuviera delante de él. Con un suspiro cargado de frustración, se levantó de la cama y llamó al mozo de cuadra para que le subieran una botella de coñac. Quizá el licor lograra adormecer sus demonios, aunque solo fuera por unas horas.

Pocos minutos después, alguien llamó a la puerta de la habitación. Cassian abrió y se encontró con una mujer joven, de figura rolliza y mejillas encendidas, que sostenía en sus manos una bandeja con la botella solicitada. Su cabello, de un castaño rojizo, estaba recogido de manera descuidada bajo una cofia, y sus ojos azules brillaban con una mezcla de picardía y curiosidad. Desde que había llegado a la posada, Cassian había notado que la mujer lo miraba fijamente, una mezcla de admiración y nerviosismo que no había pasado desapercibida.

—Aquí tiene su coñac, milord —dijo la mujer con una amplia sonrisa, entrando en la habitación sin esperar invitación.

Cassian asintió brevemente, pero la joven no parecía tener intención de marcharse. Cerró la puerta tras de sí y dejó la botella en la mesilla de la cama. Luego se volvió hacia él y dio un paso más cerca.

—¿Puedo ofrecerle algo más, milord? —preguntó en un tono cargado de insinuación mientras jugueteaba con el lazo de su delantal.

Él la observó en silencio durante unos segundos. No era la primera vez que una mujer se mostraba dispuesta a compartir su lecho y, hasta hacía poco tiempo, no habría dudado en aceptar una propuesta así. Pero algo había cambiado desde aquel fatídico día en la iglesia. La maldición de la gitana había transformado algo en él, algo que no lograba comprender del todo, pero que lo atormentaba cada vez más. No solo lo afligía su incapacidad para consumar el acto íntimo, sino también el peso de saber que, como conde, tenía el deber de engendrar un heredero. Y, sin embargo, cada intento se había convertido en una cruel humillación y en un recordatorio constante de la maldición que lo perseguía. Por ese motivo se había enfrascado en una búsqueda que hasta ahora parecía inútil.

—No, gracias. Solo quiero la botella —respondió finalmente con una voz suave pero firme que no dejaba lugar a dudas.

La mujer, algo desconcertada, no se dio por vencida de inmediato. Dio otro paso hacia él, deslizó una mano por el borde de su delantal y lo dejó caer al suelo.

—Soy buena compañía, milord. Sé cómo alegrar a un caballero después de un largo día de viaje.

Cassian negó con la cabeza, esta vez con un ligero atisbo de cansancio en la expresión.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no es necesario. Puedes retirarte.

La joven parpadeó, sorprendida, pero no insistió. Con un encogimiento de hombros y un ligero rubor en las mejillas, recogió su delantal y salió de la habitación, murmurando una despedida.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Cassian se dejó caer en el sillón junto al fuego y

miró fijamente la botella de coñac. Sentía un nudo de frustración y tristeza que le oprimía el pecho, una sensación que no parecía tener fin. Descorchó la botella y bebió directamente de ella, dejando que el licor ardiente le quemara la garganta.

A medida que el coñac le recorría el cuerpo, sintió una leve y fugaz sensación de alivio. Pero no duró mucho. Cada sorbo parecía reforzar la desesperación que lo consumía. Bebió hasta que la botella estuvo vacía, esperando que el peso de su melancolía se desvaneciera en el calor del alcohol. Pero cuando cerró los ojos, todo lo que vio fue la sombra de la gitana y el eco de su maldición resonando en su mente.

Esa noche, como tantas otras desde el inicio de su búsqueda, Cassian se quedó dormido en el sillón, con el rostro marcado por el cansancio y el alma atormentada por las dudas y el fracaso.

Al día siguiente, Fergus los despidió con un paquete de provisiones y una sonrisa orgullosa, mientras observaba cómo el carruaje desaparecía en el camino. Entonces se preguntó qué destino aguardaba a su ilustre huésped. Cassian, por su parte, no pudo evitar echar un último vistazo al lugar, agradecido por la breve pausa en su agotadora búsqueda, pero consciente de que aún le quedaba un largo camino por recorrer.

CAPÍTULO 3

Cuando amaneció, el cielo estaba cubierto de nubes grises, pero Cassian decidió cabalgar de todos modos. Tras la noche agitada y el exceso de coñac que había consumido, necesitaba despejar su mente y recuperar la claridad antes de reanudar su búsqueda. Montó en uno de los caballos que había alquilado a su llegada a Irlanda, un robusto animal de pelaje negro que parecía hecho para largas travesías, y se despidió momentáneamente de sus dos acompañantes, que optaron por seguirle en el carruaje.

El aire frío de la mañana le golpeaba en el rostro, pero apenas lograba disipar el efecto del licor que aún circulaba por su sangre. Cassian trató de concentrarse en el paisaje que lo rodeaba: prados verdes que parecían no tener fin, salpicados aquí y allá por arbustos y pequeñas rocas cubiertas de musgo. El sonido del río cercano y el canto de las aves parecían ajenos a su estado de ánimo, pesado y confuso.

El caballo, inicialmente dócil, empezó a tensarse al sentir la inseguridad del jinete. Cassian no se dio cuenta de inmediato; sus pensamientos seguían vagando, arrastrados por el cansancio y la frustración acumulada. Entonces, un conejo pequeño y veloz salió de entre los arbustos justo delante del caballo. El animal, asustado por el repentino movimiento, se encabritó con un relincho agudo y se levantó sobre sus patas traseras.

Cassian tiró de las riendas instintivamente, pero su reacción llegó un segundo demasiado tarde. El caballo, aún en pánico, giró bruscamente y la falta de equilibrio del jinete hizo el resto. Cassian salió despedido del lomo del animal, como si el propio viento lo hubiera arrancado de su asiento. Su cuerpo giró en el aire antes de golpear el suelo con un sonido seco y contundente. La fuerza del impacto le arrancó el aire de los pulmones y su cabeza golpeó contra una roca, dejando tras de sí un leve rastro de sangre en el musgo húmedo.

El mundo se apagó.

Cuando sus dos acompañantes llegaron corriendo, encontraron a Cassian tendido en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro pálido. Su guardaespaldas personal, Graham, se inclinó rápidamente sobre él, palpándole el cuello para comprobar su pulso.

—Está vivo, pero inconsciente —anunció con un tono urgente.

El otro hombre, William, su amigo y antiguo compañero de universidad, maldijo por lo bajo mientras examinaba la herida de la cabeza.

—No podemos dejarlo aquí. Necesita atención inmediata», dijo, mirando a su alrededor en busca de ayuda, aunque los prados vacíos no ofrecían muchas esperanzas.

Graham, con la mirada fija en el horizonte, divisó a lo lejos la figura de un pastor que arreaba un pequeño rebaño de ovejas. Corrieron hacia él con prisa, le explicaron lo ocurrido y le preguntaron dónde podían encontrar un médico. El pastor, un hombre mayor de rostro curtido por el viento y las inclemencias del tiempo, se rascó la barba mientras los miraba preocupado.

—No hay médico por aquí cerca. Pero si necesitan ayuda, vayan a casa de Maeve, la curandera. Está a poco más de media hora a caballo hacia el este, por ese camino de tierra», indicó, señalándolo con la cabeza.

—¿Una curandera? —repitió William con escepticismo.

—Es buena para curar fracturas y tiene remedios para bajar la fiebre —añadió el pastor con seriedad, como si percibiera la desconfianza de los hombres.

Graham frunció el ceño, pero no había tiempo para debatir. Miró a William, y este asintió con resignación.

—No tenemos otra opción. Si esta Maeve puede ayudar, iremos —dijo William.

Con cuidado, subieron a Cassian al carruaje y se aseguraron de que no sufriera más golpes durante el trayecto. Mientras el vehículo avanzaba lentamente por el camino de tierra señalado, los dos hombres se miraron llenos de preocupación. En el exterior, el viento comenzaba a soplar con más fuerza, como si el mismo cielo presagiara que aquel día no mejoraría.

La casa de Maeve estaba al final de un estrecho sendero de tierra rodeado de altos y frondosos árboles. Era una cabaña modesta pero sólida, construida con gruesos troncos de madera oscura y con el techo cubierto de paja desgastada. Junto a la vivienda, crecía un pequeño jardín de hierbas aromáticas, salvaje pero cuidado, con plantas que parecían destinadas a fines medicinales. Unas pocas gallinas picoteaban en el suelo cercano y un perro de pelaje áspero se levantó perezosamente de su lugar junto a la puerta cuando llegó el carruaje.

Antes de que los hombres pudieran tocarla, se abrió la puerta de la casa y una mujer alta y de complexión robusta salió a recibirlos. Tenía el cabello largo y rojizo recogido en un desordenado moño y los observó con desconfianza. Tendía las manos manchadas de tierra y llevaba un delantal gris que cubría su sencillo vestido.

—¿Qué quieren? —preguntó con un tono brusco, mirando a los hombres y luego al carruaje con evidente recelo.

William se adelantó con las manos levantadas e intentando calmarla.

—Traemos a un herido. Necesita ayuda. Nos dijeron que usted podría atenderlo.

La mujer frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no lo llevan a un médico? —respondió con voz cargada de escepticismo.

—Porque no hay médicos cerca —replicó Graham con firmeza—. Solo usted. Por favor, es urgente.

Maeve los miró de arriba abajo, notando su ropa y su porte. Algo en ellos, quizá su acento o la calidad de sus prendas, le hizo pensar que no eran campesinos comunes. Desvió la mirada hacia el carruaje, donde Cassian yacía inconsciente, con el rostro pálido y una mancha seca de sangre sobre la sien.

—¿Quién es el hombre? —preguntó, aunque ya se había acercado al carruaje para verlo de cerca.

—Eso ahora no importa —intervino William, con un dejo de impaciencia—. Por favor, ayúdelo.

Maeve alzó una ceja, ofendida.

—¿Ah, no importa? —dijo, deteniéndose de golpe—. Claro, yo solo soy una pobre curandera, ¿no? Una opción de segunda. Pero ahora que lo veo, parece que tienen algo que perder.

Graham, al ver que se agotaba el tiempo, dio un paso adelante.

—Por favor, señora. No tenemos tiempo para discutir. Si puede ayudarnos, le recompensaremos adecuadamente.

La mención de una recompensa pareció suavizar un poco el gesto de Maeve. Resopló con resignación y señaló la puerta de la cabaña.

—Entradlo, pero no lo llevéis a mi cama. Pónganlo en la mesa larga que está en el centro.

Los hombres obedecieron rápidamente. Graham y William cargaron a Cassian el uno sobre el otro, con cuidado de no moverlo más de lo necesario, y lo llevaron dentro. El interior de la casa era sencillo pero acogedor, con una gran chimenea en una esquina, un par de estanterías

llenas de frascos y hierbas secas, y una larga mesa de madera que parecía servir tanto para comer como para realizar curas. En la pared había unos pocos utensilios de cocina, así como amuletos y cruces de madera tallada que parecían más supersticiosos que religiosos.

Maeve cerró la puerta tras ellos y se acercó a la mesa, donde observó cómo colocaban a Cassian con cuidado. Cuando estuvo listo, se arremangó las mangas y sacó de una alacena cercana un cuenco con agua limpia y varias telas de lino.

—Quítense de en medio. Déjenme espacio para trabajar —ordenó con autoridad.

Los hombres dieron un paso atrás mientras la observaban mientras se inclinaba sobre Cassian. Sus manos, firmes y seguras, comenzaron a revisar su cuerpo, palpando los huesos en busca de fracturas y evaluando la herida de la cabeza.

—Golpe fuerte en la cabeza, pero parece que no hay fractura de cráneo —dijo para sí misma, aunque los demás la oyeron claramente. Tomó un paño, lo sumergió en el agua y comenzó a limpiar la sangre seca con movimientos rápidos pero cuidadosos.

Luego, observó detenidamente su rostro. Los rasgos aristocráticos de Cassian no pasaron desapercibidos para ella y se detuvo un momento más en el anillo que llevaba en el dedo, un sello que denotaba su estatus.

—Este hombre no es un campesino —murmuró, sin ocultar el interés que sentía—. Si quieren que lo cuide, necesitaré algo más que palabras bonitas.

William, al notar el cambio en su tono, asintió de inmediato.

—Tendrá lo que necesite, pero primero ayúdelo.

Maeve no respondió. Ya había comenzado a trabajar de nuevo con detenimiento, revisando cada centímetro del cuerpo de Cassian. Sus movimientos eran rápidos y precisos, como los de alguien acostumbrado a lidiar con accidentes y heridas. Aunque sus métodos no eran ortodoxos, estaba claro que sabía lo que hacía.

Mientras ella continuaba con su tarea, Graham y William se miraron preocupados. La curandera parecía competente, pero también tenían claro que aquel lugar no era el adecuado para que un noble como Cassian permaneciera por mucho tiempo.

CAPÍTULO 4

Cassian yacía inmóvil sobre la mesa de la curandera, mientras Maeve examinaba meticulosamente cada uno de sus miembros. Aunque el golpe había sido fuerte, no encontró fracturas ni lesiones graves. Su experiencia le decía que la contusión en la cabeza era la causa de su estado inconsciente, por lo que, con tono firme, informó a los dos hombres de que no podían moverlo hasta que despertara.

—Si intentan transportarlo ahora, podrían empeorar las cosas. Necesita reposo y cuidados —dijo, mientras se enderezaba y se limpiaba las manos en el delantal.

William y Graham asintieron con preocupación, aunque aceptaron la autoridad de la mujer a regañadientes.

—¿Dónde podemos colocarlo? —preguntó Graham, observando el pequeño espacio de la cabaña.

Maeve señaló una puerta lateral.

—En la habitación contigua hay un catre. No es lujoso, pero servirá. Ayúdenme a llevarlo.

Con cuidado, los dos hombres alzaron a Cassian y lo llevaron a la habitación indicada. Era un espacio diminuto e iluminado con poca luz que se filtraba a través de una pequeña ventana cubierta con un paño. Las paredes estaban desnudas y el único mobiliario eran un catre de madera estrecho con un colchón de paja y una manta gruesa.

—Pónganlo ahí y quítenle las botas y el abrigo —ordenó Maeve, mientras buscaba un barreño con agua limpia. Tendré que lavarlo, está lleno de tierra y sangre.

William y Graham se miraron de forma incómoda. La idea de desnudar a su amigo, un noble de alta cuna, en aquel entorno rústico, les resultaba casi ofensiva.

—Nosotros lo haremos —dijo William rápidamente, mientras comenzaba a desabrocharle el abrigo con manos torpes.

Maeve los observó un momento antes de acercarse con el barreño de agua.

—No sean ridículos. No es la primera vez que lavo a un hombre herido. Si quieren que lo cuide, tendrán que confiar en mí.

Resignados, se apartaron para dejarle espacio. La mujer trabajó con eficiencia, desabrochando la camisa de Cassian y dejando al descubierto su torso. Mientras lo hacía, notó un bolsillo interior y, con curiosidad, metió la mano y encontró una carta. Era un papel grueso y bien doblado, con un sello de cera roto.

Los ojos de Maeve brillaron al instante. Sabía que un objeto así podía tener valor, quizá más del que cualquier recompensa que los hombres le ofrecieran. Sin hacer ruido, metió la carta en el bolsillo del delantal y continuó con su tarea.

Con movimientos firmes, limpió la suciedad y el sudor del cuerpo de Cassian con un paño húmedo, lavando cada rincón. Aunque sus manos eran gruesas, su toque era sorprendentemente delicado. Cuando terminó, lo cubrió con la manta del catre y volvió al cuarto principal, dejando a los hombres junto a su amigo.

—Está limpio y acomodado. Ahora solo queda esperar a que despierte —dijo, mientras colocaba el barreño junto a la puerta.

—Gracias —respondió Graham, aunque su tono seguía cargado de tensión.

Maeve asintió y, tras un momento de silencio, añadió:

—Si tienen hambre, puedo prepararles un poco de sopa. También tengo pan fresco.

—Agradecemos su oferta, pero tenemos víveres —dijo William con cortesía, señalando una bolsa que habían traído desde la posada—. Comeremos algo más tarde. Ahora, nuestra

prioridad es que Cassian despierte.

Maeve se encogió de hombros y tomó su delantal, secándose las manos.

—Como quieran, pero no se olviden de que necesitan fuerzas para cuidarlo. Si cambian de opinión, avísenme.

La curandera volvió a su trabajo y los hombres permanecieron junto a la cama, vigilando a Cassian con rostros sombríos. El ambiente en la habitación estaba cargado de preocupación, y aunque Maeve parecía indiferente, no dejaba de lanzar miradas furtivas hacia la puerta donde yacía el noble. En el fondo, esperaba que su intuición no fallara: aquel hombre no era un viajero común y su carta podía ser la clave de algo mucho más importante.

Cassian abrió los ojos lentamente, como si despertar le supusiera un gran esfuerzo. Al principio, tenía la vista borrosa, pero pronto distinguió el techo de madera con vigas oscuras sobre su cabeza. Un dolor agudo le atravesaba el cráneo y le recorría todo el cuerpo, especialmente el costado.

Intentó incorporarse, pero una mano firme lo detuvo.

—No se mueva o empeorará las cosas —dijo una voz femenina con acento marcado.

Al girar la cabeza, vio a una mujer robusta, de rostro serio pero no carente de calidez. Tenía el cabello recogido de forma desaliñada y llevaba un delantal salpicado de manchas que revelaban su trabajo como curandera.

—¿Dónde estoy? —preguntó Cassian con voz ronca, mientras notaba el amargo regusto del coñac de la noche anterior mezclado con la sequedad de garganta.

—En mi casa, milord. Su caballo lo lanzó al suelo y no se rompió el cuello de milagro. Ahora beba esto.

Le acercó una cuchara llena de un líquido caliente que olía a hierbas y a algo más que no lograba identificar. Cassian frunció el ceño y giró la cara, pero la mujer insistió.

—No sea testarudo. Es una infusión de sauce, milenrama y valeriana, con un toque de miel. Calmará el dolor y le ayudará a relajarse.

—Sabe a rayos —gruñó Cassian tras tragar con esfuerzo la primera cucharada.

—Lo que sabe bien rara vez cura —respondió ella con una sonrisa fugaz mientras le daba otra cucharada.

Aunque la mezcla era amarga, Cassian se dejó dar unas cuantas más, demasiado débil para protestar. El dolor que sentía en todo su cuerpo era intenso y cualquier promesa de alivio, por desagradable que fuera, valía la pena.

—Cuando termine de beber, le daré un masaje con un ungüento que yo misma preparo. Lleva árnica, romero y grasa de cerdo. Es lo mejor para los golpes y las contusiones.

Cassian cerró los ojos un momento, tratando de asimilar la situación. Empezaba a encajar el rompecabezas: el accidente, el golpe, la mujer... Sin embargo, el dolor y el cansancio lo mantenían desorientado.

Unos momentos después, la puerta se abrió y se oyeron los pasos de botas pesadas en la habitación. William y Graham entraron apresuradamente, con la cara iluminada al ver que su amigo estaba despierto.

—Cassian, gracias a Dios —exclamó William, acercándose al catre con rostro aliviado—. Nos habíamos preocupado.

—¿Qué pasó? —preguntó Cassian, esforzándose por mantener la compostura pese al

dolor.

—Tu caballo se asustó y te tiró al suelo —respondió Graham, con expresión grave—. Quedaste inconsciente y no había ningún médico cerca, pero un pastor nos indicó esta casa. La mujer de aquí te atendió.

Cassian desvió la mirada hacia la curandera, que lo observaba con los brazos cruzados, como esperando algún tipo de agradecimiento.

—Gracias —murmuró, aunque su tono era seco.

—No me dé las gracias todavía, milord. Aún no está fuera de peligro. Pero si sigue mis indicaciones, pronto podrá levantarse.

William y Graham intercambiaron una mirada de alivio y luego se sentaron junto a la puerta, dejando que la curandera continuara con su trabajo. Cassian, aunque agradecido por su ayuda, no podía evitar sentirse vulnerable en aquella cabaña humilde, rodeado de personas que no conocía. Mientras ella preparaba el ungüento, él cerró los ojos nuevamente, pensando en lo lejos que estaba de su objetivo y en cómo la maldición seguía marcando cada paso de su vida.

CAPÍTULO 5

Cuando Cassian estuvo lo suficientemente recuperado como para levantarse, se puso de pie con cuidado, aun sintiendo el peso del dolor en cada paso. Se vistió despacio con las prendas que la curandera había lavado para él. La camisa, aunque áspera, olía a jabón casero y hierbas. Sin embargo, al recoger su chaqueta y revisar el bolsillo interior, notó con horror que la carta había desaparecido.

Su corazón dio un vuelco. La carta, esa pieza crucial que había guiado su búsqueda, había desaparecido.

—¿Dónde está? —murmuró, con la voz teñida de ansiedad mientras palpaba inútilmente cada rincón de la chaqueta.

Sus ojos buscaron con urgencia a William y a Graham, que estaban cerca terminando de guardar sus pertenencias.

—¿La carta? —preguntó Cassian, con un tono grave—. ¿La habéis visto? ¿Se cayó durante la caída?

Ambos hombres intercambiaron miradas de preocupación.

—No, milord —dijo William, claramente incómodo—. No recuerdo haberla visto desde que llegamos.

Graham negó con la cabeza, apretando los labios como si lamentara no poder ayudar.

Cassian cerró los ojos, agotado y frustrado. La sensación de que su búsqueda estaba abocada al fracaso volvió a invadirlo. «Todo se complica», pensó, mientras un suspiro cansado le escapaba.

Se giró hacia la curandera, que lo observaba en silencio desde el umbral de la habitación.

—Gracias por sus cuidados —dijo, sacando una bolsa de monedas de su bolsillo. Depositó varias monedas en la mesa, una cantidad que superaba con creces lo que ella habría esperado recibir.

Los ojos de la mujer se abrieron con sorpresa. Por un momento, pareció debatirse internamente, y luego su expresión cambió. Dio un paso adelante, sacudiéndose el delantal, y metió la mano en el bolsillo delantero.

—Milord... hay algo que debo confesar —dijo, con una sonrisa nerviosa mientras sacaba un pequeño pliego de papel doblado con cuidado.

Cassian la miró con incredulidad al reconocer la carta.

—¿Cómo llegó a sus manos? —preguntó con voz firme, aunque no hostil.

La curandera levantó una mano, disculpándose.

—Cuando le quitaron la ropa para que yo pudiera lavarla, vi la carta. No quise robarla, se lo juro, pero pensé que podría ser importante o valiosa.

Cassian tomó la carta rápidamente, apretándola en su mano como si temiera perderla de nuevo.

—¿La ha leído? —preguntó, con un tono ahora más tenso.

Ella asintió con una mezcla de remordimiento y curiosidad en los ojos.

—Sí, la he leído. Y tal vez esto sea una señal, porque la mujer que describe... Creo que la he visto.

Cassian la miró fijamente, el cansancio y la desconfianza contrapuestos a una chispa de esperanza.

—¿Qué quiere decir? —murmuró, su voz baja pero cargada de emoción contenida.

—Me fije en el collar del cuello. —Le explicó la mujer—. Vive en los bosques del norte,

cerca de un lago. La descripción de la carta es exacta.

El mundo pareció detenerse para Cassian. Su mente giraba en círculos mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar: ¿podría ser posible? ¿Había llegado al fin a un punto crucial en su búsqueda?

La curandera, al ver su reacción, esbozó una ligera sonrisa, como si disfrutara con el impacto de sus palabras.

—¿He despertado su interés?

Cassian apenas pudo responder, pues su mente estaba inundada de emociones contradictorias: incredulidad, esperanza y una renovada determinación. Había llegado demasiado lejos como para rendirse ahora.

CAPÍTULO 6

Cassian miró a la curandera con una mezcla de urgencia e impaciencia. Su determinación no admitía dudas. La mujer accedió a revelar lo que sabía a cambio de unas monedas más que él.

—Si la anciana que busca no está, hable con Diana, lee la buenaventura, ella le informará —le explicó mientras contaba las monedas una a una—, lo más probable es que se encuentre en un campamento al norte, cerca de Glenveagh. Es un enclave apartado, rodeado de montañas y bosques densos, donde suelen establecerse durante esta época del año. Se trata de un lugar estratégico, difícil de acceder para los forasteros, lo que les permite mantenerse lejos de las miradas curiosas.

Cassian asintió, memorizando el nombre y las características del lugar.

—¿Cuánto tiempo me tomará llegar? —preguntó.

—Dos días a caballo, si el tiempo lo permite. Cerca del campamento hay un pueblo pequeño llamado Letterkenny. Podrá hospedarse allí si no quiere arriesgarse demasiado. Los gitanos no aceptan a extraños entre ellos y, si intenta acercarse sin invitación, lo más probable es que lo expulsen... O algo peor.

La advertencia no intimidó a Cassian. Sabía que enfrentarse a lo inesperado formaba parte de su búsqueda.

—Lo encontraré —respondió con firmeza mientras recogía sus cosas.

La curandera lo miró con simpatía y curiosidad.

—Le deseo suerte, milord. La necesitará.

Cassian inclinó ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento y se dispuso a partir cuanto antes.

Al día siguiente, con los primeros rayos del alba, Cassian se puso en marcha junto a sus hombres. El viento frío del norte les golpeaba en el rostro mientras cabalgaban por los caminos embarrados. Sabía que la clave para encontrar respuestas estaba cerca y que su determinación lo mantenía en pie a pesar de las molestias que aún sentía por la caída.

A unas horas de camino del campamento gitano, detuvo a su caballo y se dirigió a William y Graham.

—Quiero llegar al campamento antes de que me vean —dijo con un tono que no admitía discusión—. Necesito observarlos y pensar cómo acercarme a esa mujer sin levantar sospechas.

—Milord, no es seguro que vaya solo —protestó William frunciendo el ceño.

—Tampoco es seguro aparecer con un séquito. Escuchen, vayan al pueblo cercano que mencionó la curandera, Letterkenny. Encuentren la mejor posada y alquilen dos habitaciones. No tardaré en reunirme con ustedes.

—¿Y si sale mal? —intervino Graham.

Cassian se permitió una sonrisa breve, aunque cansada.

—He salido de situaciones peores. Te prometo que tendré cuidado.

Sus hombres intercambiaron una mirada de duda, pero finalmente accedieron. Confiaban en el criterio de Cassian, aunque no siempre estuvieran de acuerdo con su temeridad.

Mientras ellos se dirigían al pueblo, Cassian tomó un desvío que lo acercó al bosque

donde, según la curandera, solían acampar los gitanos. El aire se volvía más fresco y el paisaje, más salvaje, con colinas que se alzaban como murallas naturales.

Cabalgó despacio, manteniendo los ojos bien abiertos para detectar cualquier señal de humo o movimiento. Sabía que no podía cometer errores. Si quería acercarse a la gitana, necesitaba entender primero su forma de vida y la de su gente. Solo entonces tendría la oportunidad de romper la maldición que lo perseguía.

CAPÍTULO 7

Cassian detuvo su caballo al borde de una colina y contempló la caravana gitana a lo lejos. Los carros estaban organizados en forma de círculo amplio, como si formaran una fortificación improvisada. Todos ellos, pintados con colores vivos y adornados con intrincados detalles, parecían obras de arte en movimiento. El humo se alzaba perezosamente desde varias fogatas, donde las familias se congregaban, riendo y hablando en un idioma que Cassian no conocía.

Los hombres, de complexión robusta y miradas duras, trabajaban con los caballos o afilaban cuchillos, mientras otros vigilaban atentamente cualquier posible intruso. Cassian notó que sus movimientos parecían casi coreografiados, una mezcla de desconfianza y camaradería que denotaba una comunidad unida por la necesidad de sobrevivir.

Las mujeres, vestidas con faldas coloridas y blusas decoradas con bordados, se movían con gracia entre los carros. Algunas lavaban ropa en un arroyo cercano, otras preparaban comida sobre las fogatas y las más jóvenes bailaban al son de una melodía lejana que un violinista tocaba con virtuosismo. Todo en aquel lugar parecía lleno de vida y fuerza, pero también de un peligro latente que no podía ignorar.

Cassian escudriñó cada rostro desde la distancia, buscando alguna señal que indicara que la mujer que conoció en Inglaterra podría estar entre ellos. Pero era imposible discernirlo desde allí. Sabía que acercarse sin un plan sería imprudente, e incluso suicida.

Tomó una decisión rápida. Dio media vuelta con su caballo y comenzó el camino de regreso hacia el pueblo cercano, donde sus hombres debían estar esperándolo. Desde allí podría trazar un plan más elaborado.

El pueblo, llamado Letterkenny, era pequeño pero pintoresco y, a pesar de su tamaño, tenía un ambiente animado. Las calles principales estaban adoquinadas y los edificios, construidos en piedra gris, parecían haber resistido el paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas. Cassian observó una pequeña plaza en el centro, donde un grupo de niños jugaba mientras sus madres conversaban bajo la sombra de un robusto árbol.

Desde su caballo, identificó los establecimientos que daban vida al lugar: una botica con un letrero colgante que anunciaba remedios para todos los males, una tienda de provisiones bien surtida con sacos de harina y barriles de vino apilados a la vista y una herrería donde el sonido constante del martillo sobre el metal resonaba en el aire.

La posada, un edificio de dos plantas junto a la plaza, destacaba por su fachada encalada y sus visillos limpios decorando las ventanas. Aunque modesta, se notaba que los propietarios se esforzaban por mantenerla acogedora.

William lo esperaba fuera, apoyado contra la pared de la posada, con los brazos cruzados y el ceño ligeramente fruncido. Al verlo llegar, enderezó la postura y se acercó a recibirlo.

—Milord, ¿alguna novedad? —preguntó en voz baja.

—Los he encontrado —respondió Cassian, desmontando con cuidado—. Pero será complicado acercarse sin levantar sospechas.

William asintió, pero no dijo nada más. Era un hombre de pocas palabras, pero de lealtad incuestionable. Mientras tanto, Graham había llevado el carruaje al establo, donde los caballos serían alimentados y cepillados.

Dentro de la posada, Cassian encontró un comedor acogedor con una chimenea encendida que llenaba el ambiente de un calor agradable. Cenaron allí una comida sencilla pero bien preparada: estofado de carne con pan recién horneado. Aunque sus hombres comieron con apetito, Cassian apenas probó, demasiado inmerso en sus pensamientos.

Al terminar, subió a su habitación, en el segundo piso. A diferencia de la experiencia en la posada rural, esta vez había contratado a un criado del lugar para que le preparara un baño caliente en una bañera de madera. Quería evitar cualquier tipo de incomodidad o malentendido.

La habitación era pequeña, pero funcional, con muebles de madera oscura y una cama amplia cubierta con mantas gruesas. Mientras el agua se iba llenando en la bañera, Cassian se dejó caer en una silla junto a la ventana y observó cómo la oscuridad se apoderaba del pueblo. A pesar de la calidez del fuego y la comodidad de la posada, no podía sacudirse la sensación de que los próximos días traerían consigo desafíos aún mayores.

En el campamento gitano, la mujer seguía mirando las cartas con los ojos entrecerrados. Había seguido muchas pistas, pero ahora se encontraba en un callejón sin salida.

—¿Estás segura, Diana? —le preguntó la joven, que seguía sin creerse lo que le decía.

—Las cartas no mienten —le respondió la mujer. —Un hombre aparecerá pronto y tendrás que seguirle. —Saoirse bufó porque llevaba varios días sin obtener respuestas—. Las cartas muestran un viaje, una iglesia, Saint Anne's... pero ya no dicen nada más.

—Está bien, seguiré esperando —aceptó la joven.

—Oye, Saoirse —le dijo Diana—. Mañana tendrás que sustituirme porque debo recoger las tisanas que encargué, ¿recuerdas? —Saoirse lo había olvidado, sobre todo porque no le gustaba leer la buena ventura. Los clientes eran muy pesados, pero aceptó.

—Está bien, mañana ocuparé tu lugar leyendo las cartas hasta que regreses.

Saoirse llevaba mucho tiempo buscando a una persona, pero no podía hacerlo sola porque la seguirían y la arrastrarían de nuevo a ese lugar al que no quería regresar. Parecía que en el campamento podía moverse con libertad, pero no era así. La seguían minuciosamente. Analizaban cada una de sus palabras, por eso, si quería huir, necesitaba ayuda externa para escapar. Solo así lograría encontrarla. Ahora tenía que esperar a que llegara la ayuda mencionada en las cartas. Pero los días pasaban y le exasperaban.

CAPÍTULO 8

El aroma del desayuno recién preparado lo sacó de su ensimismamiento. Cassian se sentó en el comedor de la posada, donde una mesa rústica pero bien dispuesta ofrecía una variedad de alimentos que le resultaron inesperados. Probó por primera vez un plato de boxty, una especie de torta de patata servida con mantequilla derretida. Acompañó el manjar con rebanadas de pan integral untadas con una generosa porción de mermelada casera y una taza de té negro cuyo aroma era más intenso que el habitual en Inglaterra. También había white pudding especiado y sabroso, un acompañamiento que le resultó intrigante pero agradable.

Mientras disfrutaba del desayuno, Cassian notó algo más en el aire, algo que no tenía que ver con la comida. El ambiente estaba cargado de cierta hostilidad, aunque disfrazada de cortesía. Los demás comensales, campesinos y mercaderes locales, apenas disimulaban su desconfianza. Eran ingleses en territorio irlandés, y eso parecía ser suficiente para despertar el recelo de los lugareños.

Al terminar, Cassian pidió hablar con el dueño de la posada, un hombre robusto y de rostro adusto que se presentó como Fergus. Cassian le preguntó directamente por el campamento de gitanos. Fergus frunció el ceño, como si le desagradase profundamente el mero hecho de mencionarlo.

—No me importa lo que hagan esos nómadas —dijo, limpiándose las manos en el delantal—. Tampoco debería ser asunto de un noble inglés.

Cassian notó la reserva y comprendió que no obtendría más información fácilmente. Sin embargo, cuando se levantó para marcharse, Fergus lo detuvo con una advertencia.

—Si insiste en ir, mi consejo es que vaya solo. Sus hombres deberían quedarse a una distancia prudente. A los gitanos no les gustan los extraños, y menos si llevan compañía armada.

Cassian asintió, agradeciendo el consejo, aunque sabía que aquello solo complicaría aún más su tarea.

Cuando llegó al lugar donde sus hombres estaban esperando, tomó la decisión de dejárselo. No era una decisión fácil, ya que apreciaba enormemente a su montura, pero sabía que los gitanos eran famosos por su habilidad para apropiarse de lo que no era suyo, y no quería arriesgarse a perder un caballo tan valioso.

—Quedaos aquí y esperad noticias mías —ordenó con firmeza a William y a Graham—. Seguiré el consejo del posadero. Iré solo y trataré de no llamar la atención.

A pie, Cassian avanzó hacia el campamento, que ya había observado el día anterior desde la distancia. Al acercarse, se hizo evidente el bullicio de la actividad. Los gitanos estaban ocupados con sus quehaceres cotidianos. Algunos hombres reparaban ruedas de carromatos y herraban caballos, mientras otros afilaban herramientas o atendían las hogueras donde hervían grandes calderos. Las mujeres lavaban la ropa en un arroyo cercano o tejían prendas con hilos de colores vivos. Los niños corrían descalzos entre los carros, riendo y gritando, mientras un perro ladraba alegremente detrás de ellos.

Cassian avanzaba con cautela, observando todo con detenimiento, cuando algo llamó su atención. En uno de los carromatos más grandes, pintado en una combinación de rojo y dorado, pudo leer una palabra que lo detuvo en seco: «Bienaventuranza», escrita con letras grandes y

elegantes.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios. Finalmente tenía una excusa plausible para acercarse. Sabía que a los gitanos les gustaba la superstición y la adivinación, y pedir que le leyeran la buenaventura era una forma de entrar en contacto con ellos sin levantar sospechas.

Sin embargo, cuando cruzó el límite del campamento, dos hombres de aspecto huraño lo abordaron de inmediato. Ambos lo miraban con evidente desconfianza y llevaban cuchillos cerca de las manos.

—¿Qué busca aquí, inglés? —preguntó uno de ellos, escupiendo al suelo tras hablar.

Cassian levantó las manos en un gesto de aparente sumisión.

—He venido para que me lean la buena suerte. He oído que sois los mejores en ese arte —dijo con tono respetuoso, tratando de mantener la calma.

Los hombres lo miraron con incredulidad, pero cambiaron de expresión cuando Cassian sacó una pequeña bolsa de cuero que contenía monedas de oro y la dejó caer con un sonido metálico.

—Esperad aquí —dijo uno de ellos, mientras el otro permanecía a su lado, vigilándolo.

Tras un breve intercambio entre los gitanos, finalmente le hicieron una señal para que avanzara, escoltado por los dos hombres. Cassian ajustó su chaqueta y respiró hondo, preparándose para lo que pudiera encontrar dentro de aquella misteriosa caravana.

CAPÍTULO 9

Cassian subió los crujientes escalones de madera que conducían al interior de la caravana. El aroma a incienso, mezclado con un toque de hierbas secas, lo envolvió antes de apartar la cortinilla de tela que cubría la entrada. Al entrar, quedó sorprendido por lo que vio.

El espacio era reducido, pero cada rincón parecía estar cuidadosamente decorado. En las paredes de madera había telas bordadas con intrincados diseños florales y geométricos. Había estantes llenos de frascos de vidrio que contenían líquidos y polvos de colores, y entre ellos colgaban manojos de hierbas secas. En el centro de una repisa había una lámpara de aceite que proyectaba una luz cálida y parpadeante que añadía un aura de misterio al lugar.

En el fondo de la caravana, una pequeña mesa redonda estaba cubierta con un mantel de terciopelo púrpura, bordado con hilos dorados que formaban estrellas y lunas. Frente a la mesa había dos taburetes de madera, sencillos pero sólidos. Sobre el mantel descansaba una baraja de cartas con dibujos extravagantes y un pequeño cuenco de cristal que parecía contener cenizas.

Cuando estaba examinando los detalles, una cortinilla de terciopelo rojo se apartó lentamente y apareció una mujer en el pequeño espacio trasero. Cassian se quedó sin aliento.

La joven era deslumbrante. Su cabello oscuro caía en ondas brillantes sobre sus hombros, enmarcando un rostro de rasgos afilados y unos ojos negros que brillaban con una intensidad casi sobrenatural. Había algo en su mirada que lo atravesó, como si pudiera ver más allá de su exterior y leer cada uno de sus pensamientos. Vestía una blusa ajustada de color mostaza adornada con bordados y una falda amplia de tonos rojos y verdes que parecía ondear con cada paso que daba. Cassian no pudo evitar fijarse en la curva de sus caderas, acentuadas por un cinturón de monedas doradas que tintineaban suavemente con cada paso.

Ella le dedicó una sonrisa cautivadora, pero Cassian notó que su corazón latía más rápido de lo habitual. Tragó saliva con fuerza, sorprendido por la belleza y la seguridad que irradiaba la joven.

—Bienvenido —dijo la joven gitana con una voz suave, pero con un matiz de autoridad que le hizo sentir que ella estaba al mando de la situación—. ¿Ha venido a que le lea las cartas del tarot?

Cassian asintió, incapaz de hablar de inmediato. La mujer le indicó uno de los taburetes y lo invitó a sentarse frente a la mesa.

—Me llamo Saoirse —dijo, pronunciando el nombre con un marcado acento gaélico que sonaba como una melodía.

Cassian, aún algo descolocado, tomó asiento y la observó mientras ella recogía la baraja y comenzaba a barajar las cartas con manos ágiles. El movimiento de las cartas era hipnótico y el sonido del papel deslizándose era el único ruido que rompía el silencio del lugar.

—Antes de empezar, necesito que me diga qué espera conseguir. El tarot no responde a preguntas vagas —comentó Saoirse mientras mezclaba las cartas.

—Busco a alguien —respondió Cassian, enderezando la espalda e intentando sonar más seguro de lo que se sentía bajo la intensa mirada de la joven.

—Todos buscan algo, señor inglés —respondió ella, esbozando una sonrisa que denotaba burla—. Pero dígame, ¿quién es esa persona tan importante?

Cassian dudó un momento, pero decidió ser directo.

—Una mujer —dijo finalmente, sin apartar los ojos de ella—. Una curandera llamada Maeve me dijo que una tal Diana me diría dónde encontrarla sin no estuviese aquí en el campamento.

—¿Busca a Diana? —le preguntó interesada.

—Si es una anciana que lleva al cuello una medalla con el símbolo Ashoka Chakra en negro, es la mujer que busco.

La expresión de Saoirse cambió por un instante. Sus manos se detuvieron y se suspendieron los movimientos fluidos con las cartas. Una chispa de sorpresa cruzó su mirada, pero desapareció rápidamente.

—¿Y para qué quiere encontrarla? —preguntó, dejando la baraja sobre la mesa y entrelazando las manos frente a ella.

Cassian respiró hondo antes de responder. Sabía que las palabras que estaba a punto de decir revelarían más de lo que deseaba compartir con una desconocida, pero no tenía elección.

—Porque necesito que deshaga una maldición —respondió finalmente.

La gitana arqueó una ceja, claramente intrigada.

—¿Una maldición? ¿De qué clase?

Cassian cerró los ojos un momento, intentando reunir las fuerzas necesarias para explicarlo. Al abrirlos, la mirada de Saoirse estaba fija en él, expectante y penetrante, como si estuviera a punto de desenterrar la verdad de sus labios, le agradara o no.

Saoirse permaneció en silencio durante un largo rato después de que Cassian confesara. La mención de la maldición y la medalla al cuello con el símbolo Ashoka Chakra en negro hicieron que conectara piezas que ya sospechaba. Maeve. No podía evitar imaginar cómo el noble habría conseguido esa información, pero ahora tenía claro que era el hombre que le mostraban las cartas.

Finalmente, Saoirse rompió el silencio.

—¿Sabes lo que hiciste? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante, mientras sus ojos oscuros le perforaban como dagas—. ¿La burla que tú y tus amigos hicisteis? Eso es una ofensa grave para nosotros. Burlarse de la muerte es algo sagrado que no se toma a la ligera.

Cassian bajó la mirada. Las palabras de la gitana eran como una carga más sobre sus ya cansados hombros.

—Lo sé... —respondió en voz baja—. Fue una estupidez. Una insensatez de jóvenes arrogantes.

Saoirse se cruzó de brazos, dejando que el silencio le resultara aún más incómodo. Pero había algo en la expresión del noble, en la forma en que se encorvaban sus hombros y se quebraba su voz, que comenzó a calar en su coraza.

—Me disculpo por lo que sucedió —continuó él, levantando la mirada para encontrarse con la suya—. No puedo cambiar el pasado, pero estoy aquí porque necesito encontrarla.

La gitana lo observó con atención. Había algo en Cassian que indicaba que era un hombre desgastado, alguien que llevaba tiempo cargando con un peso insoportable. El cansancio se reflejaba en sus ojos y en el leve temblor de sus manos.

—¿Has viajado mucho buscándola? —preguntó, perdiendo algo de dureza en el tono.

Cassian asintió y dejó escapar un suspiro profundo.

—He recorrido más caminos de los que puedo contar. Pero el último ha sido desde Inglaterra hasta las costas de Irlanda. He seguido rumores que resultaron ser callejones sin salida. Cada vez que creía estar cerca, algo o alguien me alejaba de mi objetivo. Y ahora estoy aquí porque no me queda otra.

Saoirse estudió sus palabras con cuidado. Su voz denotaba sinceridad, un abatimiento que no podía fingir. Pero también sabía que deshacer una maldición no era un asunto sencillo, mucho menos una que implicara algo tan grave como la muerte.

—No será fácil —dijo finalmente, con un tono más sombrío—. Las maldiciones que tocan a la muerte no se deshacen como si fueran un conjuro sencillo. Solo puede revertirla quien la lanzó.

—Entonces... —empezó Cassian, con un rayo de esperanza en su voz—, ¿dónde puedo encontrarla?

Saoirse lo miró largamente antes de responder.

—Las cartas muestran una iglesia Saint Anne's . Es allí donde hallarás las respuestas.

Cassian recibió aquellas palabras como un martillo. Había recorrido tanto para llegar hasta ese punto y ahora no descubría nada. Pero no tenía elección.

Se puso en pie con un movimiento lento, como si cada músculo de su cuerpo estuviera agotado.

—Gracias por tu tiempo —dijo con lentitud e inclinando ligeramente la cabeza—, y por tu honestidad.

Saoirse asintió, pero no dijo nada. Lo observó mientras abandonaba la caravana; su silueta parecía aún más abatida al cruzar la línea del campamento gitano. Cuando se quedó sola, soltó un largo suspiro. Tras leerle la buenaaventura, las cartas le habían mostrado mucho más a ella que a él. Ahora sabía dónde estaba la iglesia de Saint Anne's. Sabía que ese inglés era el hombre que la protegería en su huida, y ahora tenía que trazar un plan.

CAPÍTULO 10

El interior del carromato aún olía a madera antigua y a los aceites esenciales que Saoirse utilizaba para sus adivinaciones. Apenas unos minutos después de la partida de Cassian, se levantó la cortinilla de la entrada y dejó pasar a un hombre corpulento, con una mirada penetrante y un porte imponente. Se llamaba Drago y era uno de los hombres más respetados y temidos del campamento.

Sin pedir permiso, Drago se sentó en el taburete que había estado ocupado por el noble. Cruzó los brazos sobre la mesa y la observó con aire de sospecha.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó con voz seca.

Saoirse, acostumbrada a los interrogatorios de Drago, mantuvo la expresión tranquila mientras recogía las cartas del tarot y las guardaba en un paño de terciopelo.

—Quería que le leyera la buena suerte. Eso hice. Le cobré bien y se marchó.

Drago la observó detenidamente, como si intentara desentrañar sus pensamientos. Tras unos segundos, asintió lentamente, aunque el brillo de sus ojos indicaba que no estaba del todo convencido.

—En dos días levantamos el campamento —dijo con firmeza—. Nos dirigimos a Purdalimos, ya es hora de regresar.

La mención del destino en su lengua nativa hizo que Saoirse frunciera el ceño, aunque trató de que Drago no se diera cuenta. Purdalimos era la palabra que usaban para referirse a Rumanía, el país de origen de la mayoría. Sin embargo, para Saoirse, ese nombre evocaba una prisión. Allí le esperaba un futuro que no deseaba: un matrimonio pactado con un hombre al que no amaba, alguien que ya había demostrado ser irascible y cruel en más de una ocasión.

Drago notó su expresión, pero decidió no decir nada. Se levantó y salió del carromato, dejando a Saoirse con sus pensamientos. Ella se quedó inmóvil por un instante, sintiendo el peso de sus dilemas apretándole el pecho. No quería volver. No ahora que tenía la posibilidad de encontrarla, la mujer que había huido décadas atrás y cuya pista ahora conocía gracias al extranjero.

Su futuro esposo había pagado una fortuna por ella y sabía que la tradición era inquebrantable. Pero también sabía que no podría seguir adelante con ese destino. Ya había tomado una decisión y, aunque el riesgo era alto, estaba dispuesta a afrontarlo.

Esa noche, el fuego del campamento ardía con fuerza e iluminaba los rostros de los gitanos, que compartían risas y canciones. Saoirse, sin embargo, permanecía en silencio, sumida en sus pensamientos. Sentada un poco apartada del grupo, contemplaba las llamas como si esperara que le respondieran.

El jefe del campamento, un hombre mayor de rostro curtido y sabios ojos, se acercó a ella. Todos lo llamaban Kalo, el término respetuoso con el que se referían a los líderes, y era conocido por su forma directa de hablar.

—¿En qué piensas, niña? —le preguntó, sentándose a su lado.

Saoirse levantó la mirada y esbozó una sonrisa.

—En Irlanda. No esperaba que fuera tan hermosa. Me gustaría quedarme un tiempo más para conocerla mejor.

Kalo frunció el ceño, como si sus palabras lo hubieran desconcertado.

—Ya lo sé, pero no podemos quedarnos. Le prometí a tu padre que esta sería la última parada antes de volver a Purdalimos.

Saoirse asintió lentamente, mostrando una sonrisa que parecía sincera.

—Lo entiendo. Solo lo decía porque me ha sorprendido la belleza del lugar. Pero cumpliré con lo que se espera de mí.

El jefe asintió satisfecho con su respuesta y se puso en pie para regresar con el grupo. Saoirse lo observó alejarse mientras un torbellino de emociones la invadía.

Si quería que nadie sospechara de sus intenciones, tendría que disimular. Respiró hondo y, al levantarse, dejó atrás sus pensamientos oscuros. Se unió al círculo alrededor del fuego, mostrando una radiante sonrisa y participando en las canciones y los bailes. Hablaba, reía y hasta bromeaba, pero todo era un acto calculado.

Por dentro, ya había tomado una decisión. No regresaría a Purdalimos. Iría tras ella y haría lo que fuera necesario. Esa era su única oportunidad de cambiar su destino, y no la dejaría escapar.

CAPÍTULO 11

La luz del mediodía se colaba a través de las rendijas de las cortinas de la habitación de alquiler y bañaba el suelo de madera con destellos dorados. Cassian, que acababa de salir de la tina, se encontraba de pie frente al espejo. Con los pantalones ajustados ya puestos y la camisa aún desabrochada, su mente divagaba entre los recuerdos de los últimos días y la incertidumbre del camino que tenía por delante.

El crujido de la puerta al abrirse lo sacó de su ensimismamiento. Giró bruscamente hacia la entrada y se encontró con una visión inesperada: Saoirse, la gitana de ojos oscuros que le había leído la buena suerte, estaba de pie en el umbral. Su figura se recortaba contra la tenue luz del pasillo, y su expresión era tan segura como intrigante.

—¿Cómo has entrado? —logró preguntar, aunque su voz sonaba más sorprendida que hostil.

Ella avanzó un paso, cerrando la puerta con suavidad detrás de sí, y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—Digamos que tengo mis maneras. —Su mirada recorrió la figura del noble, deteniéndose apenas un instante en su torso parcialmente desnudo antes de volver a sus ojos.

Cassian sintió el impulso de cubrirse, pero no pudo moverse debido al desconcierto que le invadió.

—¿Qué quieres? —preguntó con desconfianza, tratando de recuperar la compostura. —preguntó con desconfianza, tratando de recuperar la compostura.

Saoirse cruzó los brazos mostrando una actitud tranquila, pero decidida.

—Tengo algo que deseas. —Su voz era suave, pero cada palabra parecía cargada de intención.

Cassian frunció el ceño, claramente confundido.

—¿De qué hablas?

—Sé dónde está la mujer que buscas —dijo ella, con la cabeza ligeramente inclinada, observando su reacción—. Pero solo te lo diré si aceptas llevarme contigo.

El noble entrecerró los ojos, procesando lo que acababa de oír. No era hombre de aceptar condiciones tan fácilmente, pero la idea de obtener finalmente la información que tanto había buscado lo obligó a reconsiderar.

—¿Por qué debería llevarte? —preguntó, intentando mantener su tono firme.

Ella avanzó otro paso, reduciendo la distancia entre ambos, y sus ojos destellaron desafiantes y esperanzados.

—Porque, inglés, nuestras metas pueden coincidir más de lo que imagina.

La noche envolvía el campamento gitano en un silencio que solo se rompía con el crujir de las ramas bajo la fuerza del viento y los murmullos lejanos de un par de vigías. Saoirse, oculta en las sombras, aguardaba el momento perfecto. Su plan estaba trazado al detalle y su determinación era tan firme como el filo de una navaja.

Miró una última vez alrededor desde el borde de su carromato. Ese pequeño espacio había sido su refugio durante meses, un lugar donde había encontrado consuelo tras huir de su pasado. Pero también era una jaula, un recordatorio constante de las cadenas que su padre había intentado

imponerle primero con su cruel autoridad y después con un matrimonio pactado que solo perpetuaría su miseria.

«Ya no más», pensó mientras inhalaba profundamente.

Con el sigilo de una sombra, salió del carromato y comenzó a caminar entre los otros vehículos, asegurándose de no hacer ruido que pudiera alertar a los demás. Sabía que solo tenía unas horas antes de que alguien notara su ausencia.

En un claro del bosque cercano, Cassian había dejado la montura que ella había solicitado. Era un caballo robusto, fuerte y rápido, perfecto para recorrer el camino hasta donde el carruaje del noble la estaría esperando.

Al llegar al animal, acarició su cuello con un gesto fugaz antes de montar. No se giró para mirar atrás. No quería que las emociones o los recuerdos la hicieran dudar.

El camino era oscuro y sinuoso, pero para Saoirse no había vuelta atrás. Su destino estaba ahora entrelazado con el de ese forastero inglés. Tal vez juntos podrían encontrar lo que ambos buscaban.

CAPÍTULO 12

El ambiente en el grupo de Cassian se había vuelto tenso desde la llegada de Saoirse. Los hombres, acostumbrados a seguir órdenes sin cuestionarlas, ahora no podían evitar lanzar miradas de reojo a la joven gitana. Aunque no lo expresaban abiertamente, su incomodidad era evidente, sobre todo cuando la vieron descender de su caballo con la misma soltura que un jinete experto.

—¿No lleva equipaje? —murmuró William observando con desconcierto la pequeña valija que Saoirse llevaba.

—Tal vez lleve más secretos que ropa —respondió Graham con una sonrisa amarga mientras cargaba un saco con provisiones en el carruaje.

Saoirse había abandonado las ropas coloridas de adivinadora que tanto llamaban la atención y ahora vestía como una criada. Su cabello oscuro estaba recogido de manera sencilla y, aunque su figura era menos destacada, seguía irradiando una presencia imponente. Cassian no pudo evitar mirarla con cierta admiración al verla manejar su montura con destreza.

«¿Aprenden a cabalgar antes que a caminar?», pensó mientras la observaba desmontar con elegancia.

Ella no tardó en acomodarse en el carruaje y señalar que estaba lista para partir con un gesto despreocupado. Sin embargo, cuando Cassian le preguntó cuál era su destino, Saoirse lo miró con una media sonrisa cargada de picardía.

—Te lo iré diciendo paso a paso —dijo mientras se acomodaba en el asiento frente a él—. Así me aseguro de que no me dejen tirada en algún pueblo.

Cassian arqueó una ceja, pero no respondió. Su instinto le decía que aquella mujer tenía más trucos de los que mostraba.

—De acuerdo, entonces, ¿cuál es el primer paso? —preguntó finalmente.

—Kinsale —respondió ella con firmeza.

Cassian asintió. Kinsale era un puerto conocido en el sur de Irlanda, una primera parada lógica si querían seguir hacia Cork. Dio la orden de partir y el carruaje comenzó a avanzar lentamente, mientras los hombres montaban sus caballos para acompañarlo.

El interior del carruaje era tan cómodo como Cassian había esperado. Los sillones de terciopelo estaban mullidos y las ventanas dejaban entrar la luz justa para iluminar el espacio sin deslumbrarlos. En silencio, ambos ocupantes comenzaron a estudiarse mutuamente.

Cassian no podía evitar sentir curiosidad por Saoirse. Ahora, lejos de la teatralidad de su caravana y las ropas extravagantes, parecía una mujer completamente distinta. Su mirada denotaba inteligencia y cultura, cualidades que no esperaba encontrar en alguien que había crecido entre gitanos. Además, sus ojos castaños tenían una profundidad inquietante, como si guardaran secretos capaces de cambiar el rumbo de cualquier historia.

Por su parte, Saoirse también lo observaba detenidamente. Cassian era atractivo, sin duda. Sus rasgos aristocráticos y su porte erguido delataban una vida privilegiada, pero la intensidad de su mirada revelaba que no era un hombre sin cicatrices.

Finalmente, fue Saoirse quien rompió el silencio.

—No confío en los ingleses —dijo con un tono casual, aunque su mirada estaba fija en él,

evaluando su reacción.

Cassian arqueó una ceja y se le dibujó una leve sonrisa en los labios.

—Eso tiene gracia viniendo de una gitana.

Saoirse no pudo evitar sonreír. Se recostó en el asiento, estirando los brazos como si el viaje fuera un paseo y no una incógnita llena de riesgos.

—Este carruaje es mucho más cómodo de lo que esperaba. —Cerró los ojos un momento, dejando que el movimiento suave la meciera—. Creo que este viaje va a ser fascinante.

Cassian no dijo nada, pero una ligera sonrisa se mantuvo en su rostro mientras la observaba. «Fascinante», pensó, y no pudo evitar preguntarse qué más le depararía ese viaje junto a la mujer más enigmática que había conocido.

CAPÍTULO 13

La tercera parada los llevó a un pueblo que apenas aparecía en los mapas. Un lugar diminuto, con casas bajas y techos de paja, y una única posada cuya fachada desgastada denotaba los años de uso. La tensión entre Cassian y Saoirse era casi insoportable desde el incidente de la parada anterior.

Todo había comenzado con un hombre demasiado atrevido en la posada. Había confundido a Saoirse con una mujer que vendía algo más que la buena ventura y, cuando intentó sujetarla por la muñeca, ella reaccionó con la velocidad y la fuerza de un animal acorralado. El filo de un cuchillo, que nadie había visto de dónde había salido, quedó peligrosamente cerca del cuello del hombre, quien se puso pálido y balbuceó excusas mientras retrocedía.

Cassian había intervenido, no tanto para defenderla, sino para evitar que su viaje se empañara con un asesinato. Después, había tomado una decisión que ella consideró humillante: hacerla pasar por su hermana.

—¿Tu hermana? —preguntó irritada—. Bueno, no podrá ser peor que la última idea que tuviste, la de ser tu criada —había dicho ella con sarcasmo.

Pero el problema era evidente. Nadie creía que una mujer como Saoirse pudiera ser hermana de un noble inglés de modales refinados. Eran muy diferentes. Sus miradas, actitudes y hasta sus maneras de caminar parecían provenir de mundos diferentes. Y lo peor de todo era que Saoirse no tenía la menor intención de pasar desapercibida.

Cassian, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarle ir por su cuenta.

—¿Por qué no puedo hablar con tus hombres? —preguntó ella una tarde, tras varios días de instrucciones y prohibiciones por parte de Cassian.

Él la miró con exasperación.

—Porque eres demasiado hermosa para pasar desapercibida —respondió sin rodeos—. Y con tu actitud desinhibida, provocas a los hombres.

Saoirse arqueó una ceja, incrédula.

—No necesito provocar a los hombres. Ellos se provocan solos.

El comentario lo dejó sin palabras por un momento. Había algo en su manera directa y sin tapujos de hablar que lo enfurecía y lo intrigaba a partes iguales. La tensión entre ellos era palpable, como una tormenta que amenazaba con desatarse en cualquier momento. Finalmente, Cassian decidió salir a cabalgar, dejando atrás el carruaje y a Saoirse con sus pensamientos.

Mientras se alejaba, sintió cómo su ira se desvanecía poco a poco, reemplazada por una nueva y desconcertante sensación. Estar cerca de ella lo ponía al borde de perder el control, algo que nunca antes le había sucedido.

Cuando llegaron a la posada al anochecer, Cassian decidió alquilar dos habitaciones separadas. No le importaba lo que costara, necesitaba espacio para respirar lejos de ella. Saoirse, por su parte, no discutió la decisión, aunque se mantuvo en silencio durante el resto de la noche, algo completamente inusual en ella.

Mientras subían las crujientes escaleras de madera que llevaban a las habitaciones, Saoirse no pudo evitar sonreír ante el gesto protector del inglés. Aunque sabía defenderse mejor que la mayoría, le resultaba curioso que se sintiera tan responsable de ella.

«Es divertido verlo tan alterado», pensó mientras lo observaba de reojo.

Sin embargo, no estaba dispuesta a seguir poniéndose en situaciones que la hicieran sentir inferior. Había aceptado el papel de hermana de Cassian porque, en el fondo, sabía que sin su

compañía no habría podido mantener el nivel de comodidad al que ya se había acostumbrado en este viaje. Dormir en una cama aceptable y tener un techo sobre su cabeza compensaba el pequeño sacrificio de fingir.

Se despidieron en el pasillo, cada uno entrando en su habitación. Saoirse se recostó en la cama, con la mirada fija en el techo. Sabía que había algo más detrás de la actitud protectora de Cassian. No se trataba solo de que no quisiera problemas con los locales o los hombres de su séquito. Había algo más.

Y, mientras Cassian se quitaba las botas con brusquedad en la habitación contigua, también lo sabía. El problema no eran Saoirse ni los demás. El problema era él mismo.

CAPÍTULO 14

Cassian pasó la noche dando vueltas en la cama, su mente atrapada en un torbellino de pensamientos sobre la gitana. No mostraba ni una pizca de humildad; Saoirse irradiaba una confianza descarada que lo desconcertaba. Era insolente, sí, pero también divertida de una forma irritante. Su sentido del humor le recordaba a Leif, su amigo de juventud, siempre burlón y provocador. Involuntariamente, terminó sonriendo al recordar alguno de los comentarios mordaces que había hecho durante el día.

«¿Cómo voy a aguantar este viaje?», pensó con un suspiro mientras se pasaba la mano por el cabello desordenado. Estaba claro que Saoirse no iba a ceder ni un ápice en su postura orgullosa.

Mientras tanto, su mente no dejaba de preguntarse cosas: ¿por qué había huido de su gente?, ¿qué o quién la había obligado a abandonar el campamento gitano? Cassian recordó el momento en que ella le pidió que dejara una montura en un lugar específico. Había entendido de inmediato que planeaba huir. Pero, ¿de qué exactamente? ¿De un hombre? ¿De una situación que ya no podía soportar?

El recuerdo de la mirada desafiante de Saoirse lo invadió. Esa boca... maldita sea, esa boca voluptuosa que no podía borrar de su mente. Y esos ojos oscuros que parecían escrutarlo hasta lo más profundo. Cassian apretó los puños contra las sábanas, frustrado consigo mismo. ¿Qué demonios le ocurría?

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —gruñó mientras se levantaba de la cama.

Un sirviente esperaba al otro lado con una bandeja que contenía un vaso y una botella de whisky. Cassian abrió la puerta casi furioso y cogió la bandeja sin decir una palabra. Estaba agotado y la irritación que sentía por haber dejado que una gitana ocupara tanto espacio en su mente no hacía más que aumentar.

Cassian despertó sobresaltado, con la mente aún confusa por el sueño agitado y el alcohol de la noche anterior. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro de Saoirse inclinado hacia él, con una sonrisa burlona que iluminaba su rostro.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó con voz ronca, mientras intentaba aclarar sus ideas.

—Te escuché gritar —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Parecía que estabas discutiendo contigo mismo, así que pensé en echarte una mano.

Cassian recorrió con la mirada el desorden de la cama, las sábanas revueltas y sudadas, y se dio cuenta de que probablemente tenía razón. Sus pensamientos durante la noche lo habían llevado al límite. Se sentó en el colchón y notó que la sábana le llegaba hasta las caderas, dejando al descubierto gran parte de su cuerpo desnudo.

Saoirse inspiró hondo, intentando mantener la compostura, pero la visión del torso musculoso de Cassian, marcado por cicatrices que hablaban de una vida llena de desafíos, la dejó sin palabras por un momento.

—¿Siempre duermes así, tan... vulnerable? —preguntó, recuperando la voz, aunque un ligero rubor coloreaba sus mejillas.

—¿Entras siempre en las habitaciones de los hombres sin tocar a la puerta? —replicó él, cruzándose de brazos, consciente de su desnudez y sin saber cómo recuperar su ropa sin mostrar más de la cuenta.

Ella rio suavemente y se sentó en los pies de la cama, cruzando las piernas con la gracia de alguien que sabe exactamente cómo provocar sin esfuerzo.

—No podía dejar pasar la oportunidad de verte en tu estado más vulnerable —respondió, guiñándole un ojo.

Cassian resopló, exasperado, pero no pudo evitar sonreír.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Oh, sí que lo tengo. Por ejemplo, desayunar. Estoy famélica —dijo, poniéndose en pie de un salto—. Pero no podía perderme este espectáculo.

—Espera un momento —protestó él, tratando de mantener la sábana en su sitio mientras se inclinaba hacia ella—: ¿vas a salir por esa puerta como si nada?

Saoirse se giró hacia él con una sonrisa radiante.

—¿Qué esperabas? ¿Que te ayudara a vestirme? —bromeó mientras abría la puerta. Antes de salir, se giró para lanzarle una última mirada provocadora y decirle:

—Nos vemos en el comedor, hermano.

Cassian se dejó caer de nuevo en el colchón y soltó un largo suspiro. La idea de comer algo le revolvía el estómago, pero sabía que tendría que enfrentarse a ella de nuevo. Y lo peor era que, a pesar de todo, ya tenía ganas de volver a verla.

CAPÍTULO 15

Cassian sintió un extraño peso en el pecho al ver las primeras casas de Cork en el horizonte. La ciudad, bulliciosa y llena de actividad, le pareció casi un espejismo después de días de caminos polvorientos y posadas incómodas. Era un puerto próspero, con barcos que se balanceaban en el río Lee y almacenes llenos de actividad. Los callejones estaban abarrotados de gente que iba y venía, y el sonido de los cascotes de los carruajes en las calles empedradas competía con las voces de los comerciantes que ofrecían sus productos.

El aire olía a mar mezclado con el humo de las chimeneas, lo que recordaba constantemente que esta ciudad dependía tanto del comercio como de su conexión con el océano. Los edificios eran una mezcla de elegantes fachadas georgianas y otras más modestas, que mostraban el contraste entre la riqueza y la pobreza que coexistían en esta ciudad.

—Calle Nicholas, número 34 —dijo Saoirse desde el interior del carruaje con voz firme, rompiendo el silencio entre ellos.

Cassian sintió un extraño alivio al oír la dirección. Había llegado el momento. Aunque todavía no entendía del todo por qué se sentía tan intranquilo, la idea de que el viaje estuviera cerca de terminar le provocaba una mezcla de alivio y una sensación de vacío inesperada.

El carruaje se detuvo frente al edificio indicado. Era un edificio antiguo, con la pintura descascarada y un balcón que parecía a punto de derrumbarse. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas gastadas y la calle estrecha apenas dejaba espacio para que otros vehículos pasaran junto a ellos. Todo en el lugar parecía encerrar historias de sufrimiento y secretos, el escenario perfecto para el encuentro que estaba a punto de tener lugar.

Cassian bajó del carruaje y miró con desconfianza a su alrededor. ¿Llegaría realmente aquí el final?

Saoirse avanzó con paso seguro sin mirar atrás, seguida de cerca por Cassian. Entraron en el edificio y el aire en el interior era aún más opresivo que fuera. Las paredes del pasillo estaban cubiertas de humedad y el suelo crujía bajo sus pies, como si el lugar resistiera a duras penas el paso del tiempo.

Sin decir una palabra, ella lo guio a través del angosto corredor hasta que se detuvo frente a dos puertas enfrentadas. Saoirse levantó la mano, pero por un instante pareció dudar. Fue un segundo apenas perceptible, pero Cassian lo notó. Finalmente, tocó con suavidad la puerta de la derecha.

Esperaron unos momentos y Cassian notó cómo su respiración se volvía pesada, como si el aire del pasillo se hubiera vuelto demasiado denso. Entonces, la puerta se abrió lentamente y apareció una mujer mayor con el rostro profundamente marcado por los años.

Cassian la reconoció al instante. Esa mirada penetrante, esos ojos que parecían ver más allá de lo evidente... Era la misma anciana que lo había maldecido a él y a sus amigos aquella fatídica noche. Sintió que todo su cuerpo se tensaba, pero también experimentó una extraña sensación de alivio. Había llegado hasta ella.

Pero fue lo que ocurrió después lo que lo dejó sin palabras.

Los ojos de la anciana se posaron en Saoirse y, de repente, su expresión se suavizó. Un gemido de sorpresa escapó de sus labios.

—¡Abuela! —exclamó Saoirse emocionada mientras se abalanzaba hacia la anciana.

Habían pasado muchos años, pero reconoció el rostro amado.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo tan estrecho que parecía borrar la separación de años. Cassian observó la escena en completo silencio, intentando asimilar lo que acababa de

presenciar. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar lentamente en su mente, pero cada respuesta parecía plantear nuevas preguntas.

El sonido del llanto contenido de Saoirse resonó en el estrecho pasillo y Cassian, sin saber qué hacer, desvió la mirada hacia el suelo, dejando que disfrutaran de ese momento privado. Sin embargo, la presencia de la anciana le traía un recordatorio inevitable: la maldición. ¿Podría este encuentro significar finalmente el fin de su tormento?

Pero, antes de que pudiera decir una palabra, la anciana levantó la mirada y sus ojos se clavaron en él, como si supiera exactamente el motivo de su presencia. Cassian se fijó en la medalla que llevaba al cuello y supo que la había encontrado por fin.

Cassian estaba sentado en un sillón de madera desvencijado, con una taza de té caliente entre las manos. El pequeño salón donde vivía la anciana gitana estaba sobrecargado de objetos que parecían contar historias: amuletos, telas bordadas con intrincados diseños, velas consumidas a la mitad y un extraño aroma a incienso que flotaba en el ambiente. Era un lugar que parecía resistir el paso del tiempo, pero para Cassian era un entorno completamente ajeno.

Saoirse y su abuela conversaban en su idioma gitano, un intercambio rápido y melodioso que Cassian no podía entender. Observó cómo las dos mujeres gesticulaban y se miraban intensamente, como si intentaran compensar décadas de separación en cuestión de minutos.

Cassian se sintió fuera de lugar, casi invisible, algo que no era habitual para él. Estaba acostumbrado a dominar cualquier espacio que ocupaba, pero aquí, con estas dos mujeres, no era más que un espectador. Dio un sorbo al té, apenas prestando atención a su sabor, y trató de calmar su creciente impaciencia. Tenía muchas preguntas, pero entendía que ese era su momento y no el suyo.

Tras casi una hora de espera, Saoirse finalmente se giró hacia él, con los ojos brillantes por una mezcla de emoción y determinación.

—Cassian, esta es mi abuela, aunque creo que ya la conoces.

La anciana se giró hacia él y lo miró fijamente. Durante un instante, no dijo nada, pero luego, al reconocerlo, sus ojos se entrecerraron.

—Sí, lo recuerdo —dijo en un inglés algo pesado, pero comprensible—. Tú estabas allí aquella noche.

Cassian tragó saliva y desvió la mirada, sintiendo cómo una vieja culpa volvía a pesar sobre él.

—Así es —admitió con voz baja—. Era joven e... irresponsable.

La anciana soltó una risa amarga.

—Irresponsable es una forma amable de llamarlo. Vosotros, los jóvenes arrogantes, jugando con cosas que no entendíais. Burlándoos de mis creencias y de mi pueblo. ¿Y ahora vienes aquí a pedirme ayuda?

Cassian se removió incómodo en su asiento bajo la intensidad de su mirada.

—No voy a justificar lo que hice. Fue una estupidez... una crueldad innecesaria. Pero estoy aquí porque esa maldición ha arruinado nuestras vidas.

—¿Arruinado? La anciana alzó las cejas, con una mezcla de ironía y desafío en su expresión:

—¿Arruinado porque te has visto obligado a enfrentarte a tus errores?

—No se trata solo de eso. La maldición nos ha perseguido, a mí me ha perseguido... —

Cassian dejó la taza sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía—. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea para remediarlo.

La anciana lo miró durante unos segundos interminables. Sus ojos, que antes reflejaban dureza, parecieron suavizarse ligeramente.

—¿Qué haces con mi nieta? —preguntó de repente, cambiando de tema con un giro inesperado.

Antes de que Cassian pudiera responder, Saoirse intervino.

—Él me ayudó a escapar. Mi tío quería llevarme de vuelta por la fuerza. Sin su ayuda, no estaría aquí.

La anciana giró la cabeza hacia Cassian y sus ojos se entrecerraron una vez más, esta vez con curiosidad.

—Has hecho una buena acción, inglés. Eso no borra lo del pasado, pero al menos demuestra que hay algo de bondad en ti.

Cassian aprovechó el momento para intervenir.

—¿Servirá esa buena acción para compensar mi error?

La anciana dejó escapar un suspiro profundo.

—Los errores del pasado no se borran tan fácilmente, pero puedo ver que hablas con sinceridad. —Su mirada se volvió más seria—. La maldición que lancé aquella noche no era solo para castigaros, sino para enseñaros. Pero entiendo que el sufrimiento que has soportado puede haberte cambiado.

—Lo ha hecho —insistió Cassian—, y no puedo seguir así. Necesito tu ayuda.

La anciana guardó silencio por unos instantes, como si midiera cada palabra que iba a decir. Finalmente, asintió.

—Te ayudaré, pero necesito tiempo para prepararme. Ve a la posada de las afueras de Cork, en la carretera que lleva al sur. Quédate allí esta noche. Mañana te llevaré a un lugar especial y allí veremos si realmente mereces liberarte de esta maldición.

Cassian asintió, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad. Había dado un paso importante, pero sabía que lo que venía después no sería fácil. Mientras la anciana se giraba hacia Saoirse para seguir hablando en su idioma, él volvió a tomar su taza de té y notó el amargo sabor, que parecía reflejar sus propios pensamientos.

CAPÍTULO 16

La pequeña sala quedó en silencio cuando Cassian se marchó, siguiendo las indicaciones de la anciana hacia la posada de las afueras de Cork. Saoirse cerró la puerta y regresó al salón, donde su abuela la esperaba sentada en el sillón. La anciana había adoptado una postura rígida, con las manos juntas sobre su regazo, pero sus ojos oscuros brillaban con intensidad.

—Ahora que estamos solas, dime la verdad —exigió con voz firme, aunque cariñosa—. ¿Qué ocurrió exactamente?

Saoirse suspiró profundamente y se sentó frente a ella. Parecía vacilar, pero finalmente comenzó a hablar.

—Días después de marcharte, mi padre cayó muy enfermo, tanto que no puede andar, ver ni oír. Su hermano tomó el control del clan. Crecí siendo muy desgraciada porque no entendía muchas cosas, pero crecí. Mi tío paterno, siguiendo las órdenes de mi padre, me comprometió con un hombre odioso, un monstruo violento que no dudaba en imponer su voluntad a golpes. Mi tío, el hermano de mi padre, lo solucionó todo. Sabía quién era, pero no le importó. Solo me veía a mí como una mercancía de intercambio.

La anciana apretó las manos con fuerza, hasta hacerse blancos los nudillos. Porque se repetía la misma historia.

—Ese hombre... tu tío —murmuró con los labios tensos—. Es igual que tu padre.

Saoirse asintió y continuó:

—Gracias a la tradición de conectar con nuestro pasados en Irlanda para todos los gitanos, pude escapar un tiempo. Llegue a Irlanda con la caravana, y desde entonces, he estado buscándote, siguiendo tus pistas, aquellas que me dejaste pero que no entendí hasta que crecí.

La anciana bajó la cabeza, visiblemente afectada, y por un momento pareció envejecer aún más.

—Yo también tuve que huir para proteger la vida de tu madre. Lo hice escondida en una caravana de gitanos que pasó por estas tierras. Pensaba que entre ellos estaría protegida, y así fue durante un tiempo, hasta que tu madre creció y se enamoró de tu padre, pero ese hombre al que amó no era quien ella pensaba.

Saoirse se inclinó hacia adelante, buscando los ojos de su abuela.

—¿Por qué te marchaste después de que ella murió? ¿Por qué no me llevaste contigo?

La anciana levantó la mirada, llena de pesar.

—Porque no podía. Tu tío ya había tomado el control. Para ellos, yo no era más que una mujer vieja y quebrada. Si te hubiera llevado conmigo, habría desatado una persecución. —Suspiró profundamente—. No me quedaban fuerzas, Saoirse. Apenas pude escapar yo misma.

—Pero te escondiste aquí, en Cork. Si yo pude encontrarte, ellos también podrán. Mi tío lo hará.

Las dos mujeres se miraron en silencio, mientras la gravedad de las palabras de Saoirse colgaba en el aire como una amenaza palpable.

—Tu tío me está buscando —admitió finalmente la anciana—. Porque cuando me marché, no lo hice con las manos vacías. Me llevé algo que pertenecía a tu madre. Algo que le daba poder dentro del clan.

—¿Qué te llevaste? —preguntó Saoirse, curiosa y temerosa a la vez.

La anciana esbozó una pequeña sonrisa desafiante.

—Un medallón con una inscripción en romaní. Pertenecía al clan desde tiempos inmemoriales y me lo llevé porque era la forma de mantenerte a salvo, o al menos eso creía,

porque está claro que me equivoqué.

Saoirse abrió los ojos asombrada.

—¿Es tan importante ese medallón?

—Sí, sin él, su liderazgo siempre será cuestionado. Lo necesita para legitimarse ante el clan, pero no pienso devolvérselo. Ese medallón te pertenece porque pasa de padre a hijo o hija. Cuando muera tu padre, ese medallón te pertenecerá, por eso tu tío lo desea ahora con todas sus fuerzas, por eso me lo llevé conmigo.

Saoirse se quedó en silencio, asimilando las palabras de su abuela. Entonces la anciana continuó, cambiando el tono de su voz, que ahora sonaba más suave y nostálgica.

—¿Por qué huiste de estas tierras en una caravana de gitanos?

—Porque me enamoré del hombre equivocado. Porque tuve una hija que era la heredera, y un pariente del hombre que amaba quería heredar el título y las tierras, pero tu madre era la legítima heredera. Ante el peligro que suponía quedarnos aquí, opté por huir. Nos establecimos con los gitanos porque entre ellos nunca nos encontrarían. Tu madre... —Hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. Tu madre creció, se enamoró de uno de los gitanos, el jefe. Yo se lo advertí, pero no quiso escuchar. Y, aunque sabía que él no era un hombre digno de ella, no pude hacer nada.

Saoirse sintió que una ola de emociones la recorría. Nunca había conocido esa parte de la historia de su madre.

—¿Y qué pasó después? —preguntó con la voz casi rota.

La anciana negó con la cabeza, mientras sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Ese hombre era violento y manipulador. Tu madre pensó que podía cambiarlo, pero solo encontró sufrimiento. Cuando murió a causa de las palizas que le propinaba, yo ya no pude soportar quedarme en ese lugar. Su muerte lo cambió todo y yo cambié el futuro del hombre que te engendró: jamás volverá a maltratar a una mujer.

Saoirse entendió muy bien que su abuela había provocado la enfermedad de su padre. Extendió una mano y cubrió la de su abuela en un gesto de apoyo silencioso.

—Ahora entiendo todo. Pero si este medallón les da poder y tú lo tienes, no dejarán de buscarte.

La anciana asintió lentamente.

—Lo sé. Pero mientras esté aquí y lo tenga, al menos puedo hacer que lo paguen. No voy a permitir que hombres como tu tío sigan gobernando con terror.

Saoirse sintió una mezcla de admiración y temor hacia aquella mujer, que a pesar de los años y las pérdidas seguía siendo un espíritu indomable. Pero sabía que el peligro seguía presente.

Las dos mujeres siguieron hablando hasta que comenzó a atardecer, recordando tiempos mejores y compartiendo secretos que nunca antes habían salido a la luz. Pero ambas sabían que el pasado que las había perseguido durante tanto tiempo no estaba dispuesto a dejarlas en paz.

La posada estaba situada en las afueras de Cork, en una zona rodeada de colinas y caminos polvorientos que parecían no llevar a ninguna parte. Cassian la observó al llegar: era una estructura de madera con aspecto modesto, pero bien cuidada. La anciana había elegido bien el lugar, pues parecía lo suficientemente apartado como para evitar miradas indiscretas.

—Cuida de los caballos, William —ordenó Cassian mientras descendía del carruaje. Su

tono era firme, pero no mostraba la tensión habitual.

—Como siempre, señor —respondió William con una ligera sonrisa sarcástica, mientras Graham se limitaba a asentir y tomar las riendas del caballo principal.

Cassian no dijo nada más. Se dirigió al interior, deseoso de aprovechar el baño que había solicitado. Era una rareza en aquel tipo de posadas, pero agradeció que la anciana hubiera tenido la sensatez de enviarlo a un lugar cómodo, aunque no pudiera evitar que algo en el ambiente le resultara extraño.

Tras un baño largo y relajante, Cassian se sintió renovado. El calor del agua había aliviado parte de la tensión acumulada durante los últimos días. Aún le quedaban dudas, pero al menos empezaba a vislumbrar una solución.

Se reunió con William y Graham en el comedor, que estaba sorprendentemente vacío. Los tres ocuparon una mesa en el centro de la sala, iluminada por un candelabro que oscilaba ligeramente con la brisa que se colaba por las ventanas mal ajustadas. Una mujer mayor, posiblemente la dueña del lugar, les sirvió una cena sencilla pero sustanciosa: pan recién horneado, estofado de carne y una jarra de cerveza oscura.

—¿No te parece extraño que estemos solos aquí? —comentó William mientras servía cerveza en los tres vasos—. Una posada vacía nunca es buen augurio.

—Quizá solo es un mal día para el negocio —respondió Graham con un encogimiento de hombros antes de llevarse un trozo de pan a la boca.

Cassian, que había estado distraído observando el vaivén de las sombras en la pared, decidió intervenir.

—No os preocupéis por eso. No hemos venido por la hospitalidad, sino porque estamos cerca del final.

William arqueó una ceja y lo miró fijamente.

—¿Del final, señor? ¿Habla de la maldición?

Cassian asintió, dejando su vaso sobre la mesa con un golpe sordo.

—He hablado con la anciana. Mañana nos llevará a un lugar donde dice que se romperá la maldición.

—¿Y confía en ella? —preguntó Graham con escepticismo.

—No tengo elección, Graham. Además... —Cassian hizo una pausa, mirando el líquido oscuro de su vaso—. Hay algo en ella. Una sensación de que no está mintiendo.

William, siempre más descarado, sonrió con ironía.

—¿Sabe siquiera su nombre, señor? Porque parece curioso que esta mujer, que tanto daño le hizo, siga siendo una extraña.

Cassian lo miró con una expresión que oscilaba entre la diversión y la irritación.

—No, no lo sé. Ahora que lo mencionas, me parece algo absurdo.

—¿Y si nos lleva a una trampa mañana? —insistió Graham, dejando la cuchara en su plato vacío—. Esa mujer podría estar jugando con usted y prolongando esta maldición.

Cassian se inclinó hacia ellos, su voz era baja pero firme.

—Lo he pensado, pero no creo que sea el caso. Podría habernos traicionado ya si quisiera, pero no lo ha hecho. Y no lo hará.

William se encogió de hombros y dio un largo trago a su cerveza.

—Si usted lo dice, milord. Aunque debo admitir que me intriga saber qué hará esa anciana mañana: ¿recitará un conjuro o quemará algo en un fuego sagrado?

Graham resopló, aunque su rostro seguía serio.

—O nos dirá que todo esto ha sido una broma y que nos vayamos a casa.

Cassian sonrió entre dientes, un sonido breve pero genuino que sorprendió a sus hombres.

—Por primera vez en mucho tiempo, creo que podré dormir esta noche sin darle demasiadas vueltas a todo esto. No os preocupéis. Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos, como siempre hemos hecho.

El silencio se instaló brevemente entre ellos, solo interrumpido por el crepitar del fuego en la chimenea cercana. Aunque ninguno de los dos lo admitiera, ver a su líder más tranquilo les daba una sensación de seguridad.

—Espero que tenga razón, señor —dijo finalmente William, alzando su vaso para brindar. Por nuestra suerte y por el final de esta locura.

—Por el final —secundó Graham, levantando también su vaso.

Cassian los imitó, esbozando una sonrisa que, por primera vez en días, no parecía forzada.

—Por el final.

Los vasos chocaron suavemente en el aire, sellando una promesa de resistencia frente a lo desconocido que les aguardaba al día siguiente.

CAPÍTULO 17

La luz matinal se filtraba por las rendijas de las ventanas del pequeño salón, llenándolo con una calidez que parecía mitigar el paso de los años. La anciana no podía dejar de sonreír mientras observaba a su nieta Saoirse, que había pasado la noche bajo su techo. Era como si todo el dolor y la incertidumbre de los últimos años se hubieran desvanecido en cuanto la tuvo de nuevo frente a ella.

—Nunca pensé que te volvería a ver —murmuró la anciana, con la voz entrecortada por la emoción.

Saoirse se inclinó para abrazarla y aspirar el familiar aroma a hierbas secas que siempre rodeaba a su abuela.

—Te he buscado, abuela. No iba a rendirme hasta encontrarte.

La anciana la miró con los ojos brillantes y se limpió las lágrimas con la esquina de su pañuelo.

—Eres como tu madre. Tenaz y valiente. Pero ahora estás aquí y eso es lo único que importa.

Después de un rato, Saoirse se retiró al pequeño dormitorio que su abuela le había preparado. El baño fue largo y reparador. Con manos cuidadosas, peinó su cabello, dejándolo caer en suaves ondas sobre sus hombros, antes de ponerse la ropa que había pertenecido a su madre. Era un vestido sencillo pero elegante, de una tela suave al tacto y con delicados bordados en el corpiño.

Cuando salió del dormitorio, la anciana, que esperaba junto a la chimenea, la miró asombrada. Sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más y un sollozo escapó de sus labios.

—Pareces ella —dijo, casi en un susurro—. Por un momento, he creído ver a tu madre.

Saoirse se acercó para tomar las manos temblorosas de su abuela e intentó consolarla.

—Lo llevo puesto porque quiero sentirla cerca, abuela. Pero sigo siendo yo.

La anciana asintió, secándose las lágrimas mientras sonreía.

—Eres más fuerte que tu madre. Tienes su belleza, sí, pero también una fuerza que proviene de las dos sangres. Ahora entiendo por qué el destino te ha traído de vuelta a mí.

Tras un desayuno consistente en pan casero, mantequilla fresca y un guiso caliente que la anciana preparó con dedicación, esta insistió en leerle las cartas a su nieta.

—No hace falta, abuela. Ya sé cuál es mi destino. He venido a buscarte y ahora estoy contigo —protestó Saoirse, evitando la mirada insistente de la anciana.

—Las cartas nunca mienten, niña. Y el destino no siempre es tan sencillo como creemos.

Tras un breve tira y afloja, Saoirse cedió, suspirando con resignación mientras su abuela extendía el mazo de cartas desgastadas sobre la mesa.

La anciana barajó las cartas con movimientos precisos y solemnes, colocándolas en una disposición que conocía de memoria. Cuando volteó la primera carta, su expresión se tornó seria.

—Debes marcharte de aquí —dijo con firmeza, sin apartar la vista de las cartas.

—¿Qué? —Saoirse frunció el ceño, mostrando incredulidad.

La anciana levantó la mirada hacia ella y sus ojos denotaban preocupación.

—Este no es tu sitio. Cork no es seguro para ninguna de las dos.

Saoirse apretó los labios, incómoda con la revelación. Pero su abuela continuó, volteando la siguiente carta.

—Tienes que tomar una decisión, Saoirse. Una decisión que cambiará tu vida para siempre.

—¿De qué decisión hablas? —preguntó ella, tratando de ocultar la ansiedad que empezaba a surgir.

La anciana giró la última carta y se quedó en silencio durante unos segundos. Cuando volvió a hablar, su voz temblaba levemente.

—Hay un hombre en tu camino. Un hombre que puede salvarte de tu padre y del futuro que él ha planeado para ti.

Saoirse se tensó, pensando inmediatamente en Cassian.

—¿Salvarme? ¿Cómo?

—Debe acompañarte, niña. Él es la clave para que todo esto termine. Las cartas son claras: si decides no seguirlo, tu camino será inevitablemente el que tu padre ha trazado para ti.

La joven bajó la mirada, luchando contra la confusión que le provocaban las palabras de su abuela.

—No puedo confiar mi destino a un hombre, abuela.

La anciana le agarró las manos con una fuerza sorprendente para alguien de su edad.

—No se trata de confiar en él, sino en ti misma. Tú decides el camino, pero él es una herramienta del destino. Y el destino siempre encuentra la forma de cumplirse.

El aire en la pequeña sala pareció volverse más denso mientras Saoirse asimilaba las palabras. Finalmente, con una mezcla de determinación y duda en su mirada, asintió lentamente.

—Si es así, abuela, entonces iré con él. Pero no porque el destino me lo dicte, sino porque yo lo elijo.

La anciana sonrió complacida con la respuesta.

—Esta es mi nieta. Fuerte, como tu madre. Ahora ve, prepárate para lo que venga. El camino será largo, pero tú tienes constancia.

La posada estaba sumida en una calma extraña, solo rota por el ocasional crujido de la madera y el susurro del viento entre las rendijas. Cassian, sentado junto a una mesa en el comedor, levantó la mirada cuando escuchó que se acercaban pasos. En el umbral apareció la anciana gitana, seguida de... Cassian sintió cómo el aire le abandonaba los pulmones.

Saoirse estaba radiante. Vestía un elegante vestido de tonos oscuros con delicados bordados que, aunque algo anticuado, realzaba su porte y su figura de una manera que ninguna de sus ropas anteriores había hecho. La luz del fuego danzaba sobre su cabello, resaltando las ondas que caían sobre sus hombros.

Por un instante, Cassian no pudo apartar la vista de ella. Su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente y entrecerró los ojos. ¿De dónde había sacado esa ropa? Eran de excelente calidad, aunque se notaban los años en la tela.

Cuando volvió a la realidad, se dio cuenta de que el posadero, que generalmente era un hombre parco, se inclinaba hacia la anciana con un respeto poco habitual.

—Señora, ¿les preparo una mesa? —preguntó el hombre con tono servicial, casi reverente.

Cassian arqueó una ceja, intrigado por la conducta de la mujer. ¿Quién era realmente? ¿Y por qué Saoirse había decidido cambiar su aspecto de forma tan drástica?

La anciana asintió y se sentó frente a Cassian. Saoirse se sentó a su lado y le lanzó una sonrisa juguetona que no hizo más que aumentar su desconcierto.

El posadero volvió poco después con tres copas pequeñas de cristal y una botella de licor irlandés.

—Esto les calentará el alma —dijo mientras servía el líquido dorado.
Cassian frunció el ceño y rechazó el vaso con la mano.
—No, gracias.
Pero la anciana lo detuvo con un gesto.
—Es un licor especial, inglés. No seas grosero.
Cassian suspiró y cedió ante la insistencia. Alzó la copa junto con las dos mujeres y tomó un sorbo. El líquido era fuerte, con un sabor terroso y ahumado, pero no desagradable.
La anciana lo observó mientras bebía, con una ligera sonrisa que resultó inquietante.
—Esto nos dará fuerzas para lo que está por venir —dijo, dejando la copa sobre la mesa—. Ahora, inglés, es hora de partir.
—¿Partir? ¿A dónde? —preguntó Cassian, desconfiado.
—A un lugar sagrado. Tú y yo iremos solos.
Saoirse, que estaba terminando su licor, levantó la vista sorprendida.
—¿Por qué no puedo ir con ustedes?
La anciana negó con la cabeza.
—Este es un asunto que solo le incumbe a él. —Tú te quedarás aquí.
Cassian dudó por un momento, pero la seriedad de la anciana lo convenció. Se levantó, se ajustó la chaqueta y la siguió fuera de la posada.

El camino fue largo y silencioso. La anciana lo guio a través de un bosque oscuro y húmedo, y a pesar de su edad, sus pasos eran firmes. Finalmente, llegaron a un claro donde se alzaba un círculo de piedras antiguas cubiertas de musgo. El ambiente era denso, cargado de una energía que Cassian no lograba explicar.

—Este es un lugar donde los espíritus de mis antepasados descansan —dijo la anciana, acercándose al centro del círculo.

Cassian la observó con cautela mientras ella sacaba de su bolso varios objetos: un pequeño cuenco de barro, unas hierbas secas y una vela negra que encendió con un fósforo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Romper la maldición que ustedes mismos trajeron sobre ustedes —respondió sin mirarlo, mientras colocaba las hierbas en el cuenco y las encendía. Un humo denso y aromático comenzó a elevarse en el aire.

Cassian sintió una mezcla de incredulidad y respeto. Aunque no entendía el ritual, la solemnidad de la anciana lo obligaba a mantenerse en silencio.

Ella comenzó a murmurar palabras en un idioma que él no reconocía, con una cadencia hipnótica. Luego tomó un frasco pequeño de su bolso y vertió unas gotas de un líquido oscuro en el cuenco, haciendo que el humo se intensificara.

—Inglés, acércate —dijo con voz firme.

Cassian obedeció y se paró junto a ella en el centro del círculo.

—Tienes que cerrar los ojos y repetir lo que yo diga —ordenó.

Él vaciló, pero finalmente lo hizo. Las palabras que ella le hizo pronunciar eran extrañas, pero las dijo con convicción y sintió que cada sílaba llevaba un peso que no podía explicar.

La anciana extendió las manos hacia él, colocando una en su frente y otra en su pecho. Cassian sintió una ráfaga de calor recorrer su cuerpo, como si algo invisible lo envolviera.

—Está hecho —anunció, apartándose.

Cassian abrió los ojos y respiró profundamente.

—¿Eso es todo?

La anciana le entregó un pequeño paquete envuelto en tela.

—Aquí dentro hay un polvo especial. Esta noche, antes de dormir, mézclalo con agua y tómallo. Mañana, cuando despiertes, la maldición habrá desaparecido.

Cassian miró el paquete con escepticismo, pero algo en los ojos de la anciana le decía que debía confiar en ella.

—Gracias —dijo al final.

La anciana asintió con una leve sonrisa.

—Vuelve a la posada. Yo me quedaré aquí un rato más. Y recuerda, inglés, que no se puede escapar del destino. Hay que aprender a vivir con él.

Cassian, aún algo desconcertado, regresó al camino que los había traído. Mientras caminaba, una sensación de alivio comenzó a inundar su pecho. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación de que el final de su tormento estaba cerca.

CAPÍTULO 18

Cuando Cassian y la anciana salieron del círculo de piedras, un viento frío los envolvió. El cielo estaba teñido de negro, salpicado de estrellas, y la luna iluminaba el bosque con un resplandor plateado.

—¿Ya es de noche? —preguntó sorprendido, mirando a su alrededor.

La anciana, envuelta en su descolorido chal, asintió con serenidad.

—El tiempo en un lugar sagrado no transcurre como en el mundo exterior —respondió, mirándolo con una sabiduría que parecía desafiar toda lógica.

Cassian observó cómo se alejaba por el sendero, su silueta encorvada pero firme bajo la luz de la luna. Aunque parecía una mujer sencilla, había algo en ella que desafiaba toda su percepción de lo terrenal. Se fijó en el chal que llevaba, el mismo que aquella noche en el pasado. ¿Por qué seguía usando una prenda tan gastada, cuando su hogar denotaba cierta comodidad y retiro digno?

Sacudiendo esos pensamientos, Cassian se dirigió de vuelta a la posada. A medida que se acercaba, la calidez de la luz que emanaba de las ventanas y el sonido lejano de las voces le transmitieron una extraña sensación de tranquilidad.

Cuando entró en el comedor, encontró a William y Graham sentados junto al fuego, charlando en voz baja mientras bebían cerveza. Ambos levantaron la vista al verlo entrar y notaron de inmediato la diferencia en su semblante.

—Cassian, pareces otro hombre —comentó Graham, alzando su jarra en un gesto amistoso.

—Porque lo soy —respondió Cassian, sentándose con ellos—. Esta noche es una celebración.

William arqueó una ceja, divertido.

—¿Celebración? ¿Por qué motivo, si se puede saber?

Cassian sonrió, mostrando una expresión franca y relajada que no había mostrado en años.

—Porque pronto dejaré de cargar con un peso que he soportado durante demasiado tiempo.

Los tres se sirvieron generosas raciones de carne y pan, y la conversación pronto se animó. Hablaron de sus viajes, de sus encuentros con personajes peculiares y de las absurdas vicisitudes de la política europea. Cassian bromeaba como en los viejos tiempos y, tanto William como Graham, lo miraron en silencio, reconociendo el cambio en su capitán.

En un momento de la noche, Cassian se puso de pie y llamó al posadero.

—Una botella de champán —ordenó con voz clara—. Vamos a brindar por nuevos comienzos.

El posadero, algo sorprendido por la petición, desapareció rápidamente en la cocina y regresó con una botella cubierta de polvo.

—Lo siento, señor, pero esto es lo mejor que tengo —dijo mientras abría la botella y servía las copas.

Cassian levantó la suya.

—Por el pasado que dejamos atrás y por el futuro que construiremos.

Bebió de un trago, dejando que el burbujeo del champán le calentara la garganta. Luego sirvió otra copa y otra más, sintiendo cómo su ánimo subía con cada sorbo.

Fue entonces cuando recordó el paquete que le había dado la anciana. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo abrió con cuidado. En su interior había un polvo fino de color pálido que parecía brillar tenuemente al contacto con la luz de las velas.

—¿Qué es eso? —preguntó William, curioso.

—No es nada que les concierne —respondió Cassian con una sonrisa enigmática.

Tomó su copa de champán, vació el contenido del paquete en el líquido y lo agitó ligeramente. El polvo se disolvió de inmediato, pero, al llevar la copa a los labios, notó un sabor amargo y ácido en el paladar. Frunció el ceño, pero se lo bebió de un trago.

—Con tal de que esto funcione, bebería cicuta —murmuró para sus adentros, dejando la copa vacía sobre la mesa.

Se despidió de sus hombres con una palmada en los hombros y les agradeció su lealtad con una sonrisa franca antes de dirigirse hacia la escalera que llevaba a sus aposentos.

Mientras subía los escalones, notó un cosquilleo extraño en el estómago. Un calor comenzó a extenderse por su cuerpo, como si una corriente eléctrica recorriera sus venas. Cada paso que daba parecía más ligero que el anterior, como si su cuerpo se estuviera desprendiendo de una carga invisible.

Cuando llegó al pasillo de la primera planta, su respiración se aceleró ligeramente. Frente a la puerta de su habitación, levantó la mano para accionar la manivela y, al empujarla, la vista que se desplegó ante él lo dejó atónito.

Saoirse estaba en el centro de la habitación, sumergida en una bañera de madera, el agua cubierta por una fina capa de espuma que brillaba con la luz de las velas. Su cabello oscuro caía en ondas sobre sus hombros desnudos y sus grandes y brillantes ojos se alzaron hacia él con una mezcla de sorpresa y desafío.

Cassian se quedó inmóvil, atrapado en el instante, con el calor del champán y los polvos aun recorriendo su cuerpo.

Cassian seguía de pie en el umbral, incapaz de comprender lo que estaba viendo. Saoirse, sumergida en la bañera, no parecía ni sorprendida ni avergonzada por su presencia. Sus ojos oscuros lo observaban con una intensidad que lo hizo sentirse expuesto y vulnerable al mismo tiempo.

La habitación estaba envuelta en una luz cálida y tenue proyectada por las velas repartidas por el espacio. El aroma del jabón perfumado flotaba en el aire, mezclándose con el vapor que ascendía de la bañera. Cassian tragó saliva, incómodo por la situación.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar con un tono seco, aunque su voz delataba su desconcierto.

Saoirse no respondió de inmediato. Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa mientras alzaba una mano para retirar un mechón de cabello húmedo que le caía sobre el rostro. Era una imagen de serenidad, aunque la intensidad de su mirada parecía contradecirlo.

—Estaba esperando. —Su voz era suave, casi un susurro.

Cassian abrió la boca para replicar, dispuesto a exigirle que se marchara, pero se quedó sin palabras cuando ella se puso de pie dentro de la bañera.

El agua resbalaba por su piel, siguiendo cada curva de su cuerpo, reflejando la luz de las velas. Vestida solo por las gotas de agua que brillaban como perlas, Saoirse se mostró ante él con una seguridad que lo dejó desarmado. Era hermosa de una manera devastadora, como si en ese momento no existiera nadie ni nada más en el mundo.

Cassian dio un paso atrás, intentando recobrar el control de la situación, pero su cuerpo no le obedeció. Sentía cómo algo profundo y enterrado durante demasiado tiempo despertaba con una fuerza que lo sorprendió. La confusión se mezclaba con un deseo tan ardiente que parecía imposible de controlar.

—Esto no es apropiado —murmuró, más para sí mismo que para ella, intentando apartar la

mirada, pero sus ojos volvían a posarse en ella como si estuvieran bajo un hechizo.

Saoirse salió de la bañera con una lentitud deliberada, cada uno de sus movimientos estaba calculado y era intencionado. Se acercó a él, todavía con el agua resbalándole por la piel, y le rozó el pecho con la mano a través de la camisa. Sus dedos eran suaves, pero su toque llevaba consigo una corriente que encendió cada nervio de su cuerpo.

—¿Y qué es apropiado, Cassian? —preguntó en un susurro, mientras su mirada se clavaba en la suya.

Él intentó responder, pero su voz se perdió cuando Saoirse comenzó a desabotonarle la camisa con una habilidad tranquila y decidida.

—Saoirse... esto no está bien —susurró, aunque sus propias palabras carecían de convicción.

Ella no respondió, pero su mirada lo decía todo. Había algo en sus ojos que iba más allá de la mera atracción. Era desafío, entrega y una necesidad palpable que lo arrastraba con la fuerza de una corriente imparable.

Cuando sus manos acariciaron su torso desnudo, Cassian sintió como si el mundo desapareciera a su alrededor. El calor de su piel contra la suya lo llevó a un lugar donde no había maldiciones, pasado ni reproches. Solo estaban ellos y la urgencia que los invadía.

La besó. Fue un beso que comenzó con una intensidad contenida, como si aún intentara resistirse, pero que rápidamente se transformó en algo mucho más profundo y salvaje. Sus labios encontraron los de ella con hambre y, aunque antes intentaron apartarla, ahora la atraían hacia él con una necesidad abrumadora.

Saoirse respondió con la misma pasión, sus dedos enredándose en su cabello mientras sus cuerpos se unían en una danza de desafío y entrega. Cassian no recordaba cuándo había sentido algo tan intenso y visceral.

La llevó hacia la cama con movimientos que eran tanto cuidadosos como desesperados. La depositó entre las sábanas y, por un instante, la contempló. La luz de las velas pintaba sombras en su piel y sus ojos lo miraban con una mezcla de confianza y vulnerabilidad que lo dejó sin aliento.

No hubo palabras, porque no eran necesarias. Lo que siguió fue una fusión de cuerpos y almas, una entrega total que trascendía cualquier lógica. Cassian no pensó, solo sintió. Cada caricia, cada beso, cada movimiento era un recordatorio de lo que significaba estar vivo y desear.

Y Saoirse, con cada gesto y cada suspiro, se entregó a él con una pasión que era igual o mayor que la suya. Era como si ambos estuvieran rompiendo cadenas invisibles y liberándose de todo lo que los había contenido hasta ese momento.

Cuando todo terminó, yacían juntos bajo la tenue luz de las velas, con las respiraciones aún entrecortadas y los cuerpos entrelazados. Cassian cerró los ojos, permitiéndose sentir una paz que no había conocido en años, mientras Saoirse descansaba en su pecho, en un silencio que decía más que cualquier palabra.

CAPÍTULO 19

Cassian despertó lentamente, como si su mente aún estuviera entre el sueño y la vigilia. Lo primero que sintió fue el calor de un cuerpo suave contra el suyo. Al principio, pensó que era una alucinación, una de esas fantasías que a veces asaltaban su subconsciente en los momentos más solitarios. Pero entonces abrió los ojos y todo volvió a él como una ola.

Saoirse dormía a su lado, con una respiración profunda y tranquila. Su cabello caía en cascada sobre la almohada, un revoltijo de ondas oscuras que brillaban bajo la débil luz que entraba por la ventana. Su piel desnuda tocaba la suya y el mero contacto encendió algo dentro de él. El deseo se encendió con una intensidad que lo tomó por sorpresa, como si su cuerpo estuviera respondiendo a un anhelo que había permanecido dormido durante demasiado tiempo.

Pero entonces Cassian recordó. Recordó el momento en que la encontró en la bañera, con la mirada desafiante y los gestos sensuales. Recordó la confusión que sintió al verla acercarse, la manera en que su voluntad se desmoronó ante el deseo abrumador. Ahora sabía, con una certeza que lo tranquilizaba, que la maldición se había roto.

Soltó un suspiro aliviado por primera vez en años. Sentía como si un peso invisible hubiera sido arrancado de sus hombros, permitiéndole respirar con libertad. Pero esa paz no duró mucho. En su mente, comenzaron a formarse nuevas preguntas, que reemplazaron la ansiedad del pasado por una inquietud diferente.

¿Por qué?

Se giró ligeramente para observarla mejor, estudiando su rostro relajado y la leve curva de sus labios. Era hermosa, deslumbrante incluso, pero su belleza no bastaba para responder a lo que ahora lo inquietaba.

¿Por qué se había entregado a él de esa manera? ¿Qué la había llevado a cruzar esa línea?

¿Había sido por gratitud? No lo parecía. Tal vez, pero Cassian no era tan ingenuo como para pensar que eso era todo. Un pensamiento más oscuro comenzó a germinar en su mente y no pudo ignorarlo.

¿Había sido por dinero?

La idea lo incomodó profundamente. Intentó apartarla, pero no pudo. Era consciente de que, como hombre adinerado, su posición podía atraer a personas en busca de algo más que compañía o afecto. Y, aunque Saoirse no le había pedido nada, su mente no dejaba de volver a esa posibilidad.

Se pasó una mano por el cabello, frustrado consigo mismo. No quería creerlo, pero tampoco podía ignorar la duda. Algo en su interior, una mezcla de inseguridad y experiencias pasadas, lo mantenía alerta.

Cassian observó su rostro una vez más, intentando encontrar en sus facciones relajadas una pista que calmara su preocupación. Pero Saoirse seguía dormida, ajena a la tormenta de pensamientos que se desataba en su mente.

Aun así, no podía negar que algo había cambiado en su interior. La intensidad de la noche anterior, la manera en que ella lo había mirado y tocado, habían despertado algo que él creía perdido. Y aunque sus dudas persistieran, había algo que ya no podía negar: Saoirse no era una mujer común y él, de alguna manera, ya no era el mismo.

Cassian suspiró nuevamente, apartando la mirada del techo, donde la luz del amanecer comenzaba a pintar sombras. Sabía que no encontraría las respuestas en ese momento. Pero también sabía que las necesitaría pronto.

Cassian seguía inmerso en sus pensamientos cuando notó el leve movimiento a su lado. Al girarse, vio que Saoirse empezaba a desperezarse, mientras sus brazos se estiraban perezosamente y sus labios se curvaban en una sonrisa radiante. Esa expresión despreocupada y feliz lo tomó por sorpresa y lo desarmó por completo.

—Buenos días —dijo ella con una voz suave y melodiosa que parecía iluminar la habitación.

Cassian se incorporó un poco, apoyándose en el cabecero. No comprendía la ligereza con la que ella parecía tomarse lo sucedido.

—¿Qué te hace tan feliz? —preguntó, con un tono cargado de escepticismo.

Saoirse lo miró con ternura y picardía. Sus ojos brillaban como si supieran algo que él no.

—Las cartas me lo dijeron —respondió con naturalidad.

Cassian frunció el ceño.

—¿Las cartas? ¿Quieres decir las del tarot?

Ella asintió, se levantó ligeramente, se envolvió con una sábana y dejó sus hombros al descubierto.

—Los gitanos seguimos lo que nos indican las cartas. Las mías me dijeron que debía seguir contigo, que nuestro destino está ligado.

Cassian dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Y confías en eso? ¿En unas cartas para tomar una decisión tan... importante? —preguntó, claramente desconcertado.

Saoirse lo observó con paciencia, como si estuviera tratando de explicar algo fundamental a alguien que no podía comprenderlo.

—Para ti pueden ser simples dibujos en un papel, pero para nosotros son guías. Nos muestran los caminos ocultos y las decisiones que debemos tomar. A veces no entendemos el porqué de todo, pero aprendemos a confiar en ellas.

—¿Y qué fue exactamente lo que te dijeron? —insistió Cassian, todavía incrédulo.

Saoirse se acercó a él y se sentó a su lado en la cama.

—Me dijeron que debía dejar atrás mi pasado, que había un hombre en mi camino que me salvaría y que debía seguirlo. Eres tú.

Cassian la miró fijamente, tratando de leer algo más profundo entre sus palabras, pero solo encontró sinceridad en su mirada.

—¿Eso es todo? —preguntó con desconfianza.

Saoirse sonrió, un gesto que denotaba misterio.

—No todo se dice de inmediato. Pero sí hay algo que debes saber. No me eres indiferente. Las palabras de ella lo dejaron sin respuesta durante unos segundos.

—¿Y qué significa eso para una gitana? —preguntó finalmente, con la voz más suave.

Saoirse desvió la mirada hacia la ventana por un instante, como si buscara las palabras adecuadas.

—Cuando una gitana escoge a un hombre, lo hace para toda la vida. No es una decisión que tomemos a la ligera.

Las palabras la impactaron más de lo que quiso admitir. Por un lado, sentía una atracción irrefrenable hacia ella que no podía explicar ni controlar. Pero, por otro, las implicaciones de lo que ella decía lo incomodaban. Saoirse ocultaba algo y eso lo mantenía alerta.

—¿Qué secretos escondes? —preguntó, más para sí mismo que para ella.

Saoirse le sostuvo la mirada, pero no respondió. Había cosas que aún no le convenía contarle.

Cassian se inclinó hacia atrás, apoyando la cabeza en el cabecero.

—Eres una mujer intrigante, Saoirse. Pero debes entender una cosa. Yo no puedo ofrecerte lo que esperas.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo esperar nada serio contigo —dijo Cassian con voz firme, aunque una parte de él lamentaba sus propias palabras—. Me debo a mi familia, a mi posición. Algún día tendré que casarme con alguien de mi rango, alguien que pueda cumplir con las expectativas de mi apellido.

Saoirse no dijo nada al principio, pero su expresión cambió levemente, como si evaluara sus palabras con cuidado.

—¿Y qué propones entonces? —preguntó finalmente, con un tono neutro.

Cassian se inclinó hacia ella y le tomó la mano entre las suyas.

—Estoy dispuesto a mantenerte como mi amante. Tendrás todo lo que necesites, todo lo que desees. Pero, más allá de eso, no puedo prometerte nada.

Saoirse lo miró fijamente, como si sus ojos pudieran atravesar las capas de su alma. Tras un largo momento de silencio, asintió.

—Lo aceptaré —dijo con voz suave, pero había una firmeza en sus palabras que Cassian no pudo ignorar.

Él sintió una mezcla de alivio y desconcierto. Esperaba más resistencia, quizás incluso rechazo, pero ella había aceptado. Lo que no sabía era que Saoirse ya había tomado su decisión, una que él no podría cambiar: su destino estaba irremediabilmente unido al suyo, le gustara o no.

Mientras Cassian la observaba, no pudo evitar sentirse atraído por ella de nuevo. Su misterio, su belleza, su fuerza. Había algo en ella que lo encendía, algo que no podía ignorar ni controlar. Y, mientras Saoirse se inclinaba hacia él con una leve sonrisa, supo que aquella noche no había sido un error, sino el inicio de algo mucho más profundo y complejo de lo que podía entender.

CAPÍTULO 21

El carruaje avanzaba con lentitud por los sinuosos caminos irlandeses hacia la costa, donde tomarían un barco con destino a Inglaterra. Dentro, Cassian estaba sentado en el sillón tapizado de cuero, observando a las dos mujeres que tenía enfrente. La anciana, envuelta en su inconfundible chal gastado, y Saoirse, radiante incluso en su sencillez, mantenían una animada conversación que, inevitablemente, lo incluía.

—Debo admitir que esto es... inesperado —comentó Cassian mientras ajustaba los guantes de cuero que llevaba puestos. Su tono era una mezcla de resignación y diversión. Había imaginado el viaje de regreso de otra manera.

La anciana lo miró con ojos penetrantes y una ligera sonrisa.

—¿Diferente cómo, muchacho? ¿Esperabas más privacidad con mi nieta?

Cassian se aclaró la garganta, incómodo.

—No he dicho eso.

Saoirse sonrió suavemente, cubriéndose los labios con la mano.

—Cassian, mi abuela no es tonta. No se le escapa nada.

Él lanzó una mirada a la anciana, que lo observaba con picardía.

—Entonces supongo que debería agradecerle su compañía, aunque sea un poco inesperada.

—No solo es inesperada, sino también necesaria —replicó la anciana, acomodándose en el asiento con aire solemne—. Tengo que llegar a Inglaterra. Hay un asunto importante que debo resolver.

—¿De qué tipo? —preguntó Cassian, intrigado.

—Uno que no te concierne por ahora —respondió la anciana con una sonrisa enigmática.

—Vaya, parece que todos los gitanos comparten la habilidad de hablar en acertijos.

Saoirse esbozó una amplia sonrisa.

—No son acertijos, Cassian. Es nuestra forma de decir que no te metas donde no te llaman.

—Ah, claro, porque eso está mucho más claro —respondió él con sarcasmo, lo que provocó una risa contenida de la joven.

La anciana lo miró con un brillo divertido en los ojos.

—Eres demasiado directo, muchacho. Los nobles como tú siempre estáis acostumbrados a obtener lo que queréis con un chasquido de dedos.

—¿Y eso es malo? —preguntó Cassian, arqueando una ceja.

—No necesariamente. Pero en nuestra cultura aprendemos a esperar. A observar. A entender que no todas las respuestas llegan cuando las queremos, sino cuando las necesitamos.

—Interesante filosofía —respondió Cassian, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Aunque debo decir que parece más una excusa para retrasar las cosas.

La anciana soltó una carcajada inesperada, fuerte y sincera, que resonó en el interior del carruaje.

—¡Este hombre tiene la lengua afilada! Me gusta, Saoirse. No es un aristócrata aburrido.

—Eso está por verse —bromeó Saoirse, lanzándole una mirada divertida a Cassian.

Él cruzó las piernas y adoptó una postura más relajada.

—¿Y qué otras diferencias tenemos, además de nuestra supuesta impaciencia?

La anciana lo miró con una sonrisa astuta.

—Oh, muchas. Para empezar, los nobles como tú creen que todo tiene un precio. Nosotros sabemos que hay cosas que no se pueden comprar.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Cassian, genuinamente interesado.

—La lealtad, por ejemplo —respondió ella con firmeza—, y la libertad.

—¿Libertad? —repitió él, frunciendo el ceño—. No estoy seguro de que los gitanos sean tan libres como crees. Siempre parecen estar huyendo de algo.

Saoirse intervino con un tono más serio.

—Huir no significa que no seamos libres. Nuestra libertad radica en nuestra forma de vivir, en no depender de nadie más que de nosotros mismos.

Cassian la miró, impresionado por su determinación.

—Eso suena agotador.

La anciana volvió a reír.

—Para un hombre acostumbrado a la comodidad, claro que lo es. Pero nosotros no nos preocupamos por castillos ni tierras. Nos preocupamos por nuestras familias, por nuestra gente.

—Y, sin embargo, aquí estás, en mi carruaje, camino a Inglaterra —señaló Cassian con una sonrisa ladeada.

La anciana lo fulminó con una mirada fingidamente severa.

—Y eso demuestra que los nobles tienen su utilidad.

Saoirse no pudo contener la risa, y Cassian, pese a su aparente exasperación, terminó riéndose también.

—Bueno, al menos no pueden decir que no sirvo para nada —concedió él, divertido.

—No lo eres tanto como crees —dijo la anciana con tono juguetón.

El carruaje continuó su marcha, mientras las risas y el chispeante intercambio llenaban el interior. A pesar de las diferencias culturales, Cassian no podía evitar sentir una admiración creciente por las dos mujeres frente a él, quienes, con su ingenio y su espíritu indomable, le estaban mostrando un mundo completamente nuevo.

El aire frío de la noche se colaba por las ventanas mal selladas de la posada, pero en el interior de la alcoba de Cassian, el ambiente era cálido y denso. Se había quitado el chaleco y la camisa y ahora yacía sobre la cama, con las sábanas apenas cubriendo su torso. Había intentado dormir, pero no podía evitar pensar en Saoirse. La deseaba con una intensidad que lo desconcertaba.

La pasión que ella encarnaba lo alejaba de su acostumbrada frialdad. No era una mujer sumisa ni predecible. Su espíritu libre, sus risas desenfadadas y la energía que transmitía con cada gesto lo tenían atrapado. Nunca antes había experimentado algo así, y por más que intentara convencerse de que era una atracción pasajera, su cuerpo y su mente le decían lo contrario.

De repente, un suave crujido en el suelo lo puso en alerta. Su mirada se dirigió hacia la puerta justo cuando esta se cerraba lentamente. Cassian se incorporó, el corazón latiéndole con fuerza. La figura menuda de Saoirse apareció entre las sombras, con el cabello suelto que caía en cascada sobre sus hombros y el camisón blanco que resaltaba su piel dorada.

—¿Saoirse? —murmuró, incrédulo.

Al principio no respondió, pero sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa. Sin decir una palabra, avanzó hacia la cama con pasos silenciosos, deslizándose con la gracia de un felino.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, aunque su tono no denotaba reproche, sino sorpresa y anhelo.

Saoirse se sentó en el borde de la cama y, sin apartar la mirada de la de Cassian, se inclinó hacia él y deslizó una mano por su pecho desnudo.

—No podía dormir —susurró, su voz cargada de una calidez que hizo que la piel de Cassian se erizara—. Pensé que tal vez tú tampoco podías.

Cassian dejó escapar una risa suave, incrédulo ante la osadía de la mujer que tenía enfrente.

—Te esperaba en sueños, Saoirse —confesó, con la voz ronca por la mezcla de deseo y emoción contenida.

Ella inclinó la cabeza, y sus ojos brillaban con un fuego que parecía desafiar las sombras de la habitación.

—Yo prefería verte despierto.

Antes de que él pudiera responder, Saoirse se deslizó bajo las sábanas, dejando que su cuerpo cálido se acurrucara junto al suyo. Cassian sintió el calor de su piel y la suavidad de sus formas, y en ese instante se rompió el autocontrol.

Ella lo besó primero, con una intensidad que lo tomó por sorpresa. Sus labios eran suaves y firmes a la vez, y Cassian respondió con una pasión que desconocía que era capaz de sentir. Sus manos recorrieron el cuerpo de Saoirse con avidez, explorando cada curva y posándose en cada parte que la hacía temblar bajo su toque.

—Eres un enigma —murmuró él entre besos, mientras sus dedos se enredaban en su cabello.

—Y tú eres un desafío —respondió ella con una sonrisa que lo dejó completamente rendido.

La unión entre ambos fue como un fuego descontrolado, intenso y voraz, pero también lleno de ternura y entrega. Cassian la poseyó con una mezcla de urgencia y devoción, mientras Saoirse se entregaba a él con la misma pasión. Cada caricia, cada susurro, cada mirada era un recordatorio de que estaban cruzando un límite peligroso que, sin embargo, ninguno deseaba evitar.

Cuando finalmente sus cuerpos se unieron, el mundo desapareció para ellos. No había nada más que el calor, el deseo y la conexión inexplicable que compartían. Se amaron como si no hubiera un mañana, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos.

Y cuando la pasión dio paso al sosiego, Cassian la sostuvo entre sus brazos, sintiendo el ritmo constante de su respiración. Por primera vez en años, se sintió completo, aunque en el fondo sabía que esa felicidad tenía un precio que tarde o temprano tendría que pagar.

CAPÍTULO 22

El largo viaje desde Irlanda había estado marcado por noches apasionadas y días que se hacían insoportablemente lentos para Cassian. Cada parada se convertía en un oasis de intimidad, en un momento robado para amar a Saoirse y conocerla en cuerpo y alma. Cassian no recordaba cuándo había deseado algo o a alguien con tanta intensidad.

En el carruaje, los momentos eran diferentes. La cercanía física que compartían no podía consumarse, pero eso no significaba que no se sintiera vulnerable ante ella. Los ojos de Saoirse lo abrasaban con cada mirada, penetrando en los rincones más recónditos de su alma, lugares que ni él mismo conocía.

Ella le hablaba de su vida entre los gitanos, de los caminos que recorrían sin rumbo fijo y de la libertad que sentía con el viento en el rostro. Pero siempre había algo que no decía, una sombra que se interponía entre su sonrisa y las palabras que elegía cuidadosamente. Y aunque Cassian quería preguntarle, quería desentrañar cada secreto que guardaba, algo en su interior le decía que aún no era el momento.

Cuando el paisaje empezó a cambiar y los caminos estrechos dieron paso a rutas más amplias que anunciaban la cercanía de Inglaterra, Cassian sintió una mezcla de alivio y expectación. Sin embargo, fue entonces cuando la anciana, sentada frente a él con sus astutos ojos, rompió el silencio.

—Debemos hacer una parada en Edgware —dijo de repente, con voz firme.

Cassian frunció el ceño, desconcertado.

—¿Edgware? —repitió, intentando recordar si esa parada estaba incluida en el itinerario previsto. No, por supuesto.

—¿Qué motivo tenemos para detenernos allí?

La anciana lo miró fijamente con esa expresión que había aprendido a reconocer como una mezcla de desafío y misterio.

—Hay veces en la vida, joven, en las que es mejor no hacer preguntas ni saber demasiado —respondió con una sonrisa enigmática que no dejó lugar a discusión.

Saoirse, que había estado observando la conversación en silencio, esbozó una pequeña sonrisa, como si comprendiera algo que Cassian no podía.

—¿Ni siquiera una pista? —insistió él, cruzándose de brazos y tratando de ocultar su creciente frustración.

La anciana soltó una breve y seca risa.

—Una pista sería como una gota de agua en un océano, lord Cassian. No te serviría de nada, créeme.

Cassian resopló, pero no dijo nada más. Había aprendido en los días transcurridos que la anciana era implacable, pero sabia, y que cuestionarla solo le haría perder el tiempo.

Saoirse se inclinó hacia él y le tocó la mano con suavidad.

—Confía en ella, Cassian. Mi abuela siempre sabe lo que hace.

Cassian sostuvo su mirada y, aunque seguía sintiéndose desconcertado, encontró en esos ojos una razón suficiente para ceder.

—De acuerdo, iremos a Edgware —aceptó finalmente, aunque no sin cierta reticencia.

Mientras el carruaje avanzaba por el camino, Cassian no podía apartar la sensación de que algo importante iba a suceder. Algo que cambiaría el rumbo del viaje y, quizá, también el destino de todos ellos.

El carruaje se detuvo en el sendero flanqueado por altos cipreses que parecían guardianes de un camino que no conducía a ninguna parte. Cassian descendió primero y observó cómo la anciana se preparaba para bajar con una serenidad que contrastaba con la intriga que la envolvía.

—¿No necesitamos acompañarla? —preguntó Cassian, frunciendo el ceño mientras la ayudaba a bajar.

La anciana negó con la cabeza, y Cassian notó que sus ojos brillaban con una calma que empezaba a encontrar desconcertante.

—Debo recorrer este camino sola —dijo con determinación, acomodando su chal gastado sobre los hombros. Luego se giró hacia Saoirse y tomó las manos de su nieta entre las suyas, apretándolas con firmeza:

—Sé feliz, niña mía, y que tu destino sea tan libre como tu espíritu.

Saoirse asintió, aunque la intranquilidad se reflejaba en su mirada. La abrazó con fuerza, pero no dijo nada.

—La mejor de las suertes para ambos —añadió la anciana, dirigiendo esta vez su mirada a Cassian. Era como si supiera más de lo que quería revelar.

Cassian inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto, pero no pudo evitar preguntarse hacia dónde conducía ese camino y cuáles eran los motivos de la anciana para desear recorrerlo sola. Antes de que pudiera formular otra pregunta, la anciana ya había avanzado, y sus pasos firmes resonaban sobre el sendero cubierto de hojas.

Mientras el carruaje retomaba el camino, Cassian echó un último vistazo por la ventanilla. La figura de la anciana se desdibujaba entre los cipreses, pero la sensación de misterio que dejaba tras de sí seguía tan presente como antes.

Dentro del carruaje, Saoirse permanecía en silencio, mirando por la ventana con el ceño ligeramente fruncido. Finalmente, como si pudiera sentir la creciente curiosidad de Cassian, habló:

—Hay detalles en la vida que es mejor ignorar, Cassian. Hay cosas que simplemente no necesitan explicación.

Él giró la cabeza hacia ella arqueando una ceja con incredulidad.

—¿Lo has aprendido de tu abuela?

—Lo he aprendido de la vida —respondió ella con una sonrisa ladeada que ocultaba más de lo que revelaba.

Cassian la estudió por un momento. Esa mujer fabulosa, tan enigmática como irresistible, era un enigma que no podía descifrar. Y, sin embargo, no podía dejar de estar cerca de ella. Había algo en Saoirse que lo mantenía atrapado, un fuego que no lograba comprender, pero que lo consumía por completo.

—Ahora, dime algo —dijo finalmente, inclinándose ligeramente hacia ella—. ¿Sigues dispuesta a ser mi amante sin esperar nada a cambio?

Saoirse lo miró directamente a los ojos con una serenidad que casi lo desconcertó.

—Es lo que acepté mientras estábamos en Irlanda —respondió con suavidad, aunque en su tono había un matiz de firmeza que no pasó desapercibido para él.

Cassian la observó en silencio, tratando de encontrar algún indicio de duda o inseguridad en sus palabras, pero no encontró ninguno. Era como si Saoirse hubiera tomado su decisión con la misma convicción con la que respiraba.

Aun así, seguía sin creerla.

—Eres una mujer extraordinaria, Saoirse —dijo con voz grave, más para sí mismo que para ella—. No puedo entender por qué querías ser mía... bajo estas condiciones.

Ella esbozó una sonrisa, esta vez más amplia y luminosa.

—Tal vez porque me gusta lo que veo, Cassian. Y porque no soy una mujer que se conforma con menos de lo que desea.

Cassian dejó escapar una breve risa, sorprendido por su respuesta.

—¿Y qué es exactamente lo que deseas?

Saoirse se inclinó hacia él, sus ojos brillando con una intensidad abrasadora que le hizo sentir el calor recorrerle el cuerpo.

—A ti, Cassian. Solo a ti.

Él cerró los ojos por un momento, incapaz de resistirse a las emociones que despertaban sus palabras. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente vivo y completamente deseado, y aunque una parte de él seguía resistiéndose, otra más profunda se rendía con cada segundo que pasaba.

El resto del viaje transcurrió en silencio, pero en ese silencio, las miradas y los gestos de ambos lo decían todo. Cassian sabía que se adentraba en un territorio del que quizá no habría vuelta atrás.

CAPÍTULO 23

El carruaje avanzó lentamente por el camino flanqueado de tilos que conducía a Roots Cracy Place, la majestuosa residencia del conde de Thursley. Las primeras luces del amanecer dibujaban un perfil casi místico sobre la mansión, cuyos muros de piedra gris estaban coronados por tejados de pizarra y chimeneas que se alzaban hacia el cielo. Las ventanas altas y estrechas reflejaban la tenue luz, mientras que los jardines que rodeaban la casa se vestían con tonos verdes y dorados. Era un lugar digno de un noble, un testimonio de poder y linaje.

Cassian miraba desde la ventanilla con una mezcla de orgullo y ansiedad. Había pasado años perfeccionando cada detalle de la mansión tras la muerte de su padre. Era su refugio, su legado. Pero ahora, mientras se aproximaban, una incertidumbre lo invadía: ¿le gustaría a Saoirse? ¿Se sentiría ella cómoda allí?

Cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada principal, un grupo de sirvientes apareció para recibirlos. Cassian fue el primero en bajar, ayudando a Saoirse. Ella se detuvo un momento, observando la mansión con atención. Su rostro no mostraba ni asombro ni rechazo, solo una calma insondable que lo desconcertó.

—¿Qué opinas? —preguntó él, rompiendo el silencio.

Saoirse lo miró y esbozó una ligera sonrisa.

—Es una casa imponente, Cassian. Es un reflejo de lo que eres.

Aunque sus palabras eran halagadoras, había algo en su tono que lo inquietó. Decidió no insistir y la condujo hacia el interior, donde el vestíbulo principal, con sus suelos de mármol negro y blanco, y el imponente candelabro de cristal, los recibió para deslumbrarlos.

Después de mostrarle las estancias principales, la condujo hasta uno de los salones privados donde podían hablar sin interrupciones. Se sentaron frente a frente y, sintiéndose Cassian vulnerable de forma inexplicable, tomó la iniciativa.

—Espero que este lugar te resulte lo suficientemente adecuado.

Saoirse inclinó la cabeza y sus ojos brillaban con algo que él no llegó a interpretar del todo.

—Es un lugar hermoso, Cassian. Pero no voy a vivir aquí.

La declaración lo tomó por sorpresa y el peso de sus palabras cayó sobre él como una losa.

—¿Cómo dices? —preguntó, con un tono ligeramente incrédulo.

—Acepté ser tu amante, Cassian, no una sombra en tu casa. No pertenezco a este lugar ni a este mundo. Mi hogar será donde yo lo elija, no donde tú me lo impongas.

Él se quedó en silencio, observándola, tratando de procesar lo que acababa de oír. Había algo profundamente independiente y feroz en ella que, por un lado, lo desconcertaba y, por otro, lo atraía.

—¿Y dónde piensas estar entonces? —preguntó, esforzándose por mantener la calma.

—Me hablaste de la casita de invitados, al otro extremo del jardín. Es discreta, lejos de las miradas curiosas de tus sirvientes y, lo más importante, lejos de las expectativas que puedan recaer sobre mí por estar bajo el mismo techo que tú. Además, no vives solo aquí sino con tu familia, ¿cómo le explicarías mi presencia?

Cassian suspiró frustrado mientras se pasaba una mano por el cabello. Ella tenía razón, pero él estaba tan entusiasmado, que no había pensado en los pormenores.

—Mi madre y hermanos no están en casa sino en Londres preparando todo para el comienzo de la próxima temporada, podemos estar aquí juntos.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué piensas que le dirá el servicio a la condesa viuda cuando sepan el motivo por el que me hospedo en la casa? Es mejor que me quede de momento en la casita de invitados.

—No es lo que yo tenía en mente, Saoirse. No quiero que te sientas apartada, como si fueras...

—¿Como si fuera qué, Cassian? ¿Una amante? Porque eso es lo que soy. Tú mismo lo has dejado claro desde el principio. —Sus palabras no eran crueles, pero sí contundentes, y él notó cómo se le formaba un nudo en el pecho.

—Eres mucho más que eso para mí —admitió en voz baja, sorprendido por lo que acababa de decir.

Ella lo miró con ternura mientras sus ojos se suavizaban. Se acercó y le tomó la mano.

—Lo sé, Cassian. Pero esto es lo mejor para los dos.

La intensidad de su mirada lo atravesó y, en ese momento, comprendió que no iba a conseguir convencerla de cambiar de opinión. Era demasiado fuerte e independiente. Y tal vez precisamente eso era lo que estaba tan cautivado por ella.

Se inclinó hacia ella y sus rostros estaban tan cerca que podía sentir su respiración.

—A veces, odio lo razonable que eres.

Saoirse sonrió con dulzura y, antes de que pudiera responder, Cassian la besó. Fue un beso lento, profundo, cargado de emoción y deseo contenido. Cuando finalmente se separaron, ella le acarició la mejilla con delicadeza.

—Tendremos nuestro tiempo, Cassian. Y será más intenso porque no siempre estaremos disponibles el uno para el otro.

Con una mezcla de resignación y aceptación, él la acompañó hasta la casa de invitados. La vio desaparecer entre los árboles del jardín y se preguntó si llegaría a entender del todo a esa fascinante mujer.

Cassian se encontraba en su despacho, rodeado por las imponentes estanterías repletas de libros y documentos que reflejaban el legado de los Thursley. Sin embargo, en ese momento, su mente estaba lejos de los asuntos de la mansión. No dejaba de rondarle por la cabeza el rostro de la anciana gitana y las palabras enigmáticas que había pronunciado antes de marcharse de Edgware. Había algo en aquella mujer que no cuadraba, algo que le despertaba una inquietud que no podía ignorar.

—William, necesito que hagas algo por mí. —dijo Cassian mientras encendía una lámpara de aceite que iluminaba su rostro con una luz cálida que contrastaba con la gravedad de su tono.

William, su hombre de mayor confianza, estaba acostumbrado a recibir órdenes peculiares de su señor, pero la intensidad de la voz de Cassian lo alertó de que este encargo no era como los demás.

—Lo que usted mande, milord —respondió William inclinando la cabeza.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre la anciana gitana que dejamos en Edgware. Y, sobre todo, sobre el lugar donde la dejamos.

William alzó una ceja, intrigado, pero no preguntó nada. Sabía que Cassian prefería dar solo la información necesaria.

—¿Alguna pista que me ayude en mi búsqueda, milord? —preguntó con respeto.

—No tengo mucha información, salvo que ese camino de cipreses llevaba a una propiedad apartada. Me dijeron que pertenecía al barón Jasper Barker. Quiero saber todo sobre él, su

familia y lo que ocurrió allí.

William asintió, notando la urgencia en los ojos de Cassian.

—Me pondré en marcha de inmediato, milord.

Dos días después, William regresó con información que no tardó en compartir con su señor. Cassian lo recibió en el despacho, impaciente por conocer los resultados de su investigación.

—Bien, ¿qué has descubierto? —preguntó, inclinándose hacia adelante en su silla.

William sacó un pequeño cuaderno donde había apuntado lo que había averiguado.

—Las tierras pertenecen, efectivamente, al barón Jasper Barker. Es un hombre reservado que rara vez sale de su propiedad. Según los lugareños, la familia Barker sufrió una tragedia hace muchos años. La esposa del barón, Mauve, murió poco después de dar a luz a un hijo que tampoco sobrevivió. Se dice que la madre contrajo una infección y falleció días después. Desde entonces, el barón ha vivido recluido en la mansión, sin interesarse por las actividades sociales o políticas de la región.

Cassian frunció el ceño mientras apoyaba los codos sobre el escritorio y procesaba la información.

—¿Eso es todo? ¿No hay ninguna otra mención de la anciana ni conexión con los Barker?

William dudó un momento antes de responder.

—Hay algo más, milord, pero no estoy seguro de cuán fiable es. Algunos aldeanos aseguran haber visto a la anciana gitana entrar y salir de la propiedad del barón en varias ocasiones a lo largo de los años. Dicen que ella siempre iba sola y que, cada vez que aparecía, el barón parecía más... trastornado.

Cassian entrecerró los ojos, su instinto le decía que había más de lo que las apariencias dejaban ver.

—¿Trastornado? —repitió, su voz baja pero cargada de interés.

—Sí, milord. Corren rumores de que el barón consultaba a la anciana por razones que nadie comprende. Algunos dicen que estaba obsesionado con traer de vuelta a su esposa o al hijo que perdió. Otros insinúan que temía que hubiera algo más oscuro relacionado con su tragedia.

Cassian se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la habitación, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Nada de esto tiene sentido, William. Una mujer gitana que aparece en tierras nobles, una tragedia familiar rodeada de misterio y ahora mi conexión con esa misma anciana... Hay algo más profundo en todo esto, algo que no puedo ignorar.

—¿Qué desea que haga, milord? —preguntó William, decidido a seguir investigando.

Cassian se detuvo, mirando a su hombre de confianza con determinación.

—Quiero que sigas investigando al barón Barker y todo lo relacionado con su familia. Quiero saber por qué esa anciana tenía acceso a su propiedad y qué papel jugó en su vida. Y, William...

—¿Sí, milord?

—Hazlo con discreción. No quiero que se corran rumores sobre mi interés en este asunto.

William asintió con firmeza.

—Como desee, milord.

Cuando William se marchó, Cassian se quedó solo en el despacho, mirando por la ventana hacia los jardines donde Saoirse seguramente paseaba en ese momento. La duda lo consumía: ¿qué relación podía haber entre la anciana y el barón Barker? Y lo que más lo perturbaba: ¿qué secretos más estaba ocultando Saoirse?

No podía evitar sentir que este misterio, como una telaraña, tenía hilos que lo unen directamente con él. Y, aunque no lo admitiría en voz alta, había algo en ese enigma que lo atraía con una fuerza irresistible.

CAPÍTULO 24

El club era un refugio de elegancia y camaradería, un lugar donde los caballeros londinenses dejaban de lado las preocupaciones del mundo para compartir confidencias, risas y copas. Cassian cruzó el umbral con paso firme, pero en cuanto vio a sus dos amigos del alma, se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—¡Wolf! ¡Leif! —exclamó, acercándose a ellos con los brazos abiertos.

Wolf Lancaster, marqués de Winkworth, y Leif Harcourt-Blackthorn, heredero del ducado de Silbury, se levantaron de sus asientos junto a la chimenea para recibirlo. El abrazo entre los tres fue breve, pero lleno de significado, sellando años de amistad y un reencuentro que llevaban mucho tiempo esperando.

—Mira quién ha decidido reaparecer en sociedad —dijo Wolf con sarcasmo, pero con el brillo de la alegría en los ojos.

—¿Qué te ha tenido tan ocupado, Cassian? ¿Acaso has estado luchando contra dragones? —añadió Leif con una sonrisa traviesa.

Cassian sonrió y se sentó junto a ellos.

—Algo aún más complicado, os lo aseguro. Pero antes de entrar en detalles, debo felicitarte, Wolf. Me he enterado de que te has casado con Brenna Collins, la dama preferida de la reina. ¿Cómo lograste algo así?

Wolf se recostó en su silla con una sonrisa pícara y levantó su copa.

—Es una larga historia que empieza con mi irresistible encanto y termina con su infinita paciencia.

Leif bufó, levantando las cejas.

—Más bien empieza con un baño de vino y termina con ella aceptando que eres un caso perdido, pero uno al que se puede tolerar.

Cassian se rio a carcajadas.

—¿De verdad, Wolf? ¿Te bañó en vino?

—Solo fue una vez y de forma accidental —replicó Wolf con fingida dignidad—. Y, en mi defensa, diré que estaba estratégicamente escondido y situado.

Leif agitó la mano como si espantara una mosca.

—Por supuesto, la culpa fue de lady Lancaster. Que le gusta tirar el vino tinto a los invitados.

—Ya basta de bromas a mi costa —protestó Wolf, aunque su tono era más divertido que molesto—. Cuéntanos tú, Cassian, ¿qué clase de aventura te ha tenido tan ocupado?

Cassian tomó un sorbo de su copa antes de apoyarla sobre la mesa con un suspiro.

—Os lo diré porque sois mis amigos, pero os advierto que suena a cuento de taberna. Fui a Irlanda y logré deshacer la maldición que nos perseguía desde aquel fatídico día.

El ambiente se cargó de tensión durante un breve instante mientras Wolf y Leif se miraban. Era imposible olvidar aquella maldición, una sombra que había pesado sobre los tres durante años.

—¿De verdad lo has conseguido? —preguntó Leif, inclinándose hacia adelante.

—Así es, y os aseguro que no fue fácil. Hubo gitanos, rituales y más de un momento en el que pensé que no saldría vivo.

Wolf dejó escapar un silbido bajo.

—¿Y ahora? ¿Estás libre?

—Completamente —respondió Cassian con una sonrisa—. Por fin siento que puedo vivir

sin esa carga constante sobre mis hombros.

Wolf levantó su copa.

—Por eso debemos brindar.

—Y por el hecho de que ahora serás insoportable con tus historias de aventuras irlandesas —añadió Leif, chocando su copa con las de sus amigos.

Tras un momento de celebración, Leif suspiró dramáticamente y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Me alegro por ti, Cassian, pero parece que la maldición sigue persiguiéndome a mí.

—¿A ti? —preguntó Cassian, curioso.

—Mi padre está empeñado en casarme con Cecily Foster.

—¿La dama más rica de toda Inglaterra? —intervino Wolf arqueando una ceja.

—Y la más aburrida —puntualizó Leif con gesto de sufrimiento.

Cassian se permitió una sonrisa irónica.

—¿Aburrida? Puede ser, pero también es la más bella.

—Belleza y dinero no compensan que sea incapaz de sostener una conversación interesante. ¿Sabéis que su tema de conversación favorito son los bordados? Además viste horrible y va demasiado maquillada para ser tan joven.

Wolf sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Entonces deberías aprender a bordar, Leif. ¿Qué te parece un cojín para tu futuro ducado?

Cassian se unió a las risas y se sintió ligero como hacía tiempo que no se sentía.

—No os preocupéis, amigos. Ahora que estamos juntos de nuevo, estoy seguro de que podremos enfrentarnos a cualquier cosa, incluso a los bordados de Cecily Foster.

Los tres alzaron sus copas y disfrutaron de ese momento de camaradería que les recordaba lo afortunados que eran de tenerse unos a otros, mientras afuera, Londres seguía con su eterno bullicio.

La gitana avanzó por el oscuro pasillo, mientras sus pasos resonaban contra los viejos tablones crujientes. El aire olía a abandono, cargado de polvo y humedad, pero cada rincón de la casa estaba impregnado de recuerdos que la envolvían como un manto. Se detuvo frente a una gran puerta doble, acariciando la madera con las manos temblorosas, y finalmente la abrió.

El salón principal estaba igual que lo recordaba, aunque cubierto por el paso del tiempo. Los muebles estaban tapados con sábanas y gruesas capas de polvo cubrían los candelabros y las molduras del techo. Cerró los ojos por un momento y dejó que los recuerdos la inundaran.

Se vio a sí misma, joven y llena de vida, viviendo con sus padres en una pequeña casa en las afueras del pueblo. Era la mejor partera de la región, reconocida por traer niños al mundo con manos firmes y un corazón compasivo. Fue esa reputación la que, una noche lluviosa, la llevó hasta allí.

La memoria la transportó al momento en que un carruaje la recogió para asistir a la esposa del barón Barker, que estaba de parto. Recordó cómo la recibió el propio barón, un hombre alto y apuesto que emanaba autoridad, pero cuyos ojos denotaban preocupación. La llevó hasta la habitación donde su mujer agonizaba.

El parto fue difícil, muy difícil. Hizo todo lo que pudo, pero el niño nació muerto, un

pequeño cuerpo frío y sin vida que no pudo salvar. La madre, debilitada y febril, murió pocos días después a causa de una infección. La joven gitana sintió entonces una mezcla de culpa y pena, pero también algo más: una conexión inesperada con el barón.

La visión cambió y ella misma se reconoció en ella, consolándolo en las noches oscuras que siguieron. Había amado al barón desde el primer momento en que lo vio, aunque sabía que su amor era imposible. Sin embargo, en su dolor, él encontró consuelo en ella.

Y entonces ocurrió lo inevitable. Su relación secreta la dejó encinta. Pero cuando el primo del barón, un hombre ambicioso y sin escrúpulos, comenzó a sospechar, la situación se tornó peligrosa. Si la joven gitana daba a luz a un hijo del barón, ese niño, aunque bastardo, sería el heredero legítimo de las tierras y del título, lo que desplazaría las aspiraciones del primo. La joven gitana se convirtió en una amenaza de muerte.

—Debes marcharte —le dijo el barón con el rostro sombrío una noche, cuando las estrellas iluminaban el cielo.

Ella no tuvo más remedio que obedecer. Se unió a una caravana de gitanos que partía hacia Irlanda y lo dejó todo atrás: su amor, su hogar, su futuro. En tierras lejanas dio a luz a su hija Emerald, una niña con los mismos ojos intensos que su padre.

Pero su vida entre los gitanos no fue fácil. Emerald creció y, al llegar a la edad adulta, se enamoró del jefe del clan, un hombre cruel que le hizo la vida imposible. Los recuerdos de aquellos años eran oscuros, pero lo más doloroso era la culpa. La anciana sabía que su decisión de quedarse con los gitanos había condenado a su hija a un destino trágico.

Cuando Emerald murió, consumida por el abuso y la tristeza, la anciana juró vengarse. Encontró la manera de dejar al jefe del clan inutilizado, incapaz de volver a ser un hombre. Fue su forma de justicia, aunque no pudo rescatar a su nieta, Saoirse, antes de que las circunstancias la obligaran a huir de nuevo.

De regreso al presente, la anciana llegó al dormitorio principal. Las cortinas estaban cerradas y la cama, cubierta por una sábana blanca, parecía un fantasma de su pasado. Se acercó lentamente, retiró la sábana y dejó al descubierto la cama que una vez había compartido con el hombre al que amó.

Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas junto a la cama, las lágrimas brotaron con fuerza.

—Saoirse... —susurró entre sollozos, aferrándose a las sábanas—. Mi niña, eres la legítima heredera de todo esto, pero no puedo devolverte lo que te corresponde. No puedo enfrentarlos.

El peso de sus decisiones pasadas era insoportable y, por primera vez en mucho tiempo, se dejó invadir por el dolor. Sabía que su nieta no estaría a salvo si reclamaba su lugar en esa casa. Aun así, en lo más profundo de su corazón, deseaba que algún día Saoirse pudiera recuperar lo que le habían arrebatado.

CAPÍTULO 25

Saoirse estaba sentada junto a la ventana de la pequeña casita de invitados, dejando que la brisa nocturna acariciara su rostro. Desde ahí podía ver la imponente silueta de Roots Cracy Place, la mansión de Cassian, que parecía tan distante y ajena a su vida como un castillo en un cuento de hadas. Sin embargo, su corazón latía con fuerza porque todas las noches Cassian cruzaba los jardines para estar con ella. Y cada noche, juntos, creaban un universo aparte, hecho de pasión, risas y secretos que ninguno estaba dispuesto a compartir del todo.

Esa noche, como tantas otras, él llegó silencioso, con pasos seguros, hasta que se detuvo frente a su puerta. Entró con la familiaridad de quien ya había reclamado ese espacio como propio y la abrazó por la cintura, inhalando su fragancia. Sus labios encontraron los de ella y pronto se sumergieron en un torbellino de deseo que los llevó hasta la cama. Se amaron con la misma intensidad que siempre los unía, como si el mundo fuera a desaparecer al amanecer.

Después, con sus cuerpos entrelazados bajo las sábanas, Cassian acariciaba distraídamente la piel suave de su espalda. La miró con una mezcla de curiosidad y seriedad.

—Saoirse —dijo, rompiendo el silencio—, ¿por qué te marchaste conmigo? Apenas me conocías.

Ella se tensó ligeramente, pero no respondió. Desvió la mirada hacia las sombras que bailaban en el techo, como si en ellas pudiera encontrar las palabras que necesitaba.

—¿No me digas que fueron las cartas del tarot? —añadió él con una sonrisa burlona, aunque sus ojos estaban llenos de intensidad—. Sé que hay algo más. Dímelo. Quiero saber la verdad.

Saoirse suspiró profundamente y se giró hacia él, y sus ojos oscuros reflejaban algo que Cassian no pudo identificar de inmediato. Era una mezcla de miedo, tristeza y amor.

—Cassian... —comenzó, con voz temblorosa—, hay cosas de mi vida que no puedes entender.

Él tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

—Entonces, explícame. Hazme entender.

Ella cerró los ojos un momento, como si estuviera reuniendo fuerzas, y finalmente habló:

—Mi padre es un hombre cruel, el jefe de nuestro clan que gobernaba con puño de hierro. Cuando murió mi madre, fue como si se apagara todo el amor que había en él. Desde entonces, ha hecho todo lo posible para mantener su control sobre mí y sobre nuestro pueblo. La situación era tan asfixiante, que comencé a plantearme buscar a mi abuela, por eso me encontraste en la caravana de gitanos.

Cassian frunció el ceño, mostrando un rostro más serio.

—¿Qué tiene que ver conmigo? —preguntó, aunque su voz ya denotaba cierta preocupación.

Saoirse se sentó, envolviendo sus brazos alrededor de sus rodillas. Su cabello caía en cascada y ocultaba parte de su rostro mientras hablaba.

—Cuando mi madre murió, el muro de contención que me protegía, mi padre me prometió con el sucesor de nuestro clan. Así lograba mantener el poder dentro de nuestra sangre. Pero cuando me fui contigo, rompí esos planes. Ahora, si me encuentran, para mi gente, ya no soy pura. Para ellos, he sido deshonrada y por eso mi padre tendrá que repudiarme.

Cassian se incorporó, luchando por asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Tu padre habría hecho eso? ¿Te habría obligado a casarte con alguien a quien no amas?

Saoirse lo miró directamente a los ojos. Su padre estaba incapacitado, pero estaba su tío,

ella había roto las normas. Ella había buscado su propio destino, aunque suponía que podrían hacérselo pagar muy caro, por eso su voz denotó una amarga resolución.

—Entre los gitanos, nuestras tradiciones son ley. Nadie de fuera puede interferir en nuestras costumbres. Si hubiera rechazado ese matrimonio como era mi intención, habría sido una deshonra para todos. Ahora que me he entregado a ti, Cassian, lo he condenado a perder su poder y me he condenado a mí misma al exilio.

Cassian sintió un nudo en el estómago. No podía soportar la idea de que esta mujer, que ya se había convertido en el centro de su universo, cargara con tanto dolor y sacrificio.

—Te protegeré, Saoirse. No importa lo que pase, no dejaré que nadie te haga daño.

Ella negó con la cabeza, su mirada llena de ternura y también de una tristeza infinita.

—No puedes, Cassian. No puedes cambiar lo que soy ni lo que represento. Mi única esperanza es esperar. Cuando mi padre muera y su sucesor se haya casado con otra, entonces seré libre.

Sus palabras lo golpearon como un balde de agua fría. No podía aceptar que ella estuviera condenada a una vida de espera y miedo.

—No me gusta esto —dijo con firmeza—. No quiero verte vivir con esa sombra sobre ti.

Saoirse acarició su rostro con su toque suave y lleno de amor.

—Cassian, has hecho más por mí de lo que puedas imaginar. Me has dado un refugio y una razón para sonreír cada día. Eso es más de lo que he tenido en toda mi vida.

Entonces él la besó, con una pasión que pretendía borrar todo el dolor y las sombras de su corazón. Pero, mientras la tenía entre sus brazos, una certeza comenzó a formarse en su mente: haría lo que fuera necesario para liberarla, aunque tuviera que enfrentarse a un mundo que no comprendía ni respetaba.

En el salón privado del club, los tres amigos estaban sentados en sus sillones de cuero, rodeados por el cálido resplandor de las lámparas de gas y el aroma de puros finos. Cassian, con un vaso de brandy en la mano, miraba fijamente el fuego que danzaba en la chimenea, con el ceño fruncido en una expresión de preocupación que no pasó desapercibida para sus amigos.

Wolf, con su habitual desparpajo, se inclinó hacia adelante y lo señaló con el puro.

—Vamos, Cassian, no puedes engañarnos. ¿Qué te sucede? Has estado ausente toda la velada y esa mirada tuya podría apagar hasta este fuego.

Leif, que estaba sentado en el sillón junto a él, asintió mientras removía su whisky con calma.

—Es cierto. Desde que llegaste de Irlanda no estás en tu elemento. Algo te inquieta, y me atrevería a decir que no es la gestión de Roots Cracy Place.

Cassian suspiró profundamente y dejó su vaso en la mesa frente a él. Sabía que no podía seguir guardando para sí lo que lo atormentaba, no con esos dos, que lo conocían mejor que nadie.

—Está bien, os lo diré —dijo finalmente, pasando una mano por su oscuro cabello, como si intentara alisar los pensamientos desordenados junto con los mechones—. Me he enamorado.

Un silencio cargado de expectación cayó en la sala, solo roto por el crepitar del fuego.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Wolf, sonriendo ampliamente—. Y yo que pensé que sería algo grave. ¿Quién es ella? ¿De qué ilustre familia proviene? No me digas que es otra Collins, porque entonces Brenna tendrá competencia.

Cassian se aclaró la garganta y esquivó la mirada curiosa de Wolf y Leif.

—No es de ninguna familia noble. Es... una gitana.

La sonrisa de Wolf se congeló en su rostro, mientras Leif, que había estado a punto de llevarse el whisky a la boca, se detuvo en seco. Ambos lo miraron como si acabara de anunciar que planeaba abdicar de su título.

—¿Una gitana? —repitió Wolf, incrédulo.

—Sí, Saoirse —dijo Cassian, su voz más baja, pero cargada de emoción—. La traje conmigo desde Irlanda. Ahora está en la casita de invitados de mi propiedad.

Leif dejó el vaso en la mesa de un golpe más fuerte de lo necesario.

—Cassian, ¿te has vuelto loco? —dijo, su tono mezclando sorpresa y reproche—. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Qué vas a hacer con ella?

Cassian se hundió en su sillón y pasó una mano por su rostro.

—No lo sé. No puedo alejarme de ella, pero tampoco puedo... mantenerla así para siempre.

—Es sencillo —interrumpió Wolf con una sonrisa traviesa—. Pídele matrimonio.

Leif se giró hacia él, incrédulo.

—¿Matrimonio? ¿Estás loco, Wolf? Es una gitana, errante por naturaleza. Jamás se apartará de los suyos.

—¿Y qué? —replicó Wolf con un encogimiento de hombros—. Si Cassian la ama de verdad, eso es lo que importa.

—¡Claro que importa! —respondió Leif, su tono subiendo un poco más—. Estamos hablando de Cassian, conde de Thursley. La sociedad no aceptaría a una gitana como condesa. Sería un escándalo. Y ni hablemos de cómo reaccionarían en la corte.

Wolf lo miró con burla, apoyado en el respaldo del sillón.

—Oh, por favor, Leif. No te hagas el moralista ahora. Bien que tú estás tratando de escapar de un matrimonio arreglado con Cecily Foster, la dama más aburrida de Inglaterra.

Leif frunció el ceño.

—Eso no tiene nada que ver.

Wolf se volvió hacia Cassian, ignorando la protesta de Leif.

—¿Qué piensas tú? ¿Estás dispuesto a enfrentarte al mundo por ella?

Cassian permaneció en silencio por un momento, mirando el fuego con una intensidad que casi lo quemaba. Finalmente, habló con voz baja pero firme:

—La amo, eso lo sé. Pero también sé que Leif tiene razón. No puedo convertirla en mi esposa y destruirla a ella y todo lo que representa. Y tampoco puedo imaginar mi vida sin ella.

Los tres amigos se quedaron en silencio, mientras resonaban en el aire cargado de humo las palabras de Cassian. Wolf y Leif lo miraban con expresiones diferentes: Wolf la miraba con una mezcla de admiración y lástima, y Leif, con preocupación y escepticismo.

—Parece que tenemos un verdadero dilema entre manos —dijo Wolf finalmente, alzando su vaso—. Brindemos por eso, porque los tres sabemos que no será la última vez que Cassian se meta en un lío.

Cassian esbozó una ligera sonrisa y alzó su vaso, aunque la tensión no desapareció de su rostro. Sabía que la decisión que tenía por delante no sería fácil. Lo único que tenía claro era que no estaba dispuesto a dejar marchar a Saoirse.

CAPÍTULO 26

Williams entró en el despacho de Cassian con paso firme, llevando una carpeta con las notas de su investigación. Cassian estaba sentado detrás de su escritorio, con los dedos tamborileando sobre la madera pulida mientras esperaba noticias.

—¿Qué hay, Williams? —preguntó con un tono calmado, aunque la tensión se reflejaba en su rostro.

El hombre de confianza dejó la carpeta sobre el escritorio y se aclaró la garganta.

—Mis pesquisas han arrojado algunos resultados interesantes, mi señor. Parece que, después de la muerte de su esposa, el barón Barker mantuvo una relación con una mujer de origen humilde. Lo que es más interesante, esa mujer le dio una hija.

Cassian levantó la mirada, frunciendo las cejas.

—¿Una hija? ¿Y qué sucedió con ella?

Williams asintió lentamente.

—Por lo que he podido averiguar, tuvieron que huir en medio de la noche. No está claro el motivo, pero todo indica que hubo algún tipo de amenaza o conflicto dentro de la familia Barker. No pude obtener detalles precisos, pero hay rumores de que un primo del barón estuvo involucrado, alguien interesado en las tierras y el título.

Cassian se recostó en su silla, procesando la información. La historia se volvía cada vez más intrigante y, aunque no había pruebas contundentes, el relato parecía encajar demasiado bien con la presencia de la anciana gitana y su misterioso pasado.

—¿La anciana sigue en la propiedad? —preguntó Cassian, mirando a Williams.

—Sí, mi señor. No parece haber causado ningún alboroto. Las lenguas del lugar dicen que pasa la mayor parte del tiempo dentro de la casa, casi como si estuviera... recordando.

Cassian apretó los labios, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Bien. Será mejor que mantengamos su presencia discreta por ahora. Pero necesito más información, Williams. Esto no es suficiente.

Williams asintió.

—Entendido, mi señor. Continuaré investigando.

Cuando el hombre salió del despacho, Cassian se levantó y se acercó a la ventana. Miró hacia los jardines, donde el débil brillo del sol invernal iluminaba los arbustos bien cuidados. No podía ignorar la sensación de que todo esto estaba conectado de alguna manera con Saoirse. Pero para desentrañar este enigma, necesitaría ayuda.

Más tarde esa misma tarde, Cassian se dirigió al club, donde sabía que encontraría a Wolf Lancaster, su amigo más cercano y actual Lord Canciller del reino. Entró en el salón privado y encontró a Wolf cómodamente instalado en un sillón, con una copa de brandy en la mano.

—Cassian, ¿qué tormenta te trae por aquí ahora? —dijo Wolf con su tono burlón habitual al verlo entrar con expresión grave.

Cassian se dejó caer en el sillón frente a él y aceptó la copa que le ofreció un criado.

—Necesito tu ayuda, Wolf.

El Lord Canciller arqueó una ceja, intrigado.

—¿Esto tiene que ver con tu gitana?

Cassian esbozó una sonrisa seca.

—De manera indirecta. Quiero que uses tus recursos para averiguar todo lo que puedas sobre el barón Barker y su propiedad. Hay algo extraño en esa historia y siento que hay más de lo que parece a simple vista.

Wolf lo observó por un momento, hasta que su expresión se transformó en seriedad.

—¿Y por qué tengo que intervenir yo? Tienes a tus propios hombres para este tipo de trabajo.

—Porque esto no es algo que se pueda resolver con rumores y chismes locales —respondió Cassian—. Necesito acceso a registros, documentos oficiales e, incluso, al testamento de Barker, si es necesario. Y eso, mi querido amigo, está dentro de tu esfera de influencia.

Wolf suspiró y dejó su copa en la mesa.

—¿Sabes lo que estás pidiendo, Cassian? Meterme en asuntos delicados como este podría causar revuelo, especialmente si alguien todavía está interesado en esas tierras o ese título.

—No te estoy pidiendo que muevas cielo y tierra, Wolf. Solo te pido que uses tus recursos para descubrir la verdad. Lo que he aprendido hasta ahora tiene sentido, pero necesito respuestas.

Wolf lo miró fijamente durante un buen rato antes de asimilar lentamente.

—Está bien. Haré algunas indagaciones. Pero te prometo que no harás nada imprudente hasta que sepa más.

Cassian soltó una breve carcajada.

—¿Cuándo he sido imprudente?

—No respondas eso —dijo Wolf con una sonrisa torcida—. Te enviaré noticias tan pronto como las tenga.

Cassian se levantó aliviado por el apoyo de su amigo.

—Gracias, Wolf. Esto significa mucho para mí.

Wolf lo observó mientras se alejaba hacia la puerta y murmuró:

—Espero que sepas en qué te estás metiendo, Cassian. Esta no parece una historia de amor cualquiera.

Saoirse se levantó al amanecer, cuando la luz del sol empezó a filtrarse a través de las cortinas de la casita de invitados. Se tocó el vientre, emocionada y nerviosa a la vez. Estaba embarazada. La certeza había llegado con los síntomas inequívocos de los últimos días y no podía contener su felicidad. Después de tantos años bajo la opresiva sombra de su padre, este bebé era su libertad.

Se vistió con cuidado, eligiendo un sencillo vestido que no resaltara aún los cambios en su cuerpo. Mientras se miraba en el pequeño espejo de la habitación, sus pensamientos se entrelazaban con las emociones de las últimas semanas. Recordaba las noches de pasión con Cassian, sus caricias, sus palabras... Cassian había sido más de lo que ella esperaba: no solo un amante apasionado, sino también un hombre que la hacía sentir segura y amada.

Pero el peso de la verdad comenzaba a apoderarse de su pecho. Ella había llegado a Inglaterra buscando refugio y había utilizado a Cassian como medio para escapar de la vida que su padre había trazado para ella. Y aunque no lo había planeado, el fruto de su amor podría cambiarlo todo. Su padre ya no tendría poder sobre ella. El matrimonio pactado con el sucesor del clan sería cosa del pasado. Pero, ¿qué haría con Cassian?

Saoirse se sentó en el pequeño sillón junto a la ventana y miró los jardines de la propiedad. Si le contaba la verdad a Cassian, ¿qué pensaría él? ¿La vería como una oportunista, alguien a quien había usado para salvarse a sí misma? El pensamiento la hacía daño. Ella lo amaba, aunque no podía decírselo. Lo amaba en silencio, en cada noche compartida, en cada mirada que le dedicaba desde el otro lado de la habitación.

Sus pensamientos se desviaron hacia su abuela. La anciana conocía los secretos que ella aún no había comprendido del todo. Sabía que, si esperaba un hijo varón, el peso del pasado recaería sobre sus hombros. Su abuela le había hablado de la herencia, de la reclamación que debía hacerse por el bien de la sangre y la justicia, pero Saoirse no quería escucharla. Ahora todo era diferente.

Decidida, comenzó a hacer planes. Antes de contarle nada a Cassian, necesitaba hablar con su abuela. Necesitaba entender todo lo que estaba en juego, tanto para ella como para el bebé que estaba por nacer. Se levantó del sillón, caminó hacia el escritorio y escribió una nota para Cassian:

«Cassian, necesito ausentarme por un par de días para visitar a mi abuela. Hay asuntos personales que debo resolver antes de poder hablar contigo de algo importante. Confío en que me entenderás. Te prometo que regresaré pronto. Saoirse».

Dobló el papel cuidadosamente y lo dejó sobre la pequeña mesa del comedor. Luego comenzó a hacer la maleta para el viaje. El camino hasta la propiedad del barón sería largo, pero su determinación era más fuerte que sus dudas.

Cuando salió de la casita, miró hacia la mansión principal. Una parte de ella quería correr hacia Cassian, contarle todo, pedirle que la abrazara y la tranquilizara. Pero no podía. No hasta que supiera cómo manejar la tormenta que se avecinaba.

Subió al carruaje que habían preparado discretamente y se perdió en el camino, dejando atrás al hombre que amaba y al hogar que deseaba mantener a toda costa.

CAPÍTULO 27

El carruaje se detuvo frente a la imponente mansión conocida como Rosemoor Hall. El nombre evocaba imágenes de elegancia y belleza, pero la propiedad que Saoirse tenía delante no parecía reflejar el esplendor que debió tener en el pasado. Las ventanas altas estaban cubiertas por pesados visillos que ocultaban el interior, y los jardines descuidados estaban cubiertos por un aire de abandono.

Saoirse descendió del carruaje con el corazón acelerado. Sabía que esta casa, aunque nunca había estado en ella, formaba parte de su historia. Le pertenecía a su madre, hija legítima del barón, y a ella le correspondía por derecho de sangre. Sin embargo, también era un lugar que escondía sombras, las mismas que habían llevado a su abuela a escapar y sumergirse en el mundo de los gitanos.

Antes de tocar la aldaba, Saoirse se quedó inmóvil, dejándose invadir por sus pensamientos: ¿por qué su abuela había escogido esa vida? Sabía que los gitanos no seguían las leyes de los nobles, que eran libres en cierto modo, pero también entendía que, al huir de un peligro, se había encontrado atrapada en otro. Esa elección había caído sobre su madre y, a su vez, sobre ella. Saoirse cerró los ojos por un momento y respiró hondo. Luego, con decisión, levantó la mano y golpeó la aldaba de hierro.

La puerta se abrió antes de lo esperado. Al otro lado estaba su abuela, una figura menuda y encorvada, pero con unos ojos que irradiaban la misma intensidad que los suyos. La anciana la miró un momento y luego dijo, con una mezcla de preocupación y resignación:

—¿Ha ocurrido, verdad? Estás encinta.

Saoirse asintió en silencio. No sentía la necesidad de explicarse, ya que su abuela siempre parecía saber más de lo que decía. La anciana dio un paso atrás y extendió un brazo en señal de invitación para que pasara.

El interior de Rosemoor Hall era tan majestuoso como Saoirse lo había imaginado, aunque el paso del tiempo y el abandono habían dejado huella. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas y una fina capa de polvo cubría los rincones. Los altos techos y las paredes revestidas con madera oscura hablaban de una época de grandeza, pero ahora todo parecía dormido, como si esperara a que alguien lo hiciera volver a la vida.

—Solo utilizo lo necesario —dijo la anciana al notar la mirada de Saoirse—. Un pequeño salón, una habitación y la cocina. No tiene sentido despertar fantasmas que no pueden hacer nada más que observar.

Saoirse se imaginó por un momento cómo habría sido esa casa en sus días de gloria: llena de vida, con música que resonaba en los salones, invitados elegantemente vestidos bailando en el gran salón. Pero ese era un sueño lejano. Ahora era solo un cascarón de lo que fue.

La anciana la condujo a una pequeña sala donde había una mesa baja con una tetera humeante y dos tazas de porcelana. Ambas se sentaron y, por un momento, reinó el silencio, interrumpido solo por el suave tintineo de las cucharillas al revolver el té.

Finalmente, la abuela habló.

—Esto cambia las cosas, Saoirse. Un niño, especialmente un niño varón, es algo que no podemos ignorar.

Saoirse asintió, esperando más. Su abuela la miró con una mezcla de dureza y ternura.

—Sé que amas a ese hombre, lo veo en tus ojos cuando hablas de él. Pero no puedes quedarte escondida en esa casita para siempre. Si tienes un hijo, él será el heredero legítimo de estas tierras y del título que tu madre nunca pudo reclamar. Y tú serás su protectora.

—¿Quieres que reclame este lugar? —preguntó Saoirse, con el corazón encogido.

—No por ti, sino por tu hijo —respondió la anciana con firmeza—. Pero no será fácil. Los Barker siguen teniendo enemigos y los gitanos no olvidan.

Saoirse apretó la taza entre sus manos.

—No quiero que Cassian se vea atrapado en esto. Él no sabe nada y no quiero que piense que lo utilicé.

La anciana suspiró y se inclinó hacia adelante, tomándola de la mano.

—Cassian es un buen hombre, pero ahora no se trata de lo que él piense. Es cuestión de lo que él quiera hacer cuando se entere. Porque se enterará, Saoirse. La verdad siempre sale a la luz.

Saoirse notó que se le hacía un nudo en el estómago. No sabía cómo enfrentarse a Cassian ni cómo proteger lo poco que habían construido juntos. Pero una cosa era segura: su abuela tenía razón. Este bebé cambiaría todo, para bien o para mal. Y debía estar preparada.

Cassian había pasado los últimos días sumergido en una intriga familiar que apenas podía creer real. Su amigo Wolf, Lord Canciller del reino, había cumplido con creces su promesa de ayudarlo a desentrañar la verdad. Los documentos, rumores y confesiones que había conseguido dibujaban un cuadro complejo y perturbador de la historia de la anciana y, por ende, de Saoirse.

La mujer que él había conocido como una gitana errante no era tal cosa. Había sido una partera, joven y respetada en su pueblo, llamada Margaret, quien, por casualidades del destino, se encontraba atendiendo el parto de la esposa del barón Jasper Barker en Rosemoor Hall. La baronesa falleció tras el parto, víctima de una infección que la consumió rápidamente. El bebé, un varón largamente esperado, nació muerto, sumiendo al barón en una profunda tristeza.

Según los informes, Margaret permaneció en la casa semanas después del trágico evento, consolando al barón por su pérdida. Lo que comenzó como una relación profesional derivó en una conexión emocional. Margaret, que siempre había sentido un amor silencioso hacia Jasper desde que lo vio por primera vez, se convirtió en su refugio. Esa relación culminó con el nacimiento de una hija ilegítima, Emerald, a quien Jasper reconoció públicamente como su heredera, desafiando todas las convenciones de la época.

Sin embargo, esa decisión encendió la ira de Reginald Barker, primo del barón y segundo en la línea de sucesión. Reginald, que codiciaba el título y las propiedades, veía en la hija ilegítima una amenaza que debía erradicar. Se desató una serie de acontecimientos que obligaron a Margaret a huir con su hija recién nacida. Las caravanas gitanas les ofrecieron refugio, ya que eran conocidos por su hermetismo y sus propias leyes, ajenas a las de la nobleza.

Durante años, Margaret vivió entre los gitanos, criando a Emerald en un entorno de libertad, pero también de peligros. Su hija, sin embargo, cayó en manos del jefe del clan, un hombre cruel que la engañó y la sumió en una vida de sufrimiento que terminó con su muerte. Margaret, consumida por el dolor, no pudo salvarla, pero se vengó dejándolo incapacitado y asegurando que nunca volvería a casarse ni a controlar a otras mujeres. Aun así, no pudo proteger a Saoirse, su nieta, que creció atrapada en las mismas redes.

Ahora todo encajaba para Cassian. Saoirse no era simplemente una gitana que había aparecido en su vida por azar; era la nieta del barón Barker, con derechos legítimos sobre las tierras y el título de su abuelo. Jasper Barker había muerto en un misterioso accidente de caza, pero el peligro seguía presente. Reginald aún vivía y, si descubría la existencia de Saoirse, no se detendría ante nada para eliminarla.

Cassian no podía quedarse al margen. Su mente bullía con preguntas y emociones encontradas: ¿por qué ninguna de las dos mujeres le había contado la verdad?, ¿por qué Saoirse había aceptado convertirse en su amante sin mencionarle nada de esto? La rabia y la confusión se mezclaban con su amor por ella y con su deseo de protegerla.

—Que ensillen mi caballo —ordenó con voz firme a Williams—. Voy a Rosemoor Hall —ahora sabía cómo se llamaba la propiedad.

El fiel criado asintió y se apresuró a cumplir la orden. Cassian se vistió rápidamente con ropa de montar y ya planeaba la confrontación que estaba a punto de tener. Sabía que Margaret estaba en la mansión, recluida en su soledad. También sabía que Saoirse había ido a verla recientemente, aunque desconocía el motivo.

El trayecto hasta Rosemoor Hall le pareció interminable, aunque su caballo galopaba a toda velocidad. Mientras recorría los campos que lo separaban de la propiedad, repasaba todo lo que iba a decir. Necesitaba respuestas, pero también necesitaba que las dos mujeres entendieran que no se apartaría. Saoirse era suya y haría lo que fuera necesario para protegerla, incluso si eso significaba enfrentarse al oscuro legado de su linaje.

Al llegar, se bajó rápidamente de la montura, le entregó las riendas al mozo y cruzó el descuidado jardín que llevaba a la puerta principal.

CAPÍTULO 28

Cuando la aldaba resonó en el silencio de Rosemoor Hall, tanto Margaret como Saoirse se miraron desconcertadas. No esperaban visitas y, en un lugar tan apartado, las sorpresas rara vez eran bienvenidas. La anciana entrecerró los ojos, como si intentara adivinar quién podría estar tras la puerta, pero fue Saoirse quien se levantó para abrir.

Al girar la pesada puerta de madera, Saoirse se quedó paralizada. Frente a ella estaba Cassian, imponente como siempre, pero con una expresión dura que nunca antes había visto en él. La escudriñó con una mezcla de decepción y enfado que la dejó sin palabras. Antes de que pudiera articular algo, él rompió el silencio con una voz firme y cargada de reproche:

—Buenos días, lady Barker.

El nombre cayó como una sentencia. Saoirse sintió que el aire le abandonaba los pulmones y, durante un breve instante, no supo qué responder. Margaret apareció en el vestíbulo, alertada por el tono cortante de Cassian, y al verlo, entendió que había llegado el momento de enfrentar todo lo que había mantenido oculto.

—Lord Thursley, pase usted —dijo Margaret, intentando adoptar una actitud serena que ocultara su incomodidad.

Cassian asintió, pero antes de entrar al salón lanzó una mirada acusatoria a Saoirse, que hizo que esta bajara la cabeza. Margaret lo guio hasta el pequeño salón que ella utilizaba, mientras Saoirse se quedaba atrás, indecisa. Cuando Cassian se sentó en la misma silla donde minutos antes había estado Saoirse, Margaret se sentó frente a él. La joven permaneció de pie junto a la puerta, con las manos temblorosas, esperando lo inevitable.

El silencio en la habitación era tenso y denso hasta que Cassian lo rompió con una pregunta simple, pero cargada de significado.

—Quiero toda la verdad. No más mentiras, no más secretos.

Margaret asintió, y su rostro reflejaba una mezcla de cansancio y determinación.

—Me llamo Margaret Sheehan. Nací en el pueblo de Ashbourne, no muy lejos de aquí. Era una partera reconocida y respetada en mi juventud. Fui llamada a Rosemoor Hall para asistir en el parto de la esposa del barón Jasper Barker...

Con paciencia y sin omitir detalle, Margaret relató la historia que Cassian ya conocía parcialmente gracias a Wolf. Le habló del parto trágico que terminó con la vida de la baronesa y de su hijo esperado, del vínculo que nació entre ella y el barón, y del nacimiento de Emerald, su hija, que había sido reconocida como heredera pese a ser ilegítima. También le contó sobre Reginald Barker, el primo ambicioso que había intentado eliminar a Emerald y que, en última instancia, había obligado a Margaret a huir con su bebé para protegerla.

Margaret tomó un sorbo de té antes de continuar, su voz era baja pero cargada de emoción.

—Pero el destino quiso que nos quedáramos atrapadas en las caravanas de gitanos, huyendo de un peligro para acabar en otro peor. Mi hija murió en manos del hombre que juró protegerla y tuve que abandonar a mi nieta, que ahora se encuentra en una situación que nunca quise para ella.

Cassian apartó la mirada de la ventana mientras procesaba las palabras de Margaret. Todo encajaba: la actitud reservada de Saoirse, su reticencia a compartir detalles de su vida y la forma en que lo había seguido sin oponer resistencia. Todo había sido parte de un plan para escapar de su pasado.

Finalmente, habló, pero no miró a Margaret, sino a Saoirse, que seguía inmóvil junto a la puerta.

—¿Por qué no confiaste en mí? —Su voz no era dura, pero sí herida.

Saoirse levantó la mirada con lágrimas en los ojos, pero no se movió.

—Porque no sabía si podía. Porque he pasado toda mi vida aprendiendo que confiar en alguien puede costarte la vida.

Cassian se levantó de un salto de su silla, llenando de repente el pequeño salón con su presencia. Miró a Margaret y luego a Saoirse, cuya expresión se endureció.

—Esto no solo les incumbe a ustedes. ¿Entienden lo que está en juego aquí? Reginald Barker no se detendrá si descubre que Emerald tuvo una hija y que vive.

El impacto de sus palabras fue como una losa. Margaret abrió los ojos sorprendida, mientras Saoirse llevaba instintivamente una mano al vientre, como si quisiera proteger lo que ahora sabía que era el futuro.

—Tienes razón —admitió Margaret tras un largo silencio—. Pero no podemos hacer nada solos. Reginald tiene recursos y aliados.

Cassian la interrumpió con voz firme y decidida.

—Yo también tengo recursos. Y aliados. Esta lucha ya no es solo tuya, Margaret. Y tú, Saoirse... —Su mirada se suavizó cuando sus ojos se encontraron con los de ella—. Aunque me hayas ocultado la verdad y me sienta utilizado, no voy a darte la espalda.

El corazón de Saoirse latía con fuerza. No sabía si era por las palabras de Cassian o por la intensidad de su mirada, pero sintió una chispa de esperanza.

Cassian se giró una última vez hacia Margaret.

—Espero que también confíes en mí, Margaret. Porque esto no termina aquí. Reginald Barker no sabe lo que se le viene encima.

Dicho esto, se dirigió a la puerta, dejando a las dos mujeres procesando la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

—Espera, Cassian —lo llamó la anciana. El noble se giró y volvió a caminar hacia ella—. Mi nieta desea hablarte a solas.

Saoirse se quedó inmóvil junto a la puerta después de que Margaret se retirara al pequeño salón contiguo. Cassian seguía de pie frente a ella, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Había un peso en el ambiente que ninguno de los dos era capaz de romper. Finalmente, Saoirse bajó la mirada y se tomó un momento antes de hablar.

—Cassian... Lo siento. Lamento haberte utilizado y no haberte contado la verdad.

Él entrecerró los ojos, mostrando una mezcla de dolor y frustración en su rostro.

—¿Utilizarme dices? —repitió en un tono que no ocultaba el reproche—. Saoirse, podría haberte ayudado. No necesitabas engañarme ni ocultar quién eras. ¿Tan poco confiabas en mí?

Sus palabras la golpearon, pero no intentó justificarse. Sabía que tenía razón. Sin embargo, había algo más en juego que su confianza en él.

—No era solo por ti, Cassian —dijo con voz suave—. Era por mi abuela, por mi madre, por mi propia vida. Todo este tiempo he vivido a la sombra, ocultándome de un hombre que nunca dudó en destruir todo lo que amaba. Si te hubiera contado todo desde el principio, habría puesto en peligro tu vida.

Cassian la miró durante unos segundos que se hicieron eternos antes de responder.

—¿Y ahora? ¿Crees que no estoy ya involucrado? —dijo, su voz más baja, pero cargada de emoción—. Saoirse, lo único que quería desde el principio era protegerte. Y ahora, ¿me estás

diciendo que ni siquiera te planteas regresar conmigo? ¿Qué decides quedarte aquí?

Ella cerró los ojos tratando de calmar la tormenta que se había desatado en su interior. Sabía que estaba en una encrucijada, que cada decisión podía cambiar el rumbo de su vida para siempre. Se debatía entre el deber que sentía hacia su linaje y la certeza de que con Cassian había encontrado algo que nunca antes había tenido: amor.

—Necesito tiempo para pensar, Cassian —dijo finalmente, con un nudo en la garganta—. Hay tantas cosas que debo decidir...

Cassian dio un paso hacia ella y, cuando habló, su tono era más suave, pero igual de insistente.

—Solo necesito saber una cosa, Saoirse: ¿me amas?

La pregunta la golpeó con una fuerza inesperada. Su mirada se encontró con la de él y, por un momento, se olvidó de todo lo que la rodeaba: la casa, los secretos, el futuro incierto. Solo estaba Cassian y ella supo que no podía mentirle.

—Sí, Cassian. Te amo.

Un destello de esperanza iluminó los ojos de Cassian, pero antes de que pudiera responder, Saoirse lo interrumpió con su propia pregunta.

—¿Y tú? ¿Me amas?

Cassian no lo dudó ni un segundo.

—Desde hace tiempo, Saoirse. Te amo más de lo que he amado a nadie en mi vida. Quiero que seas mi esposa y que no tengas que esconderte nunca más.

Saoirse sintió que se le encogía el corazón. Durante un instante, quiso creer que todo sería tan fácil como él lo pintaba. Pero la realidad era mucho más complicada y no pudo evitar reprocharle algo que llevaba en su pecho desde que él llegó a Rosemoor Hall.

—¿Lo dices porque ahora sabes que no soy una gitana errante, sino una heredera? —preguntó, con voz teñida de amargura—. ¿Crees que tu amor depende de mi linaje?

Cassian retrocedió herido por la acusación.

—¿Cómo puedes decir eso? Saoirse, mi amor por ti no tiene nada que ver con tu pasado. ¿No ves que te amo por quien eres, no por quien deberían decir que deberías ser?

Pero ella no estaba convencida, y su mirada llena de dudas lo dejó completamente desarmado. Cassian se apartó, pasando una mano por su cabello, claramente frustrado. Finalmente, se volvió hacia la puerta, dispuesto a marcharse.

—Parece que no hay nada más que pueda decir para convencerte.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida, pero, antes de que pudiera alcanzarla, Margaret apareció en el vestíbulo con una bandeja en las manos.

—¡Un momento, joven! —dijo con un tono firme que detuvo en seco a Cassian—. Todavía no os podéis marchar. Tenemos algo que celebrar.

Cassian giró la cabeza hacia ella, confundido, mientras Margaret dejaba la bandeja sobre una pequeña mesa en el centro del salón. Había tres copas y una botella de coñac antiguo que brillaba bajo la luz tenue.

—¿Celebrar? —preguntó Cassian, arqueando una ceja.

Margaret le lanzó una mirada astuta mientras llenaba las copas.

—Por supuesto. Siempre hay algo que celebrar. La vida nos pone a prueba, pero también nos obsequia, incluso cuando menos lo esperamos.

Saoirse, que aún estaba de pie en el vestíbulo, observaba a su abuela con desconcierto y admiración. Margaret le entregó una copa a Cassian, luego a Saoirse y, por último, tomó la suya.

—Brindemos por el futuro —dijo Margaret, sonriendo de forma enigmática mientras

levantaba su copa—. Y por las decisiones que aún están por tomarse.

Cassian aceptó la copa, aunque seguía mirando a Saoirse, quien estaba perdida en sus pensamientos. Mientras los tres chocaban sus copas, se respiraba un aire de expectativa en la habitación. Era evidente que la verdadera celebración y las respuestas que ambos buscaban estaban aún por llegar.

CAPÍTULO 29

La anciana sirvió dos copas de coñac y el aroma a roble y especias llenó el pequeño salón. Tomó la copa que estaba vacía frente a Saoirse y la observó significativamente. Saoirse vaciló ligeramente, se inclinó para llenar la copa solo hasta la mitad y evitó mirar a Cassian directamente.

Margaret se acomodó en su silla, con las manos entrelazadas sobre su regazo, y miró fijamente al hombre que tenía delante. Cassian, aún desconcertado por todo lo sucedido ese día, esperó en silencio.

—Es hora de que conozcas toda la verdad, lord Thursley, de por qué abandoné a mi nieta con su padre cuando maltrató a mi hija, y por qué los maldije aquel día, mi nieta y yo te debemos al menos eso —comenzó Margaret, su tono solemne pero firme.

Hizo una pausa antes de continuar, llevándose la copa a los labios.

—Hacía tiempo que había huido dejando a mi nieta con su padre. Estaba tan arrepentida y me sentía tan sola que deseé la muerte. Muchas veces intenté regresar a por ella, pero las cartas me decían lo contrario. Si regresaba, ambas moriríamos. Me mostraban un lugar: la iglesia de St Giles-without-Cripplegate, pero no lograba entender el motivo. Una tarde, decidí ir hasta la iglesia y allí los encontré a los tres haciendo aquel ritual deshonesto. Entonces lo entendí todo.

Margaret miró brevemente a Saoirse, que mantenía la cabeza baja, antes de continuar.

Cassian frunció el ceño e inclinó ligeramente el cuerpo hacia delante.

—¿Cómo supo su nieta dónde encontrarla?

—Saoirse era una niña pequeña, pero le hice jurar que, si las cosas se ponían demasiado peligrosas, debía buscarme. Sabía que la única forma de ocultarme y encontrarme era yéndome lejos, a Irlanda, donde mis raíces estaban profundamente entrelazadas con las de mi abuelo paterno.

Margaret dejó la copa sobre la mesa y continuó con la voz teñida de nostalgia.

—Le di todas las indicaciones a Saoirse para que supiera dónde encontrarme, le enseñé a leer las cartas, a interpretarlas. Porque sabía que ellas le dirían lo mismo que me dijeron a mí.

Cassian arqueó una ceja, confundido por el giro inesperado de la historia.

—¿Por eso me maldijo?

Margaret sonrió.

—Porque el destino terminaría uniéndolas, como sucedió.

Hizo una pausa, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de dolor y satisfacción.

—De dónde hui, Cassian. Era una prisión construida por el hombre más despreciable que he conocido. El padre de mi nieta —le explicó la anciana.

Saoirse alzó la mirada al escuchar esas palabras, pero no interrumpió. Margaret prosiguió:

—Ese hombre, si es que se le puede llamar así, se creía intocable. Destruyó todo lo que podía, pero hoy yace en una cama, ciego y sordo, incapaz de moverse.

Cassian tragó saliva, un escalofrío le recorrió la espalda. Temía preguntar cómo había quedado aquel hombre en ese estado, pero la curiosidad lo estaba carcomiendo.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó finalmente, su voz apenas un susurro.

Margaret lo miró fijamente, y su sonrisa se desvaneció.

—Eso, querido, es un secreto que solo yo conozco. Y te puedo asegurar que es mejor que siga así.

Cassian ya conocía que la anciana había sido en el pasado una excelente partera y conocía el arte de la cura con hierbas. No necesitaba más explicación.

El silencio llenó la habitación, pesado como una manta húmeda, mientras Cassian intentaba procesar todo lo que acababa de oír. La anciana tomó su copa de coñac y la alzó hacia él, como si la conversación abriera un capítulo que él no había previsto.

La anciana alzó su copa y declaró con una sonrisa llena de satisfacción:

—Ahora, el brindis.

Saoirse se removió inquieta en su asiento, mientras Margaret miraba a Cassian.

—Por mi biznieto, el futuro barón Barker.

Tras esas palabras, cayó un silencio abrumador. Cassian se quedó petrificado, con la copa de coñac suspendida en el aire. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Saoirse, buscando una confirmación que no necesitaba oír; ya lo sabía.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos y, finalmente, Cassian dejó la copa sobre la mesa con un movimiento lento, como si de repente fuera incapaz de coordinar las manos.

—¿Voy a ser padre? —preguntó con voz baja pero cargada de incredulidad.

El mundo pareció que se detenía. El corazón se le aceleró, y solo después de un largo momento. Las palabras de la anciana penetraron en su mente. ¿Había dicho que su biznieto sería barón de Barker?

—¿Pensáis que si tuviese un hijo varón, que sería el heredero del condado de Thursley, reclamaría la baronía de Barker?

Saoirse no dijo nada al principio, solo lo miró con ojos llenos de culpa y algo que podría haber sido arrepentimiento. Margaret observaba desde su silla, dejando que los dos jóvenes se enfrentaran a la tormenta que ella acababa de desatar.

Cassian negó con la cabeza, y su tono subió de intensidad.

—No me lo puedo creer. ¿Cuánto tiempo lo has sabido, Saoirse?

Ella bajó la mirada, incapaz de contener su furia.

—Acabo de descubrirlo —dijo finalmente, en voz baja—. Pero debes entender, Cassian, que esta noticia es peligrosa. Si el primo de mi abuelo descubre que hay un posible heredero...

—¡Dices eso como si yo no fuera capaz de protegerte! —la interrumpió Cassian, poniéndose de pie de un salto.

Saoirse alzó la vista hacia él, pero no respondió. Cassian se pasó una mano por el cabello, intentando claramente controlar su enfado.

—¿Acaso no confías en mí? —continuó él, mirándola con una mezcla de dolor y furia—. Todo este tiempo, Saoirse. ¿Todo esto era parte de tu plan? ¿Y yo solo fui un medio para tu objetivo?

—¡No es así! —replicó Saoirse, poniéndose también de pie—. No lo planeé, Cassian. Nada de esto estaba planeado.

—¿Entonces por qué no me lo has dicho antes?

—Porque temía perderte —admitió, con la voz quebrada por la emoción. Pero también porque esta verdad puede ponernos en peligro a los dos.

Cassian la miró fijamente, con los ojos oscuros reflejando la lucha interna que lo consumía. Finalmente, sin decir nada más, dio media vuelta y salió del salón dejando la puerta abierta de par en par.

Saoirse corrió tras él hasta la entrada, pero lo único que pudo hacer fue observar cómo montaba en su caballo y salía a todo galope, sin mirar atrás.

Margaret se acercó lentamente a su nieta y le puso una mano reconfortante sobre el hombro.

—Todo se arreglará, querida —dijo con una seguridad que parecía sacada de otro mundo—. Dale tiempo.

Saoirse, con los ojos llenos de lágrimas, no lo estaba.

CAPÍTULO 30

Cassian se dejó caer en el sillón del club, frente a Wolf y Leif, que lo miraban expectantes. A pesar de estar acostumbrados a sus excentricidades, nunca lo habían visto con esa mezcla de determinación y frustración.

—Voy a ser padre —anunció de golpe, sin preámbulos.

Los dos hombres lo miraron, incrédulos. Wolf, que estaba a punto de beber un sorbo de whisky, se quedó con la copa en el aire, mientras Leif soltaba un leve resoplido, como si no estuviera seguro de haber escuchado bien.

—¿Qué? —dijo Leif, finalmente, con los ojos bien abiertos.

—Lo que oyeron —replicó Cassian, su tono firme—. Voy a ser padre. Saoirse está embarazada.

Wolf fue el primero en reaccionar.

—¿Saoirse? ¿Quién es Saoirse?

—Un momento, un momento —interrumpió Leif, alzando una mano como si necesitara detener la avalancha de información—. ¿Nos estás diciendo que la gitana que escondiste en la casita de invitados ahora es una noble heredera y está esperando tu hijo?

—Exactamente —confirmó Cassian con un gesto grave—. Y no es gitana...

Los dos amigos intercambiaron una mirada de asombro antes de que Wolf rompiera el silencio.

—Esto suena como una de esas novelas románticas que las damas adoran leer.

—No puedo ni imaginar la cara que pondrá lady Kenric cuando llegue a sus oídos esta extraordinaria noticia.

Si, Cassian lo podía imaginar. Su madre montaría en cólera y echaría sus vísceras a los perros de Roots Cracy Place.

—Por no hablar de tu hermana Susan ni de tu hermano Andrew —le recordó Leif con un brillo de lo más extraño en sus ojos—. Lo que me extraña es que no se hayan enterado viviendo tu amante en la casita de invitados.

Cassian también se lo preguntaba, pero él había dejado claro que ningún sirviente debía ir a la casita. Y su madre estaba tan ocupada en eventos sociales en Londres, que se pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad y no en la casa familiar.

—Y yo que me quejaba de mi propia historia con lady Lancaster.

—Esto es muy serio, Wolf —gruñó Cassian, clavando su mirada en él—. Hay mucho más detrás de esto.

Y entonces les contó todo: la historia de la anciana, la verdad sobre la herencia de Saoirse, el peligro que representaba el primo del barón Barker, y cómo Margaret había planeado todo para llevar a su nieta a salvo hasta Irlanda.

Cuando terminó, el silencio reinó en la sala. Wolf fue el primero en hablar.

—Déjame ver si he entendido bien. La anciana te utilizó para llevar a su nieta hasta ella, y después a Inglaterra.

Cassian asintió con una expresión tensa.

—Exactamente. Todo tiene que ver con las cartas del tarot.

Leif se inclinó hacia adelante, mostrando una mezcla de incredulidad y diversión en el rostro.

—Esto es surrealista, incluso para ti, Cassian. Pero, ¿qué vas a hacer ahora?

Cassian se enderezó en su asiento, mostrando su determinación.

—Voy a casarme con ella. Quiero que mi hijo crezca en mi hogar, protegido de cualquier amenaza. No voy a permitir que ese primo miserable la persiga ni intente reclamar lo que no le pertenece. Pero para lograrlo, necesito tu ayuda.

Wolf se cruzó de brazos, con un semblante más serio de lo habitual.

—Dime qué necesitas.

Leif arqueó una ceja, todavía procesando toda la historia, pero finalmente asintió.

—Bueno, ya somos parte de este lío, ¿no? Cuenta conmigo también.

Cassian sonrió ligeramente, agradecido por la lealtad de sus amigos.

—Gracias. No será fácil, pero juntos podemos garantizar que mi hijo crezca libre de peligros y que Saoirse obtendrá lo que le pertenece por derecho.

Los tres hombres alzaron sus copas en un brindis silencioso, marcando el inicio de una nueva etapa en esta intrincada y peligrosa historia.

Wolf se encontraba sentado en su estudio, un lugar que rara vez usaba para nada más que sus asuntos más confidenciales. Frente a él estaba Brenna, su esposa, una mujer con una elegancia natural que siempre parecía estar un paso por delante de todos en la corte. Su conexión con la reina había sido clave para abrir puertas que de otro modo estarían cerradas, incluso para alguien de su posición.

—Esto es todo, ¿verdad? —preguntó Brenna, deslizando un documento hacia él.

Wolf tomó el papel con cuidado. Era una copia del registro de nacimiento de Emerald Baker, con la firma original del médico que la había asistido en el parto y la firma del propio barón Barker, que reconocía a la niña como su legítima descendiente.

—Así es —respondió Wolf, examinando el documento bajo la tenue luz de la lámpara—. Este pequeño papel tiene el poder de cambiarlo todo.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Brenna, apoyándose en el escritorio con los brazos cruzados.

Wolf la miró con una ligera sonrisa.

—Cumplir mi palabra. Cassian me pidió ayuda, y se la estoy dando. He accedido a los archivos del registro legal y, una vez que este documento esté registrado oficialmente, Saoirse será reconocida como la heredera legítima de la baronía.

Brenna lo observó con admiración, pero también con cierta preocupación.

—¿Y qué hay del primo del barón? No se quedará de brazos cruzados.

—Lo sé —respondió Wolf, su tono se volvió más grave—, pero ahora tendrá que enfrentarse a la ley. Cuando esto esté en el registro, no habrá manera de disputarlo sin pruebas falsas y yo me aseguraré de que no pueda fabricarlas.

Se levantó de la silla, guardó el documento en una carpeta de cuero con cierre y se dirigió a la salida.

—¿Me acompañas? —le preguntó a Brenna, mientras le tendía la mano.

Ella asintió con una sonrisa, consciente de que se trataba de algo más que un simple trámite administrativo. Era un paso crucial para asegurar el futuro de una joven a la que habían perseguido y despojado de su herencia.

Horas después, Wolf presentó los documentos en la oficina del registro legal. El funcionario, que no era consciente de la importancia de lo que sostenía en sus manos, los revisó con cuidado antes de estampar el sello oficial.

—Listo, milord —dijo el hombre, entregándole una copia sellada del documento—. Esto confirma a Emerald Baker como la legítima heredera de la baronía Barker y a su descendencia.

Wolf tomó el documento con un gesto de satisfacción y se giró hacia Brenna, que lo esperaba al otro lado de la sala.

—Ya está hecho —dijo, entregándole el papel.

—Ahora solo queda ver cómo reacciona Cassian cuando le digas que su hijo nacerá no solo como el heredero de Thursley, sino también como el legítimo barón Barker —respondió Brenna con una sonrisa cómplice.

Wolf asintió, consciente de que, aunque este era un gran paso, la batalla no estaba del todo ganada. El primo del barón no se rendiría fácilmente y lo que estaba por venir sería una lucha tanto legal como personal. Pero, por ahora, había cumplido su parte y estaba listo para apoyar a su amigo en lo que fuera necesario.

CAPÍTULO 31

La atmósfera en el gran salón de la residencia familiar de los Thursley era tensa. Cassian, con el rostro serio pero decidido, había reunido a su madre, Lady Eleanor, a su hermana mayor, Susan, y a su hermano menor, Andrew. Le había enviado a su madre un mensaje urgente a la casa de Londres para que accediera a venir. Hizo lo mismo con sus hermanos. Todos estaban sentados frente a él, expectantes, y ya se notaba el ambiente cargado de anticipación.

—Tengo algo importante que anunciar —dijo Cassian, mientras su tono firme denotaba nerviosismo.

Lady Eleanor, una mujer de porte regio y siempre preocupada por las apariencias, arqueó una ceja.

—Espero que sea algo bueno, Cassian, porque tu silencio estos días ha sido de lo más inquietante —respondió su madre, ajustándose un broche en el cuello—. No entiendo como no accediste a venir con nosotros a Londres cuando está a punto de comenzar la temporada social y hay tanto que organizar.

—Voy a casarme —dijo de golpe, sin rodeos.

Tras su anuncio se hizo el silencio sepulcral. Margaret fue la primera en reaccionar, dejando caer la taza de té que sostenía sobre el plato con estruendo.

—¿Casarte? —exclamó—. ¿Con quién? ¿Por qué no hemos oído ni una palabra sobre esto antes? Si la temporada social no ha comenzado.

Andrew, con solo 16 años y aún impresionable, lo miró sorprendido y admirado a la vez.

—¿Pero es maravilloso, Cassian! Aunque... ¿Quién es ella?

Cassian respiró hondo, consciente de que no sería fácil.

—Es Saoirse Barker, la nieta y heredera legítima del difunto barón Barker.

El nombre resonó en el salón y Lady Eleanor se inclinó hacia adelante, claramente desconcertada.

—¿Saoirse Barker? ¿De qué hablas? ¿Por qué no he oído hablar de esta mujer antes? ¿Y cómo es que una heredera de su posición no ha sido presentada en sociedad?

Cassian intentó mantener la calma.

—La situación es complicada. Todavía no ha podido reclamar su herencia. Ahora ya es oficialmente la baronesa Barker.

Margaret dejó escapar una carcajada incrédula.

—¿Complicada? ¿Qué significa eso, Cassian? ¿Quién es esta mujer en realidad? Porque, sinceramente, esto suena a una completa locura.

Lady Eleanor, por su parte, cruzó los brazos.

—Espero que no hayas sido imprudente, Cassian. Nuestro apellido ya tiene suficientes contratiempos peso sin que traigas un escándalo a la familia.

Cassian se sintió acorralado, pero entonces decidió que era mejor decir la verdad, al menos en parte.

—Saoirse es una mujer extraordinaria. Es fuerte, valiente... y yo la amo.

Lady Eleanor bufó con evidente desaprobación.

—Eso no explica nada. ¿Dónde la conociste? ¿Por qué no nos has hablado de ella antes? ¿Y qué hay de su familia? Porque, si es la nieta de un barón, debería tener conexiones claras con otras casas nobles.

Cassian sintió cómo se le subía el calor a la cara.

—Hay muchas cosas que aún no puedo explicarles, madre, pero les aseguro que esto es lo

mejor para mí y para nosotros. Además... —hizo una pausa, consciente de que esa sería la gota que colmaría el vaso—. Va a ser abuela.

El silencio que siguió fue incluso más denso que el anterior. Susan soltó un grito ahogado. Andrew dejó caer el libro que estaba leyendo. Y Lady Eleanor palideció, con la mirada fija en su hijo mayor, como si acabara de anunciar que pensaba abandonar la nobleza y convertirse en un campesino.

—¡Abuela! —exclamó finalmente Lady Eleanor, llevándose una mano al pecho—. ¡Cassian, esto es un desastre! ¿Me estás diciendo que has comprometido a una mujer sin casarte antes? ¡Esto es un escándalo sin precedentes!

—¡Y además está embarazada! —añadió Susan, llevándose una mano a la frente—. Madre tiene razón, esto es un completo desastre.

Andrew, por su parte, parecía más intrigado que escandalizado.

—¿Voy a ser tío? —preguntó, intentando contener una sonrisa.

Cassian se levantó, incapaz de soportar más las miradas inquisitivas y los reproches.

—Esto no es un debate. Estoy decidido. Saoirse será mi esposa y nuestro hijo será tanto heredero de Thursley como de la baronía Barker. Espero que lo acepten, porque no pienso cambiar de opinión.

Lady Eleanor se puso en pie, acusándolo con el dedo.

—Tendrás que explicar muchas cosas antes de que acepte esto, Cassian. No permitiré que nuestro buen nombre se manche por una relación incomprensible.

Cassian la miró directamente a los ojos con determinación.

—Lo haré, madre. Pero tienen que confiar en mí.

Sin decir más, salió del salón, dejando a su familia sumida en el caos de preguntas, dudas y emociones encontradas. Sabía que había encendido una tormenta, pero también sabía que no había vuelta atrás. Su vida estaba con Emerald y haría todo lo necesario para protegerla a ella y a su futuro hijo.

Durante los días que Saoirse pasó en casa de su abuelo, se dedicó en cuerpo y alma a devolverle el esplendor perdido con los años. Había algo terapéutico en el trabajo manual, en quitar el polvo de los muebles cubiertos con sábanas, en abrir las ventanas y dejar que la luz del sol inundara los espacios oscuros. Cada habitación que limpiaba parecía contarle una historia de tiempos mejores, de reuniones familiares, de risas y música. Sentía que, al revivir la casa, estaba conectando con la memoria de su madre y su abuelo.

Le llevó toda una tarde limpiar el gran salón, con su enorme chimenea y los candelabros de cristal. Pasó horas arrodillada frotando los suelos de madera hasta que estos brillaron. Al terminar, se dejó caer sobre una silla, exhausta pero satisfecha. Miró a su alrededor y, por primera vez, pudo imaginar cómo sería el lugar lleno de vida, de visitas y fiestas como las que su abuela le había contado.

Sin embargo, a medida que los días pasaban y la casa recuperaba algo de su antigua gloria, empezó a preguntarse qué lugar ocupaba en todo aquello. Era la heredera legítima, sí, pero ¿realmente quería quedarse en aquel lugar? ¿Era eso lo que deseaba para su futuro, especialmente ahora que Cassian estaba en su vida?

Una tarde, mientras ajustaba las cortinas del comedor, su abuela entró con una sonrisa astuta en el rostro y una bandeja con té.

—Estás haciendo un trabajo maravilloso, niña —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa central—. Esta casa empieza a parecerse a lo que fue en su momento.

Saoirse sonrió, agradecida por el cumplido, pero algo en su interior no le gustaba.

—Quiero que esta casa vuelva a estar viva, abuela. Es lo que se merece después de todo lo que ha pasado, pero también siento que estoy limpiando un pasado que ya no me pertenece.

La anciana se acercó, tomó una taza de té y se sentó a su lado.

—Esa es una reflexión muy sabia. Y también es verdad. Esta casa forma parte de nuestra historia, pero no tiene por qué ser tu futuro. Si te casas con lord Kenric, te irás a vivir a Roots Cracy Place. Esa será tu casa. Y esta casa tendrá que cerrar, como siempre ha ocurrido.

La abuela hizo una pausa y bebió un sorbo de té, observando cuidadosamente la reacción de su nieta. Saoirse dejó de ajustar las cortinas y se quedó inmóvil, procesando lo que acababa de oír.

—No lo había pensado... —susurró finalmente—. Casarme con Cassian significa dejar todo esto atrás, ¿no?

La anciana asintió con calma.

—Así es, niña. Significa empezar de nuevo. Pero eso no tiene por qué ser algo malo. Es una oportunidad para construir una vida distinta con la persona amada.

La nieta se sentó frente a su abuela, dejándose caer las manos sobre las rodillas.

—Lo amo, abuela. Lo amo más de lo que nunca imaginé que podría amar a alguien. Y si eso significa dejar esta casa o cualquier otra cosa atrás, lo haré. Porque no me importa dónde esté, con tal de que esté con él.

La anciana sonrió, con los ojos brillantes de orgullo y ternura.

—Eso, mi querida nieta, es lo más importante. Si el amor es verdadero, puedes dejar atrás cualquier cosa y no mirar atrás. Me alegra que hayas llegado a esta decisión por ti misma.

Saoirse tomó la mano de su abuela y la apretó con fuerza.

—Gracias por todo, abuela. Por tu apoyo, por todo lo que has hecho para protegerme y por ayudarme a entender lo que realmente quiero.

—Siempre, mi niña. Siempre.

Mientras la luz del atardecer bañaba el salón, Emerald sintió que, por primera vez en mucho tiempo, estaba en paz con lo que el futuro le deparaba. Su vida estaba a punto de cambiar para siempre, pero lo haría con la certeza de que era la decisión correcta.

CAPÍTULO 32

La noche de la fiesta en casa de Wolf y Brenna llegó con una mezcla de emociones para todos los asistentes. Saoirse Barker sabía que aquella velada marcaría su entrada oficial en el círculo noble al que pertenecía Cassian. Aunque había rehecho su vida lejos de la caravana de gitanos y de los oscuros secretos de su pasado, el pensamiento de enfrentarse al escrutinio de la familia y los amigos de Cassian la inquietaba.

La mansión de Wolf y Brenna estaba espléndidamente decorada para la ocasión. La madre de Cassian, lady Thursley, estaba visiblemente tensa. Para ella, la idea de presentar a la futura condesa de Thursley en una fiesta organizada por Wolf y Brenna, en lugar de hacerlo en Roots Cracy Place, la histórica residencia de los Thursley, era un despropósito. Sin embargo, Cassian había insistido, y la madre tuvo que ceder. «No es lo correcto, pero ya está hecho», pensaba mientras se acomodaba en uno de los sillones, con un porte digno y severo.

Cuando Saoirse entró en el salón del brazo de Cassian, el murmullo de los invitados se extendió como un río desbordado. Su belleza natural era innegable, pero también lo era su sencillez. Su vestido, aunque adecuado, carecía de los detalles lujosos y ostentosos que las damas nobles solían lucir en eventos de esa magnitud. Los ojos de lady Thursley la recorrieron con minuciosidad. «Es hermosa, pero necesita mejorar», pensó, aunque no dijo nada. Saoirse, por su parte, percibió la mirada crítica y el aire de superioridad de su futura suegra. «No será fácil ganármela», concluyó, manteniendo la expresión serena.

El primer encuentro fue tenso. Lady Thursley la saludó con un leve movimiento de cabeza, sin mostrar demasiado entusiasmo. La hermana de Cassian fue más directa.

—Así que tú eres la mujer que mi hermano ha escogido —dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Saoirse, insegura ante la situación, se limitó a asentir educadamente. Fue el hermano menor, Andrew, quien rompió la tensión al acercarse con una copa de vino y un comentario divertido: «¿Quieres probar este vino?».

—Espero que mi futura cuñada tenga mejor gusto que Cassian en lo que respecta a caballos —dijo con un tono relajado que suavizó un poco el ambiente y arrancó una sonrisa a Saoirse.

Entre los amigos de Cassian, la acogida fue igualmente complicada. Leif, con su habitual escepticismo, evaluaba a Saoirse con cada palabra que decía, mientras que Wolf, siempre atento, procuraba que la conversación no se hiciera demasiado seria. Pero fue Brenna quien finalmente tomó el control de la situación. Al ver lo incómoda que estaba, decidió intervenir.

—Queridos, recuerden que esta noche es para celebrar —dijo Brenna con una sonrisa deslumbrante, tomando de la mano a Saoirse—. Creo que esta joven y yo tenemos muchas cosas en común. Después de todo, yo tampoco encajaba del todo cuando me casé con Wolf, ¿verdad, querido?

Wolf levantó su copa con una sonrisa.

—Eso es cierto. Y ahora eres indispensable para todos nosotros.

El gesto de Brenna marcó un antes y un después en la velada. Al declarar abiertamente que protegería y apoyaría a la forastera, envió un mensaje claro a todos los presentes. Brenna era la favorita de la reina y su opinión era tenida en cuenta incluso por los más críticos.

Poco a poco, las tensiones comenzaron a disiparse. Incluso lady Thursley, al ver que los demás empezaban a aceptarla, decidió adoptar una postura más conciliadora. «Quizás no sea lo que esperaba, pero parece que tiene buen corazón», pensó, permitiéndose una leve sonrisa. «Con algo de entrenamiento, podría ser una buena condesa».

Saoirse, aunque cansada por la presión de la noche, sintió un enorme alivio al darse cuenta de que, al menos por el momento, había ganado un lugar entre la familia y los amigos de Cassian. Cuando la noche llegó a su fin, lady Thursley se acercó y, para sorpresa de todos, dijo:

—Espero verte pronto en Roots Cracy Place. Hay muchas cosas que debemos preparar para la boda.

Ella asintió emocionada mientras Cassian le apretaba la mano con ternura. Aunque el camino había sido arduo, sentía que, por primera vez, las piezas comenzaban a encajar.

CAPÍTULO 33

La boda de Cassian y Saoirse se organizó en tiempo récord, para gran consternación de lady Thursley. «Es un sacrilegio», se quejaba una y otra vez. «Una boda apresurada para mi primogénito, el conde de Thursley. Debería haber invitaciones grabadas, banquetes dignos de reyes y, al menos, dos semanas de celebraciones». Pero Cassian, firme en su decisión, le recordó: «Madre, no hay tiempo para eso. Mi heredero está en camino y quiero que nazca en el seno de un matrimonio legítimo. Esto no es negociable».

La condesa viuda, resignada, decidió centrarse en los detalles que sí podía controlar. Se ocupó personalmente de que la pequeña iglesia del condado estuviera impecablemente decorada. Rosas blancas y lirios adornaban cada banco, mientras candelabros antiguos iluminaban el espacio con una luz cálida y solemne. «Al menos, la iglesia estará a la altura», se consolaba.

Por su parte, Brenna Lancaster aceptó el papel de madrina de la novia con entusiasmo. «Wolf y yo te regalaremos el vestido», le anunció con una sonrisa mientras arrastraba a Saoirse a la modista más exclusiva de Londres. Saoirse, aunque al principio se sentía incómoda, aceptó agradecida. El vestido era sencillo pero elegante, con un corte de línea A y detalles bordados en encaje. «Es perfecto», dijo con una lágrima rodando por su mejilla. «Nunca imaginé verme así».

Wolf, fiel a su promesa, accedió a ser el padrino de la boda.

—Alguien tiene que estar a tu lado, Saoirse. Considera esto un honor y una responsabilidad —dijo, guiñándole un ojo mientras ajustaba su chaqueta—. Además, no quiero perderme la cara que pondrá Cassian cuando te vea entrar en la iglesia.

El día de la boda, el clima fue perfecto: un cielo despejado y una suave brisa que agitaba las ramas de los robles centenarios de la propiedad. Los invitados, escogidos y en número reducido, comenzaron a llegar poco antes del mediodía. Aunque Cassian tenía una extensa red de parientes, había insistido en una ceremonia íntima, a la que solo asistió la familia y los amigos más cercanos.

Saoirse, acompañada por su abuela, era la única representante de su familia, lo que hacía que el apoyo de los Lancaster fuera aún más valioso. Cuando llegó el momento, Wolf le ofreció el brazo y la condujo hasta la entrada de la iglesia. «Estás lista», dijo con una cálida sonrisa. Ella asintió, mientras respiraba hondo.

Cuando se abrieron las puertas de la iglesia, todos los presentes se giraron hacia ella. Cassian, de pie junto al altar, no pudo evitar quedarse sin aliento. Saoirse, con su vestido blanco y su cabello recogido en un sencillo moño, irradiaba una belleza serena y natural. «Es un ángel», pensó, mientras su corazón latía con fuerza.

La ceremonia fue breve, pero emotiva. El sacerdote habló sobre el amor, la paciencia y la importancia de la familia. Los votos fueron sencillos, pero cargados de significado. «Prometo amarte, protegerte y honrarte todos los días de mi vida», dijo Cassian con voz firme. Saoirse lo miró a los ojos y respondió: «Y yo prometo estar a tu lado, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe».

Tras la ceremonia, los invitados se dirigieron al hermoso salón de Roots Cracy Place que había sido decorado con buen gusto, pero sin excesos. El banquete reflejaba la personalidad de la pareja: sencillo, acogedor y lleno de cariño. Se sirvieron platos tradicionales y buenos vinos, y los brindis estuvieron cargados de anécdotas y buenos deseos.

Wolf, como padrino, se levantó para tomar la palabra:

—Cassian, siempre he sabido que eras un hombre terco, pero también valiente. Saoirse, no solo te has ganado su amor, sino también el respeto de todos nosotros. Estoy seguro de que

juntos construirán un futuro brillante.

Brenna, desde su asiento, añadió en voz alta:

—Y no olvidemos que esto solo es el comienzo. ¡Pronto tendremos un heredero pequeño corriendo por aquí!

La sala estalló en risas y aplausos, mientras Cassian miraba a su esposa con una mezcla de orgullo y ternura.

Lady Thursley, aunque inicialmente había sido crítica, terminó acercándose a su nuera al final del banquete.

—Tienes mucho que aprender —le dijo en tono severo, pero luego añadió con una leve sonrisa: —Pero estoy dispuesta a enseñarte. Bienvenida a la familia, hija mía.

Saoirse, emocionada, asintió con la cabeza y sintió que, por primera vez, había encontrado su lugar. Mientras avanzaba la noche, ella y Cassian se retiraron, listos para comenzar su nueva vida juntos como marido y mujer. «Te amo», le susurró Cassian mientras la llevaba en brazos hacia su habitación. «Y siempre lo haré».

EPÍLOGO

La iglesia de St Giles-without-Cripplegate estaba silenciosa y apenas iluminada por los tenues rayos de sol que se filtraban a través de los vitrales. La anciana gitana estaba arrodillada frente al altar, con las manos entrelazadas en oración. Su rostro iluminado por una sonrisa que solo alguien lleno de paz y satisfacción podría tener. Había pasado mucho tiempo desde que su corazón había estado así de ligero.

«Gracias, Señor», murmuró en voz baja, con el acento aún impregnado de sus raíces errantes. «Gracias por proteger a mi nieta, por darle un hogar, un amor verdadero y un futuro brillante. Pero, sobre todo, gracias por poner fin al hombre que tanto daño nos hizo».

Había recibido la noticia del fallecimiento del padre de Saoirse, aquel hombre cruel que la había condenado al sufrimiento. Además, gracias a Lord Lancaster, ahora sabía con certeza que el primo del barón Barker no tendría derecho a reclamar el título ni las propiedades. Esas tierras, esa baronía, eran de Emerald y de su descendencia. Todo estaba en su lugar, finalmente. La anciana se sentía dichosa y aliviada, como si todas las piezas de un complicado rompecabezas hubieran encajado.

Perdió la noción del tiempo y no se dio cuenta de que una figura alta y elegante se había sentado a su lado. Solo cuando escuchó una voz grave y familiar, se sobresaltó levemente.

—Siempre es un espectáculo verte aquí, rezando como si fueras una dama piadosa —dijo Leif Harcourt-Blackthorn, futuro duque de Silbury, con una media sonrisa.

La anciana lo miró de reojo, con una chispa de diversión en sus oscuros ojos.

—¿Y a qué se debe tu visita, milord? ¿Vienes a recordarme la maldición que te eché hace años?

Leif la observó fijamente, con una expresión sombría.

—Sí, precisamente eso es lo que pretendo. Wolf ha encontrado a su Brenna, Cassian está casado con Saoirse y esperando un hijo suyo. Pero yo sigo cargando con tu maldición, anciana. Porque la mujer destinada para mí, según tus palabras, es la más aburrida y tonta de Inglaterra.

La anciana rio suavemente, con un sonido que resonó como un cálido eco en la iglesia vacía.

—Todo aquello tuvo su razón de ser, muchacho. Nada de lo que hice fue al azar.

—¿Razón de ser? —Leif se inclinó hacia ella, mirándola con escepticismo, y preguntó:

—¿Qué razón puede haber para condenarme a desposar a una mujer que me matará de tedio?

La anciana lo miró con ojos brillantes y una sonrisa misteriosa.

—Ese es tu destino, Leif. Aunque quizás el tedio que tanto temes no sea lo que crees.

Leif arqueó una ceja y cruzó los brazos con aire desafiante.

—¿Destino? ¿Y qué destino podría haber en morir de aburrimiento, anciana?

Ella no respondió de inmediato. En cambio, se levantó con calma, alisándose las faldas coloridas, y lo miró desde su posición erguida.

—A veces, muchacho, el destino que más tememos es el que más necesitamos. No te preocupes tanto por el tedio, quizá descubras que el camino está lleno de sorpresas mayores de las que imaginas.

Leif la observó mientras se alejaba con su mente enredada en sus palabras. «El destino...», murmuró para sus adentros, dejando escapar una risa incrédula. «Lo que sea que signifique, anciana, no voy a rendirme tan fácilmente».

Mientras la gitana desaparecía por las puertas de la iglesia, Leif permaneció sentado,

perdido en sus pensamientos. Aunque lo negaría si alguien le preguntara, había algo en su mirada que revelaba que, muy en el fondo, se había encendido una pequeña chispa de curiosidad. Quizá, solo quizá, el destino que tanto despreciaba podría esconder un giro inesperado.